

LOS LIBROS DE TEXTO MEXICANOS DE
HISTORIA Y CIVISMO Y CIENCIAS SOCIALES.
UN ANALISIS DE CONTENIDO

Bernard Francisco Mabire Ponce

Tesis para optar al grado de
Licenciado en Relaciones Internacionales

Centro de Estudios Internacionales

El Colegio de México

México, D. F., septiembre 1981

A MI MADRE

MI GRATITUD AL PROFESOR RAFAEL SEGOVIA

INTRODUCCION

La educación en México había conocido una crisis particularmente aguda durante los años cincuenta, sobre todo porque un alto porcentaje de niños no accedían a la escuela primaria. Es por ello que el decreto del 12 de febrero de 1959 para crear la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos, fue recibido con gusto y una sensación de alivio en los medios oficiales. Para el gobierno, la Comisión encargada de elaborar y distribuir gratuitamente un libro único a todos los escolares mexicanos, significaba un doble triunfo. (Los textos iban, por una parte, a consolidar el nacionalismo al permitir la difusión uniforme de un mismo conocimiento en el país, y por la otra,) a realizar el precepto constitucional de la gratuidad de la enseñanza.)

Los grupos conservadores reaccionan de modo diferente. Desde que aparece la lista de manuales a principios de 1960, la Sociedad Mexicana de Autores de Libros Escolares, la Unión Nacional de Padres de Familia—vinculada a sectores industriales de Puebla, Guadalajara, Monterrey y el Distrito Federal—el PAN y la Barra de Abogados, lanzan violentos ataques a los libros que, según ellos, lesionan la moral y la idiosincrasia nacionales e implican ingerencia del Estado en un delicado terreno—la formación de los niños—que pertenece a los padres solamente. El debate en desplegados de la prensa se prolonga dos años en su fase crítica, luego se acalla gradualmente. El Estado no da marcha atrás.

En septiembre de 1972, el secretario de Educación Pública expone ante la Cámara de Senadores los lineamientos de la política educativa nacional y la necesidad—que varios grupos de científicos sociales habían planteado ya—de renovar los textos gratuitos. Los nuevos libros aparecen en septiembre de 1974. A comienzos de 1975, los mismos sectores que impugnaron antes el principio de los manuales únicos, rechazan esta vez el contenido de la nueva edición, que a su parecer nutre actitudes subversivas.

Los periódicos vuelven a llenarse de argumentos en pro y en contra de los textos, mucha retórica y ningún esfuerzo analítico serio.

Los adversarios de los libros han formulado juicios que revelan un desconocimiento absoluto del material o una mala fe decidida. Los dos factores intervienen, pero sobre todo el segundo, pues lo más probable es que los manuales hayan servido de pretexto a grupos conservadores para chantajear y conseguir ventajas adicionales de gobiernos que los irritaban, el de López Mateos por su política hacia Cuba y el de Echeverría por sus pretensiones reformistas.

Con la esperanza de ver claro en un tema que ha dado lugar a polémicas violentas, el presente trabajo analiza los libros de historia y civismo y ciencias sociales en tres niveles: la visión de la historia mexicana, las ideas fundamentales sobre el hombre, la cultura, la economía, la sociedad y la política, y finalmente, los valores y normas para regir la conducta personal.

Manejamos, en el caso de los primeros manuales, ediciones de 1969 y 1972, que no difieren en esencia de las originales. Por lo que hace a los segundos libros, consideramos la tercera edición del volumen de cuarto año, la cuarta edición de los de tercero y quinto grados, y la sexta de los de primero y segundo años, revisadas por los autores y publicadas en 1976 y 1977. En cuanto al volumen de sexto año, debido a que originó los debates más encarnizados, preferimos consultar la versión original, es decir, la primera edición de 1974, de la cual existe una variante: a raíz, sin duda, de las críticas, las autoridades decidieron modificar el último capítulo.

VISIÓN DE LA HISTORIA NACIONAL

(PRIMEROS LIBROS)

La enseñanza de la historia nacional en la escuela primaria es importante y ha originado encarnizadas polémicas debido a una convicción generalizada: que la fisonomía y el temperamento de México responden, como los de cualquier otro país, a una experiencia digna de profundo estudio porque también condiciona el sentir y la acción en el presente.

Surgirán, no obstante, interpretaciones diversas e incluso opuestas del pasado, pues la percepción de "una" realidad suele tener más fuerza que "la" realidad misma. Los hechos históricos presentan diversas facetas en su momento. Luego, con el transcurso de los siglos, adquieren un significado nuevo, contemplados en perspectiva. Finalmente, el observador de los hechos, por más que desee la objetividad, los capta a través de algún prejuicio y de un aparato conceptual condicionado por su experiencia individual, su situación social y las creencias generales de su época.

Sobra decir que a las variadas interpretaciones del pasado corresponden diversas actitudes frente al mundo de su tiempo.

El gran problema que enfrentó la enseñanza de la historia en México durante largos años, fue precisamente la divulgación de versiones diferentes del pasado nacional. No sólo diferentes sino antagónicas, en especial sobre momentos vitales: la Conquista, génesis dolorosa del país, y la Reforma, origen del Estado moderno.

En efecto, a lo largo del siglo XIX e incluso después, las facciones políticas utilizaban ambas a la historia como arma en sus disputas, sin vacilar en forzarla con tal de que sirviera a sus fines. Insertada en la lucha político-ideológica, la historia se fragmentaba—a lo cual era proclive de por sí, pues la experiencia nacional se caracteriza ella misma por innumerales desgarramientos—en vez de tender a la integración.

Así, la versión "liberal" enarbolaba el indigenismo y su corolario, el antihispanismo, para exhibir a la Conquista como una irrupción nefasta del hombre europeo en América que sólo había destruido la armonía del mundo prehispánico. Esta versión exponía, más adelante, las bondades de la República Federal. El otro episodio neurálgico, la Reforma, daba a los liberales victoriosos ocasión de exaltar a Juárez y de gritar su aversión por la Iglesia Católica, enemiga no sólo del héroe máximo sino de todas las buenas causas nacionales, aliada en varias ocasiones de la intervención extranjera.

A su vez, la historia "conservadora" interpretaba la Conquista como la llegada de la civilización y se avergonzaba del antecedente indígena. Denunciaba luego al federalismo como cómplice de los norteamericanos y aborrecía a Juárez por haber combatido a la Iglesia, gran educadora y bastión de la nacionalidad frente al asedio cultural de los Estados Unidos.

A causa de visiones tan divergentes, la nación no podía formar un consenso en torno a experiencias fundamentales. No conseguía, deficiencia terrible, aceptar su doble raíz cultural, prehispánica y europea, de manera

que tampoco lograba infundir seguridad al "alma nacional" ni curar muchas heridas de una historia traumática en sí: Tenochtitlan destruida y Cuauhtémoc martirizado; los insurgentes fusilados y sus cabezas expuestas en la Alhóndiga de Granaditas; los Niños Héroes suicidas y medio territorio perdido en la Guerra del '47; Juárez, patriota sublime, fugitivo durante la Intervención y en problemas para gobernar después de que restaura la República; Madero, Zapata y Villa, cobardemente asesinados.

Las versiones "liberal" y "conservadora", bajo nombres distintos, prolongaban su influencia bien entrado el siglo XX.

Es verdad que Justo Sierra había escrito ya la primera historia nacional conciliadora, que reconocía las aportaciones culturales prehispánicas al igual que las españolas y también daba sentido a los episodios históricos dolorosos — fracasos y logros a medias — explicándolos como etapas necesarias de un largo proceso continuo cuya meta era el florecimiento del pueblo mexicano. Vasconcelos, máximo apóstol de la educación en México, orientó su acción en el mismo sentido.

Empero, en el decenio de los cincuenta, una visión globalizadora y armónica de la historia esperaba aún su consolidación plena, objetivo que se confió a los primeros libros de texto gratuitos.

¿Lograron ese cometido? No es posible responder en términos generales porque los cuatro volúmenes examinados, obra de autores diversos, no siguen un plan orgánico para la enseñanza de la historia y tampoco lineamientos uniformes. Por lo menos dos libros abordan cada período y llegan

a emitir juicios divergentes. En verdad, algunos de los manuales se aproximan más que otros al ideal de conciliación histórica.

Lineamientos generales

El de tercer año expone ya, en sus primeras páginas, la justificación de la materia: "No vivimos igual que los antiguos mexicanos" (2:7). Aprender la historia sirve para explicar transformaciones.

La noción del país producto histórico, implícita en todos los libros, será formulada claramente por el de sexto año: "Lo que es México es el resultado de un largo proceso a través de nuestra historia" (6:210).

Antes, el manual de cuarto año sugirió una interacción de factores internos y externos en el desenvolvimiento del país: Juárez defendió la soberanía nacional "frente a la agresión extranjera, confabulada con la traición de unos cuantos y con la inconsciencia de muchos" (4:121).

Los textos coinciden en que es bueno conocer el pasado para normar su actitud en el presente. La derrota en la Guerra del '47, por ejemplo, motiva una exhortación a la unidad nacional (4:98).

Con frecuencia, las lecciones invitan a tomar las causas—fallidas o mal realizadas—de grandes figuras patrias. Ello es acaso una manera de compensar el posible impacto negativo que tendría, sobre las mentes infantiles, el que la gran mayoría de nuestros héroes se hayan inmortalizado como figuras trágicas:

"Hidalgo cayó vencido; pero su memoria, viva en todos los mexicanos, nos alienta a perseverar en la obra, indispensable, que asegure, con la paz y el trabajo, la independencia a que dedicó él su sacrificio" (4:57)

Si el ejemplo cunde, la causa recupera vigor con la promesa de su culminación. Los sentimientos de fracaso y de absurdo se disipan luego.

En la crónica de la historia, hay una periodización en seis etapas pero únicamente los libros de cuarto y sexto año las abordan todas. El de tercero se limita a enumerarlas y a caracterizarlas brevemente en términos que corresponden al espíritu de los otros manuales, salvo una excepción importante. En la etapa prehispánica, varios pueblos desarrollaron grandes civilizaciones. Durante la virreinal, la cultura indígena se transformó y enriqueció con la española—opinión de la que disiente el libro de quinto año. Siguió la Guerra de Independencia, a través de la cual el país buscaba formas de gobierno más justas. En la etapa subsecuente de luchas políticas, México padeció varias guerras hasta organizarse como república liberal, democrática y federal. Más tarde, con la Revolución, el país garantizó el respeto a los derechos políticos y sociales de sus ciudadanos. En la sexta etapa, que es la actual, México consolida su democracia política y social, se desarrolla gracias al trabajo de sus habitantes, y coopera a la paz mundial regido por preceptos de amor a la libertad y de respeto al derecho ajeno (3:21).

Por otro lado, si los acontecimientos permiten establecer seis etapas, existe una continuidad fundamental entre las mismas—noción que los cuatro

libros aceptan y el de tercer año expresa en un dibujo alegórico. En el plano superior o de fondo, un monumento prehispánico y otro colonial en cada extremo, reconocimiento de las dos culturas que se fundieron para engendrar la nuestra. En la franja media del dibujo y lugar preeminente, la figura de Hidalgo. Más abajo, Juárez y Lerdo de Tejada con la Constitución y las Leyes de Reforma. A su derecha, un revolucionario. En el primer plano y a la izquierda, un paisaje de fábricas, pozos petroleros, grandes edificios y modernas autopistas. Este dibujo englobador de la historia nacional sugiere, en el marco de una cultura mestiza, el vínculo entre Independencia, Reforma y Revolución, fases las tres de una misma lucha emancipadora cuya culminación debe ser un México "moderno" e industrializado (3:20).

Sin embargo, advertimos una paradoja de la cual hablaremos después: que si los libros, por una parte, reconocen a la nación actual como producto de su experiencia e invitan al estudiante a proseguir las buenas causas nacionales, por la otra sugieren una ruptura absoluta entre el pasado oscuro y un presente risueño de país con todos sus problemas resueltos. En esa medida, algunas formas de acción válidas en otros tiempos han dejado de serlo. Por ejemplo, si la injusticia social motivó la Guerra de Independencia, la legislación contemporánea garantiza la igualdad y pide a cambio respeto a las instituciones.

Las culturas prehispánicas

A diferencia de algunos libros de historia utilizados aún en la primera mitad de nuestro siglo, los primeros textos oficiales coinciden en alabar a las culturas prehispánicas, aunque sin demasiada nostalgia.

El manual de tercero contiene la exposición más detallada en una cuarta parte de sus páginas, que abarca a las principales civilizaciones antiguas con el objetivo evidente de reivindicarlas.

Abundan, en particular, los señalamientos de logros artísticos y científicos:

"Las admirables ruinas de las ciudades zapotecas y mixtecas nos muestran los adelantos de este pueblo en arquitectura, escultura, pintura y cerámica" (3:47)

En cambio, el texto minimiza aspectos de las culturas antiguas que pudieran resultarnos desagradables e incluso inaceptables a la luz de nuestros valores actuales. La referencia, por ejemplo, a los sacrificios humanos entre los aztecas es muy breve, sin detalles cruentos: "Tonatiuh, el Sol, era objeto de un culto especial; le ofrecían sacrificios humanos" (3:59).

El libro de tercero alude con cierto énfasis a la desigualdad en las sociedades prehispánicas, pero se abstiene de calificarla o de explorar su razón última: "Los nobles se adornaban el cuerpo con tatuajes, pinturas y joyas de oro y plata" (3:54).

Menciona también las conquistas militares pero sin juicio moral: "El rey Ahuizotl hizo de la guerra el principal medio de vida de los aztecas e impuso a los vencidos fuertes tributos" (3:53).

El manual expone el régimen de propiedad de la tierra en las culturas antiguas, sin ahondar en sus implicaciones ni explicitar eventuales vínculos entre el poder económico y el político:

"(De las tierras comunales prestadas por el rey) a cada padre de familia se le daba una parcela que perdía si no la cultivaba, cosa muy semejante a lo que ocurre hoy en los repartos ejidales, obra de la Revolución".

Entonces, aunque el libro delinea elementos potenciales de conflicto, la inequidad social y el dominio por conquista, perdura una impresión de funcionalidad y de eficiencia en torno al mundo prehispánico. Imagen de culturas en continua evolución que aprenden cada una de las precedentes para alcanzar mayores perfecciones.

En contraste con el libro de tercero, que dedica un generoso espacio a las civilizaciones indígenas, el de cuarto año menciona sus logros artísticos y científicos en un resumen, además de exaltar la dimensión geográfica del imperio azteca (4:12).

El libro de quinto año, que defiende con obstinación posturas indigenistas y antihispanistas ya superadas e inexplicables por su incongruencia con la intención de los demás libros, describe las realizaciones culturales de mayas y aztecas luego de haber expuesto, con fervor, la racionalidad de los sacrificios humanos entre los mexicas:

"Así, para auxiliar al Sol en la lucha que, según ellos, libraba a diario ... le ofrendaban, cumpliendo con uno de los deberes religiosos que se tenían por más inquebrantables, la sangre de los prisioneros que capturaban librando con otros pueblos guerras periódicas, en las que ellos también, generosamente derramaban su sangre" (5:22).

Conviene explicar el motivo de los sacrificios. La redacción traduce, sin embargo, cierta complacencia en lo sanguinario a nuestro juicio gratuita y susceptible de entrar en conflicto con valores no prehispánicos que son también parte de la herencia mexicana.

El libro de sexto año, finalmente, dedica comentarios breves pero de suma alabanza a la "organización muy completa", las "instituciones muy avanzadas" y los "grandiosos restos" de las ciudades prehispánicas (6:211).

La Conquista

Los cuatro textos reconocen el legado cultural prehispánico. Dos revelan, en cambio, dificultades para asimilar la Conquista. El manual de quinto año no lo consigue y el de tercero deja entrever una ruptura entre su intención y su mensaje final.

La Conquista engendra a la nación pero es al mismo tiempo un período traumático por la violencia que implica y la inmensa paradoja de que esa violencia conlleva gérmenes de creación.

Cuesta esfuerzo aceptar un origen nacional doloroso. Muchos mexicanos, en vez de percibir creativa la Conquista por debajo de su brutalidad, generalmente la asimilan a las agresiones que sufrió el país a lo largo del siglo XIX, motivadas por un mero afán de explotación y despojo. Otra desafortunada asociación de ideas se ha fincado en hechos reales: debido a que durante la Colonia el fundamento de la jerarquía social era eminentemente

racial, muchos pensadores vincularon las causas populares al indigenismo y las conservadoras al hispanismo, confusión de luchas sociopolíticas vigentes con hechos históricos consumados que implicaba extender en el tiempo el antagonismo entre españoles e indígenas y significaba, por ende, renegar de la doble raíz nacional, en última instancia, rechazar la Conquista.

El relato sobre dicho período en el manual de tercero es el más extenso de los cuatro y el más ambiguo. Su afán de historia conciliadora no llega a florecer porque lo impiden residuos de amargura.

El texto acepta plenamente la dimensión racial del mestizaje que se originó en la Conquista: "Los españoles se casaron con indias, y de estos matrimonios nacieron los mestizos" (3:76). Un dibujo muestra a una mujer indígena y a un conquistador junto con su hijo. Los rasgos étnicos del niño e incluso la vestimenta, revelan su mezcla de sangres.

El libro expone, además, que gracias al contacto con los europeos los hombres americanos "mejoraron sus habitaciones, caminos y otros servicios públicos", recibieron el auxilio de las bestias de carga, conocieron vegetales que mejoraron su alimentación y adquirieron "nuevos modos de cultivar la tierra", así como técnicas para fabricar utensilios metálicos y explotar las minas. Más aún, los indígenas "tomaron de los pueblos europeos idioma, religión, costumbres y otros elementos de cultura que modificaron y mejoraron los suyos" (3:73).

Lo anterior significa admitir los aspectos benéficos de la Conquista, en especial la aportación de una tecnología superior. Empero, el manual evoca menos la interacción de dos culturas que la acción de la europea sobre la indígena y la respuesta de la segunda. De hecho, la Conquista repercutió también sobre el hombre europeo en el plano material y en el psíquico —hecho ignorado por el texto— pues América conquistada fue, a la vez, conquistadora.

Pese al reconocimiento de ventajas, la imperfecta asimilación del período se manifiesta en varios detalles.

La descripción de los españoles llama la atención por su ambivalencia. El texto distingue tres grupos. Los conquistadores, sedientos de "riquezas y honores", se apoderaron de la tierra por las armas. Luego, los colonos explotaron tierras y minas con el trabajo de los indios. En cambio, los misioneros "se afanaron por conseguir el bien espiritual y material de los indios" (3:75-76).

Los religiosos proyectan una imagen de altruismo. Los militares, una de ferocidad. Pedro de Alvarado, por ejemplo, en ausencia de Cortés "cometió abusos y crueldades con los indios ... Ordenó la matanza de varios centenares de nobles indígenas, lo que provocó la sublevación de la ciudad" (3:89).

Cortés mismo es objeto de un doble juicio. Varios comentarios lo exaltan al tiempo que lo degradan: "Estudió en la Universidad de Salamanca,

entonces la más importante entre las españolas. No terminó sus estudios" (3:79). No se ocultan los méritos individuales del conquistador: "demostró gran inteligencia y mucho valor" (3:77). Sin embargo, Cortés actuó principalmente al impulso de la ambición, que la moral más difundida no considera buena: "Oyendo hablar de la riqueza de los territorios recién descubiertos, decidió venir a América" (3:79-80). *Amillas*

En los dibujos que lo representan, Cortés proyecta, por su expresión facial y corporal, ambigüedad de hombre heroico y mezquino (3:79, 81). El rasgo prevaleciente será, con todo, la crueldad.

"Cortés creyó que le preparaban una emboscada y, tratando de anticiparse, dispuso una matanza—resultó terrible—contra los indefensos habitantes de Cholula" (3:85-86). Posteriormente, en el curso de su expedición a Honduras, Cortés "hizo dar muerte al emperador Cuauhtémoc, que iba preso. Aquel acto, injusto y cruel, ocurrió en el año de 1525" (3:98).

El señalamiento emotivo de las violencias de Cortés, revelaría un anti-hispanismo latente y dificultades para asimilar la Conquista. Viene a reforzar esa impresión el énfasis marcado en los aspectos dolorosos de la etapa, notorio en ilustraciones y algunos pasajes del texto.

Hay, por ejemplo, un dibujo que representa un combate entre soldados españoles y guerreros aztecas (3:80). Aquellos, provistos de lanzas y bien equipados, no parecen humanos, uno con su armadura que lo cubre por completo y montado en un caballo de expresión feroz, el otro con un casco que

protege la mayor parte del rostro y deja ver sólo un rictus de extrema dureza. Los guerreros aztecas, al contrario, despiertan la solidaridad y la compasión del lector. Uno de ellos, esbelto, sin ropa casi, yace en el suelo y extiende su escudo en un gesto desesperado para protegerse; la cabeza inclinada hacia atrás y el torso apenas levantado, sugieren el abatimiento; la expresión facial, sumo dolor. El segundo azteca, con traje de plumas y casi tan vulnerable como el otro, apunta con su arco a un español; es el símbolo trágico de la resistencia heroica y sin esperanza.

Otro dibujo representa a indígenas víctimas de un ataque español. Un hombre azteca levanta su mazo con aire fiero. A su derecha, tres mujeres huyen despavoridas, una de ellas muy anciana, otra con un niño a cuestas, sus rostros deformados por la angustia y la pena. Al fondo, los españoles, a caballo y con espadas, parecen animados por una violencia demoníaca.

También párrafos del texto desbordan amargura, en especial los relativos al sitio de Tenochtitlan:

"A las diez semanas de aquella tremenda lucha, Tenochtitlan presentaba un aspecto espantoso: incendiadas las casas; destruidos los templos; horribles los canales por la cantidad de cadáveres de indios, de españoles, de caballos".

Si la Conquista destruye y los españoles son crueles, la resistencia indígena merece los mayores elogios, aunque el texto no oculta la ayuda proporcionada a Cortés por pueblos sometidos a los aztecas. Xicoténcatl es un héroe. Lo mismo Cuicilhuac, quien "reunió más gente y recursos y

prosiguió la lucha" (3:90), y desde luego, Cuauhtémoc, defensor de su ciudad hasta el final que luego "resistió heroicamente" el suplicio impuesto por Cortés (3:95).

Moctezuma aparece, en cambio, como el anti-héroe indígena: "temió perder su trono" al ver llegar a los españoles, y "amedrentado, los recibió con grandes muestras de amistad" (3:83-84); al final, el pueblo apedreó a Moctezuma "y se dice que la muerte del monarca se debió a una de aquellas pedradas" (3:91).

En el libro de tercer año, la insistencia en la crueldad española y la exaltación de la resistencia indígena, convierten a la Conquista en episodio nefasto, que no era la intención original. Esa crueldad, asociada a cualquier lucha, constituye un hecho histórico. No hay razón para negarla ni forma de hacerlo. Recordarla puede ser una terapia. Empero, exhibirla con detalle en ilustraciones y textos cargados de emotividad, no ayuda a asimilar la historia y puede, en cambio, inducir el rechazo del ingrediente europeo de la nacionalidad mexicana.

La breve presentación en el volumen de cuarto año, parece más libre de rencores. Cortés, hombre ambicioso, triunfó por su genio y la superioridad de sus armas. Esta vez no se exponen con detalle violencias de los españoles, ni se alaba demasiado a Cuitláhuac y Cuauhtémoc aunque su resistencia merece el calificativo de "heroica". Moctezuma, por su parte, es reivindicado: "Era un valiente pero tenía la creencia de que los españo-

les, seres divinos, cumplieran, con su llegada a Tenochtitlan, viejas profecías" (4:15). La Conquista, sugerida como inevitable, no parece ya una tragedia.

Mientras que el manual de cuarto año representa un avance hacia la conciliación histórica, el de quinto año significa, por su rechazo global a la Conquista, una regresión.

Este libro plantea como absolutamente funesta la llegada de los europeos a América: "Con el establecimiento de los colonos españoles empezó el sufrimiento de los indios americanos, que fueron sometidos a la esclavitud y tratados cruelmente" (5:49).

Los conquistadores, bajo esta visión, carecen por completo de méritos: "La mayor parte de los españoles que en aquel tiempo venían a América, sólo se guiaban por una idea: vivir del trabajo de los indios" (5:50).

Cortés, hombre "tan intrépido como ambicioso", carga él solo el peso de muchas crueldades: en Cholula, "ideó y llevó a efecto una matanza tremenda" (5:54). Reaparece Moctezuma apedreado por su pueblo. Cuauhtémoc se eleva, al contrario, a nuevas alturas de heroísmo: abundan los detalles en la narración de su tormento y la orden que dió Cortés de ejecutarlo recibe los calificativos de "cruel, criminal, desatentada" (5:58).

En la narración del sitio de Tenochtitlan se llega a extremos de violencia:

"Llegó un momento en que los sitiados ya no tenían por donde andar, como no fuera encima de los muertos y sobre las pocas azoteas que les quedaban ... Sólo esperaban la muerte, que a gritos pedían a sus enemigos. Con todo, nadie hablaba de rendirse, no obstante que Cortés, horrorizado de tan espantosa destrucción, ya innecesaria, proponía la paz" (5:56).

Esta visión quizá alimenta un sentir trágico de la vida entrelazado con un complejo de inferioridad cuya formulación se da en términos raciales: "Convencidos los tlaxcaltecas de que no podrían combatir contra los hombres blancos y barbados, se convirtieron en aliados de los invasores" (5:54-55).

El libro de sexto año, en cambio, no describe una Conquista destructiva: es verdad que la organización y las costumbres aztecas fueron substituídas por las del conquistador, pero subsistieron "en parte" (6:212). El libro formula, además, la definición clara y explícita del mestizaje a que dió lugar la Conquista: "México, lo sabemos muy bien, es el resultado de la fusión de dos tipos de culturas: las culturas prehispánicas y la cultura europea u occidental, llegada a nosotros a través de España" (6:210).

Después de la ambigüedad, los buenos deseos y el rechazo en los libros de tercero, cuarto y quinto años, respectivamente, la caracterización de la Conquista en el libro de sexto aporta serenidad. Lástima que se haya hecho esperar tanto. Lástima también por su brevedad y la ausencia de una crónica histórica detallada.

La Colonia

Tres manuales abordan el período colonial, menos problemático que el anterior pues el país se había encauzado ya.

El de tercero incluye una breve narración. No alude a la estructura social ni a la organización económica, pero sí a la evolución cultural de la Nueva España. En la crónica destacan las personalidades, no los actores colectivos, y en particular los frailes, quienes por su bondad temperan la violencia de los conquistadores.

En efecto, los misioneros educan en un doble sentido y defienden a los indígenas: "los adiestraron en nuevas formas de trabajo", "les inculcaron buenas costumbres" y los protegieron "frente a la codicia de los otros españoles". Varios dibujos exponen la noble labor.

Hay uno en que dos franciscanos dan lecciones a un grupo de indios. De pie, ligeramente inclinados en actitud condescendiente, los misioneros irradian bondad. El que está en el centro lleva en la mano derecha un libro abierto, símbolo del saber, y en actitud paternal apoya la izquierda en el hombro de un niño moreno cruzado de brazos, que levanta la cabeza con aire de fascinación y de súplica. Detrás del niño, su madre, rostro de confianza y gratitud, empuja al niño hacia el maestro para que se impregna de enseñanzas. El segundo fraile, a la izquierda del dibujo, también apoya una mano sobre el hombro de un indígena absorto en la lección, igual que sus compañeros. Ese gesto del maestro es una expresión de afecto pero

consagra, a la vez, la superioridad del misionero sobre sus alumnos; el primero da, los segundos reciben; más que fusión de culturas, uno evoca una transculturación (3:99).

Otro motivo que aparece a menudo, con variantes, es el de religiosos defensores de indios. En la ilustración típica (3:99), un fraile se interpone entre un indígena y un español a punto de agredirlo. La víctima, frágil y miserable, abraza la rodilla de su defensor. El franciscano, de expresión generosa pero firme, ha puesto una mano sobre el hombro del indio y con la otra, extendida y rígida, detiene el fuetazo del español. La escena confirma la noción, expuesta por el mismo libro en otra parte, de que los españoles no formaban un todo homogéneo sino grupos bien delimitados, impulsados por motivos diversos. Unos causan daño, otros lo neutralizan. Al final, no hay ventajas absolutas para México en esta concepción del período virreinal tan ambigua como la de la Conquista.

Es verdad que el manual destaca la evolución cultural en la Nueva España, impulsada por frailes y virreyes. Empero, el texto enfatiza la difusión en el virreinato de conocimientos europeos sin mencionar la cultura propiamente mexicana que estaba formándose ya.

La insuficiente atención prestada a los aspectos constructivos de la Colonia, no logra entonces borrar completamente las imágenes de crueldad evocadas por el mismo libro a propósito de la Conquista.

En cambio, el de cuarto año, que antes no renegó de los conquistadores, exhibe un período virreinal muy creativo.

Su primer comentario, similar al que formuló el libro de sexto para explicar el sentido de la Conquista, alude al mestizaje y lo ubica con mayor precisión en el tiempo:

"(Durante el período virreinal), se mezclaron en México dos sangres y dos culturas, la indígena y la española. De ellas se formó el actual pueblo mexicano, al que tú perteneces" (4:17).

Sin contradecir tan clara definición de la nacionalidad, el texto destaca, más adelante, el fundamento racial de las clases que formaban la sociedad colonial.

El libro no oculta la violencia, tampoco la ambición española, particularmente en los primeros años del dominio colonial. Sin embargo, los conquistadores mismos se redimen una vez que empiezan a crear: "Gran destructor en la guerra, Cortés era gran constructor en la paz".

En cuanto a la explotación que sufrieron los indígenas, se justifica por la grandeza de las obras. Para reedificar, por ejemplo, la ciudad capital, "los indios vencidos tuvieron que realizar todo el trabajo material", pero el conjunto de nuevos monumentos "habría de suscitar enorme interés a lo largo de los siglos" (4:18-19).

El texto alaba, además, los gobiernos de virreyes eminentes y enfatiza el interés del rey de España en proteger a los indios. También los misio-

neros brindaban "amorosa protección" (4:38), aparte de su grandiosa labor cultural que los hizo aprender lenguas indígenas a cambio de enseñar el español.

Ciertos detalles postulan un marcado misticismo de los frailes. Los doce que desembarcan en una playa, según muestra un dibujo, lo hacen en actitud de adoración (4:26). Bajo un cielo rojizo, con un fondo de olas que se estrellan y forman nubes de espuma, los religiosos veneran al suelo que los acoge, unos de rodillas o postrados, o con las manos sobre el pecho y la mirada al cielo.

Los frailes, no obstante, fueron igualmente hombres de acción que transformaron las condiciones materiales de vida al introducir nuevas técnicas de trabajo.

Durante la Colonia la Iglesia en conjunto "ejerció gran poder espiritual, político y económico sobre las familias, la sociedad y los gobernantes". Hay acaso un reproche sutil en el comentario de que los clérigos llegaron "a reunir gran riqueza, lo cual acrecentaba su poder" (4:43). No hay, en cambio, acusaciones a la doctrina ni a la práctica religiosa, que sirvieron como unificadoras de una sociedad proclive a desgajarse por las enormes diferencias entre clases. Un dibujo muestra una procesión (4:43). Varios frailes llevan a cuestas la efigie de la Virgen que se recorta sobre un cielo tranquilo y proyecta resplandores cálidos. Las personas en la calle, miembros de diversos grupos étnicos y sociales, comparten en su totalidad la convicción religiosa: la dama con mantilla al igual que la mujer de rebozo,

un aristócrata español que se ha quitado el elegante sombrero y un indio, el suyo de palma.

Se menciona, esta vez, a los representantes de una cultura propiamente mexicana: Juan Ruiz de Alarcón, Carlos de Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz (4:41-43).

No es que la vida colonial fuera dichosa. El libro destaca, por ejemplo, las grandes limitaciones impuestas al comercio de la Nueva España (4:34-35). Subraya igualmente las tensiones sociales cuya exacerbación conduciría a la violencia: los indios "vivían realmente esclavizados" y los mestizos, rechazados por españoles e indios, finalmente "se aliaron con los criollos para luchar contra los españoles peninsulares" (4:23-24).

Sin embargo, a juzgar por el lenguaje y el énfasis en la creatividad durante la Colonia, el texto de cuarto año asimila bien dicho período.

El manual de sexto, también conciliador, expone objetivamente la organización del gobierno virreinal y la estrecha unión de la Iglesia con el Estado. Antes definió a la Conquista como procreadora en sí de la nación; no requiere ya, por tanto, de exhibir las facetas constructivas del período colonial sino que puede mostrar abiertamente sus aspectos negativos: la dependencia política, la desigualdad social y una legislación económica "que no beneficiaba a la mayoría de los habitantes del país" (6:213-215). Todo ello explica el estallido de la Guerra de Independencia.

La Guerra de Independencia

Ese período de lucha aparece analizado en detalle por tres libros.

El de tercero se limita a destacar la figura de Hidalgo, héroe que inicia el movimiento armado y después abole la esclavitud.

El manual de cuarto año ofrece una visión detallada.

Explica el origen de la Guerra por motivos sociales y económicos: "Los españoles y gran parte de los criollos, abusaron a tal grado de sus privilegios, que durante el virreinato varios grupos inconformes se rebelaron" (4:46).

También factores ideológicos abrieron el camino a la guerra, en especial la influencia del "espíritu moderno" con sus ideas de libertad, igualdad y derechos del hombre, que muchos criollos relegados fueron adquiriendo en los colegios (4:46-47).

En tercer lugar, varios acontecimientos externos precipitaron la lucha emancipadora mexicana: el ejemplo de la independencia norteamericana y el de la Revolución Francesa, así como la invasión de España por las tropas napoleónicas.

Dirige la lucha la clase mestiza, y sobre todo, la criolla, "en la cual también fue formándose y cudiendo el descontento" debido a su creciente marginalidad. Cuando José Bonaparte usurpa el trono español, los criollos

proponen al virrey la creación de una junta de gobierno en la Nueva España, pero entonces los españoles peninsulares, por temor a perder sus privilegios, toman el poder mediante un golpe de Estado que cancela la posibilidad de una independencia pacífica y no deja a los criollos otra vía que "conspirar y organizarse", tal como hicieron en Querétaro (4:48-50).

Pero si una "clase media" dirige la lucha, el pueblo le confiere la substancia y el vigor. La Independencia, en efecto, había hallado partidarios "entre el pueblo todo", cuyos miembros formaron el primer ejército insurgente (4:51-52).

Se perfila, de ese modo, una coalición muy heterogénea, integrada por fuerzas sociales variadas que persiguen objetivos presumiblemente diferentes, aunque converjan en puntos básicos—circunstancia cuyas implicaciones no reciben la debida atención en el manual de cuarto año, a nuestro juicio.

De los héroes, Hidalgo es el más grande, redentor en sentido cristiano que perseguía metas sociales además de las políticas y

"dejó la vida pacífica ... para servir a un propósito noble, altruista e inmenso por los sacrificios y el patriotismo. Luchó por destruir la esclavitud, le ofendían la sumisión en que vivían los indios y la desigualdad de las clases postergadas" (4:56-57).

Lo mismo vale por Morelos,

"el más grande de los caudillos militares de nuestra guerra por la independencia ... Hijo del pueblo, conocedor de las miserias de éste y de sus necesidades, Morelos quería moderar la opulencia entre los ricos y suavizar la indigencia entre los pobres" (4:58, 63)

Vicente Guerrero, nacido de campesinos humildes, se inmortaliza como el militar que ganó varias batallas con muy pocos recursos (4:67-68).

Francisco Javier Mina, por su parte, vino a "luchar contra un gobierno tiránico, no contra los españoles"—ejemplo de cómo un buen ideal unifica a los pueblos por encima de las filiaciones nacionales (4:69).

Pero así como hay héroes, hay villanos en la Guerra, la Iglesia Católica en primera fila y en contraste con su buen papel—reconocido por el libro de cuarto año mismo—durante la Colonia. La Iglesia excomulga a los primeros insurgentes, más tarde a los que redactan la Constitución de Apatzingán, y la Inquisición degrada a Morelos. Sin embargo, los reproches del libro apuntan exclusivamente a los altos rangos de la jerarquía eclesiástica. No hay empeño alguno en ocultar que Hidalgo y Morelos fueron curas. Además, la Virgen de Guadalupe en el estandarte de la Independencia, demuestra el potencial de los símbolos religiosos para cohesionar al pueblo en torno a buenas causas.

Para explicar, finalmente, la consumación de la Independencia, el texto elige la sinceridad aunque al final parece retractarse y termina nublando la cuestión neurálgica de quién ganó la guerra.

La franqueza se manifiesta en reconocer que un viraje en la actitud de los sectores privilegiados novohispanos, motivado por nuevas coyunturas, decidió la victoria de la Independencia.

En España, Fernando VII es obligado, por una revolución, a respetar nuevamente las normas constitucionales de Cádiz.

"En la Nueva España, el virrey debía jurar también la Constitución, pero los españoles peninsulares y demás grupos partidarios del régimen virreinal, al ver en peligro sus intereses y prerrogativas, conspiraron en La Profesa ... para impedir el juramento, aun cuando para ello tuvieran que dar a México la independencia que por once años habían combatido" (4:69).

Debido a que la acción insurgente continuaba, el virrey decidió mandar fuerzas para combatirla. Entonces,

"los miembros más activos de las clases privilegiadas lograron que se nombrara jefe de aquellas tropas a Iturbide, y que éste, a espaldas del virrey, conviniese en consumar la independencia para beneficio de los grupos más poderosos del virreinato" (4:70).

Iturbide, incapaz de vencer la resistencia de Guerrero, termina por proponerle que unan sus tropas: "Después de comprobar Iturbide la inquebrantable fe de los insurgentes, logró concertarse con Vicente Guerrero para que juntos los dos ejércitos hicieran la independencia" (4:71). Un dibujo ilustra el pacto de los dos jefes militares (4:72). Iturbide aparece con expresión resignada más que feliz; Guerrero, muy satisfecho. Pero aunque el libro expone como tal la solución de compromiso, no puede resignarse a ella. De ahí una afirmación con objeto de sugerir el triunfo, pese a todo, de los insurgentes: "Los españoles más ricos y el virrey, disgustados contra Iturbide por haber éste abandonado sus banderas, enviaron tropas a combatirlo" (4:71).

La frase no logra borrar la impresión de una independencia consumada por voluntad de los privilegiados. Hay que buscar entonces un remedio a la esperanza frustrada de cambio social, y ese remedio consiste en declarar el triunfo de la nación en su conjunto, de la entidad abstracta llamada pueblo: "Insurgentes y realistas unían sus fuerzas y propósitos a fin de lograr la paz y la felicidad del país" (4:71).

El libro de quinto año, congruente con su rechazo radical al legado español, afirma como objetivo de la Guerra de Independencia el "libertar a la patria de la opresión que había sufrido durante tres siglos" (5:141). Hidalgo y Morelos confirman su título de héroes máximos. El manual reitera que "altos personajes del clero y de la clase acomodada" reunidos en La Profesa, decidieron declarar la independencia para ofrecer luego el trono a Fernando VII. Necesitaban primero pacificar el país y se lo encomendaron a Iturbide, "temible por su crueldad", quien después de sufrir muchas derrotas resolvió unir sus fuerzas a las de Guerrero para consumar la Independencia. El manual de quinto año, como el anterior, no se atreve a señalar con precisión cuáles fueron los sectores sociales triunfadores de la guerra (5:141-145).

El libro de sexto, finalmente, destaca las reivindicaciones sociales de Hidalgo y Morelos, después formula el juicio más sincero sobre el resultado de la lucha independentista. El mecanicismo psicológico que permite su franqueza al texto, es por una parte un consuelo, que todas las clases anhe-

laban la Independencia, causa suprema, y por la otra una esperanza, que las promesas sociales se cumplirían más tarde:

"Las ideas de los insurgentes no se aplicaron completamente. Iturbide se hizo coronar emperador; no se cumplió el afán democrático del pueblo; la situación de desigualdad social continuó. No obstante, se había logrado la suprema ambición de los mexicanos: ser independientes y gobernarse por sí mismos, lo que sería base para satisfacer, con el tiempo, aspiraciones de justicia e igualdad" (6:217).

El siglo XIX

Dichas aspiraciones no iban a cumplirse en el agitado siglo XIX, de "frecuentes cambios de gobierno, luchas internas y guerras con otros países" (4:79).

El libro de cuarto año describe la configuración de los partidos liberal y conservador, cuyo antagonismo se volvió eje central de la historia. El partido reformista, igualmente llamado "de los liberales" y al cual "se adhirió el de los federalistas", deseaba librar al país de la presión de clero y ejército. Por su lado, "el clero y el ejército, que deseaban conservar sus privilegios, formaron el partido de los conservadores, al cual se unieron los centralistas" (4:89).

Una ilustración representa a grupos de conservadores y de liberales. Los primeros, incluido un descomunal obispo, fueron dibujados para inspirar aversión por su rostro y su actitud corporal de dureza, altivez, avaricia y agresividad mezclada con recelo. Los liberales, en cambio, de sonrisa confiada, firmes pero no altivos y con los brazos sueltos en prueba de franqueza, despiertan plena simpatía.

La crónica misma de los hechos, sin recitar himnos de alabanza, exhibirá la bondad de la causa liberal.

También héroes y antihéroes quedan bien delimitados. Son responsables de la historia en la medida que el libro no concede primacía ni a los actores colectivos ni a las fuerzas económico-sociales por encima de los individuos.

Si quedaran dudas acerca de Iturbide, el texto afirma su mezquinidad de hombre fatuo y aliado a los privilegiados.

Pero nada se aproxima a la fealdad histórica de Santa Anna, cuyo primer pecado es derogar la Constitución de 1824. Años más tarde, en combate contra los separatistas texanos, el general cae preso; "la guerra hubiese podido seguir adelante, y, de seguro, con buen éxito ... pero para recobrar su libertad, Santa Anna hizo un infame pacto con Houston": ordenó la evacuación de las tropas mexicanas y reconoció la independencia de Texas (4:92). El militar se distingue durante la Guerra de los Pasteles. En cambio, el texto le atribuye varias derrotas en la Guerra del '47. Nuevamente al poder después de este conflicto, Santa Anna instaura una "dictadura despótica" y vende La Mesilla a Estados Unidos (4:101-103). No podría ser más desfavorable el juicio al personaje. Juicio deformado pues sólo por antipatía puede adjudicarse a un individuo la pérdida de Texas.

Comparte las palmas del antiheroísmo, aunque muy atrás de Santa Anna, el emperador Maximiliano. El texto admite que fue "inteligente e

instruido", de "espíritu liberal y conciliador". Gran parte de culpa, además, recae sobre los conservadores mexicanos que pidieron la intervención. Va también en descargo de Maximiliano la influencia maligna de su esposa, Carlota. El emperador, pese a ello, quedará plasmado en las memorias como un hombre "irresoluto, versátil y, en ocasiones, frívolo" (4:125). Lo peor no eran esos defectos sino el gobierno de un monarca extranjero apoyado por tropas foráneas.

Apoyado también por la Iglesia Católica, específicamente el alto clero, que en los momentos cruciales del siglo XIX confirma su vocación antipopular y extranjerizante manifestada en la Guerra de Independencia. Primero, la Iglesia puso su "poder espiritual ... en contra de los principios constitucionales de 1857". Luego, cuando los franceses entraron en Puebla, "se adornó la catedral y se entonó en ella un cántico de gracias"; al final, el arzobispo manifestó reconocimiento a Francia por el gobierno de Maximiliano (4:105, 120). Semejantes anécdotas, evidencia histórica válida, por su detallismo dejan suponer motivaciones subyacentes de marcado anticlericalismo.

Liberales por definición, los héroes combaten a las potencias de la ignorancia y de la tiranía.

Sitio de honor a Mora y Gómez Farfás, "precursores de la Reforma" (4:88).

Nadie brilla tanto como Juárez, quien por esfuerzo propio se elevó de un origen social muy humilde hasta la condición de "gran patriota y gran

estadista" de "nobles ideales, firmeza de carácter e inquebrantable rectitud" (4:112). Juárez, máxima figura del siglo XIX, quizá de la historia, se immortaliza como "paladín de la legalidad y de la Reforma", "defensor de la soberanía nacional" y "restaurador de la República" (4:130).

En breve, el manual de cuarto año expone una historia del siglo XIX fabricada por hombres notables. Su crónica otorga prelación a los factores internos sobre los externos en el desarrollo de los acontecimientos: las derrotas internacionales, por ejemplo, se deben a fallas mexicanas, y aunque ello no exime de culpa al agresor, el texto no fomenta un odio agudo hacia norteamericanos o franceses. No hay mayores culpables que los malos mexicanos, así como los grandes beneficios nos fueron legados por héroes supremos.

Con su devoción a Juárez y su grito de anticlericalismo, el libro de cuarto año se distingue también por un rancio sabor a vieja historia liberal, pero sin exageraciones.

El manual de quinto año no se ocupa de México en el siglo XIX. Sólo enumera las causas de su derrota en la Guerra del '47: "la falta de organización militar, la impericia de los principales jefes, la escasez de recursos económicos y la honda división que existía entre liberales y conservadores" (5:163). Son todas deficiencias mexicanas, sin reproches al expansionismo de los Estados Unidos.

Con su habitual lucidez, el libro de sexto año analiza los tropiezos de un país que empieza mal su vida independiente. La Constitución de 1824, aunque la escribieron destacados liberales, se inspiraba demasiado en la norteamericana, al grado de olvidar la realidad nacional.

Realidad bien triste comparada con los sueños de los legisladores: durante la primera mitad del siglo XIX, México enfrenta el caudillismo, las "conveniencias del clero" y los problemas de su economía destruida. Sufre también el expansionismo de Estados Unidos y Francia. Las condiciones internas, precarias e inestables, propician la dictadura de Santa Anna, derrocado por la Revolución de Ayutla (6:218-219).

La Constitución de 1857, más adecuada al país y que consagra la democracia, enfrenta la oposición de las "clases privilegiadas y conservadoras, unidas al alto clero". Ello origina la Guerra de Tres Años. El pueblo defiende la Constitución dirigido por Juárez. Juárez dicta las Leyes de Reforma que proclaman la separación entre Estado e Iglesia; su causa vence, al final, pero algunos mexicanos creen al país incapaz de gobernarse y promueven la Intervención Francesa (6:220-222).

El texto juzga con dureza a Maximiliano: "gobernó ilegalmente", de hecho "no estaba capacitado para gobernar" pues no conocía el país; además, "tenía que ceder a la presión de Napoleón III ... y a la del partido conservador". Lo principal, "el imperio era repudiado por la mayoría de los mexicanos". Paradójicamente, los conservadores no obtienen lo que

esperaban y el clero tampoco recupera sus privilegios. Juárez, quien había retomado la lucha por la legalidad y la soberanía, triunfa nuevamente con apoyo del pueblo (6:222).

Los años de lucha heredan graves problemas económicos a la República Restaurada. Durante sus mandatos, Juárez y Lerdo de Tejada "hicieron que el país progresara" en lo material, siempre apegados a la Constitución (6:222-223).

El manual de sexto considera vital, para el desarrollo histórico, el juego de las clases sociales. En el escenario de amplias fuerzas y de grupos cuyos intereses chocan, el mérito o la culpa individual recobran su proporción justa.

El Porfiriato

El Porfiriato, culminación de un siglo XIX que se prolonga hasta 1910, evoca las más sombrías imágenes en los tres libros que lo abordan.

El de tercer año enfatiza la inequidad social en el período, responsabiliza a Díaz directamente, y acusa con particular indignación a "los empresarios extranjeros que explotaban a los obreros mexicanos".

"Don" Porfirio Díaz, como lo nombra el texto una vez en señal, quizá, de respeto subconsciente, disfruta el beneficio de la ambigüedad en su retrato (3:107). De tez clara, pelo y bigote canos, Díaz aparece con fac-

ciones en las que se delínean despotismo y rigidez, pero los contrarresta un aire sutil de cansancio y de pena. La nariz recta sugiere la dureza, los ojos rasgados, la fatiga. Mayor misterio, el de la boca, pues los labios tan delgados evocan crueldad pero el rictus traduce angustia. Díaz lleva su uniforme militar. No se le ven los brazos y parece un busto de piedra más que un hombre. Todo su pecho lo cubren condecoraciones, prueba de heroísmo aunque también señal de narcisismo (3:107).

En cambio, los juicios verbales acusan sin matiz: Don Porfirio y dictador serán sinónimos.

Resulta inaceptable, por un lado, la forma de gobierno de Díaz: "Su voluntad era la ley suprema. Ocupaban los puestos públicos las personas que escogía él. No había democracia" (3:106).

El otro pecado capital del Porfiriato reside en su modelo económico, contrario al nacionalismo y fincado en la explotación.

Los peones de las haciendas "trabajaban de sol a sol y por un salario mísero"; eran "poco menos que esclavos" (3:106).

La "poca industria" y los ferrocarriles estaban en manos extranjeras. Los obreros, sin derechos, percibían sueldos bajísimos.

El libro de tercero no sobreestima las injusticias, pero al atribuir las principalmente a un dictador y al capital venido de fuera, tiende a opacar contradicciones internas fundamentales de la sociedad mexicana, de las cuales el gobierno porfirista y la penetración económica eran síntomas.

El manual de cuarto año coincide con el precedente en nombrar "dictadura" al Porfiriato. No hay mal sólo en la forma de gobierno sino en la inconsistencia de Díaz, quien había "empuñado antes las armas contra la reelección" (4:150).

Ciertos méritos atenúan los defectos del gobernante: fue "buen administrador" y realizó "muchas mejoras materiales de importancia evidente" (4:156). Entre ellas destaca la construcción de ferrocarriles "que contribuyeron al desenvolvimiento comercial del país" (4:153). Incluso algunas industrias empezaron a desarrollarse, pero redujeron demasiadas ganancias a capitalistas extranjeros: Díaz los había satisfecho "entregándoles la economía del país" para que se enriquecieran, "muchas veces mediante el despojo de los débiles" (4:150).

La población trabajadora, explotada y analfabeta, paga el costo del crecimiento. La mantiene sometida el influjo de la Iglesia Católica, de nuevo impugnada por un texto obviamente anticlerical: "A los más desheredados se les tuvo quietos y dóciles bajo el poder espiritual del clero católico" (4:151). La corrupción institucionalizada, vuelta funcional para el sistema, ayudó también a preservarlo: Porfirio Díaz venció a sus enemigos "dándoles la oportunidad de enriquecerse" (4:153).

Todo ello condena al Porfiriato. Díaz impuso, en verdad, la paz y el orden, pero "con procedimientos contrarios a las fuentes del verdadero orden y la verdadera paz". Las muchas reelecciones del dictador "tuvieron muchas consecuencias contrarias al adelanto político y social de México" (4:150).

El manual de sexto año formula juicios similares. Díaz era un hombre ambicioso que veía "en el estricto régimen de la Constitución un impedimento para realizar sus designios" (6:223). Aunque su gobierno tuvo algunos méritos, se apartaba de la legalidad. Era dictatorial y perseguía un falso progreso, benéfico sólo para minorías. El ferrocarril impulsó a la industria pero "el campo fue olvidado". Los extranjeros que manejaban empresas discriminaban a los mexicanos y sacaban sus ganancias del país. Además, bajo pretexto de elevar la producción, Díaz permitió la formación de latifundios. Resultaron "desequilibrio económico" e "injusticia social". Lejos de tolerar la crítica, el gobierno ejercía represión contra campesinos y obreros, por ejemplo, los huelguistas de Río Blanco y Cananea (6:223-226).

En resumen, el manual de sexto reconoce, igual que el de cuarto año, algunos logros al Porfiriato, sobre todo la creación de infraestructura. Sin embargo, ninguno de esos libros y tampoco el de tercero, perdonan a Díaz el costo social de su proyecto económico ni los aspectos dictatoriales de su gobierno. Los tres manuales coinciden, igualmente, en que si el régimen había clausurado todo canal para expresar el descontento, sólo quedaba el camino de la Revolución.

La Revolución

En el libro de tercero, la presentación de la lucha en sus dos fases, maderista y carrancista, deja que desear. Demasiado breve, ignora el

contexto económico y social de la Revolución, las motivaciones e intereses de los participantes.

El manual subraya el impulso popular: "La voluntad del pueblo se impuso, y don Porfirio abandonó el país". Más aún, decreta al pueblo vencedor, expediente muy útil cuando no se ven con nitidez los resultados de un conflicto: dirigido por Carranza, "el pueblo volvió a triunfar" (3:117).

La importancia del actor colectivo no excluye, de ninguna forma, la de los líderes. Es más, no se concibe la Revolución sin hombres que la guíen: "En vista de los sufrimientos del pueblo, muchos buenos mexicanos hicieron oír su voz en defensa de los débiles". Tres héroes acáparan la atención: Madero, Carranza y Zapata. No hay siquiera una mención de Villa.

Madero, quien "promovió y encabezó la Revolución Mexicana", debido al sacrificio encarna, principalmente, la tragedia. Su rostro llama la atención por la marcada asimetría: el lado derecho proyecta confianza y firmeza, el izquierdo ve a lo lejos con horror (3:116). De poco sirve a Madero el haber forjado un consenso en torno a su gobierno. No hay ilustración alusiva a sus momentos de gloria, sino un dibujo en que el pueblo, todas las clases sociales, rinden homenaje al héroe muerto (3:116). Madero, apóstol de la democracia, y Pino Suárez, caen bajo el ataque de "una parte del ejército, la que era enemiga de las ideas y las libertades revolucionarias" (3:115).

De inmediato, el pueblo retoma las armas para impedir que la dictadura vuelva. Carranza aparece en escena como "nuevo jefe de la Revolución" que tendrá un éxito doble: el de "reconquistar" la libertad y promulgar la Constitución de 1917 (3:116).

Zapata, labriego de Morelos, "luchó incansablemente para que los hacendados devolviesen las tierras de que injustamente habían despojado a los campesinos de aquella región" (3:119). No hay alusión a su muerte. En cambio, el libro tranquiliza sobre el destino de la causa zapatista, venedora a largo plazo y por obra de la Revolución institucionalizada: "Después del triunfo definitivo de la Revolución, el gobierno ha hecho justicia a los campesinos dándoles tierras y los medios para cultivarlas" (3:119).

En efecto, un tema recurrente es que la lucha iniciada en 1910 significó una ruptura absoluta respecto al Porfiriato, y por otro lado, que existe continuidad entre la lucha y los gobiernos contemporáneos.

El manual de cuarto año reitera una periodización del conflicto en dos etapas: la Revolución de 1910 y la Revolución Constitucionalista. La crónica expone los principales sucesos pero igual que la anterior ignora el contexto de la lucha.

Madero añade a sus virtudes la de haber renunciado a una condición social privilegiada para propugnar las reformas sociales, y las de que "no era violento, ni sanguinario, ni cruel" (3:162). Esa bondad extrema, insinúa el libro, junto con el absoluto apego a la legalidad, pierden al hombre político.

El manual de cuarto año, a diferencia del anterior, menciona a varios líderes y expone sus antagonismos, en particular entre villistas y zapatistas por un lado y carrancistas por el otro: "El choque entre los dos distintos modos de ver se convirtió en una tremenda lucha armada". Por desgracia, el manual no especifica los "distintos modos de ver". Antes, a propósito de los levantamientos zapatistas durante el gobierno de Madero, motivados porque no procedía la devolución de tierras a los campesinos, el texto sugirió la presencia de dos concepciones, una legalista y la otra radical, como razón de los choques entre facciones revolucionarias. Dicha explicación, no obstante, jamás aparece formulada en términos claros, quizá por miedo a dilucidar la composición social de los diversos grupos, origen de aspiraciones variadas.

Ese tabú crea problemas para examinar el desenlace del conflicto. Zapata y Villa caen asesinados. Carranza también, después de que se había consolidado gradualmente. Si el manual no explicó a quién representaban los líderes, una vez que ellos han muerto la única forma de conjurar sentimientos de fracaso es declarar al pueblo victorioso: Carranza, cuyo ejército se integraba de campesinos y obreros, promulga la Constitución de 1917, que da cabida a las "aspiraciones populares" y consagra los propósitos de la Revolución (4:174-175).

El libro de sexto año ubica la Revolución en perspectiva histórica y caracteriza mejor la postura de diversas facciones. Madero deseaba

reinstaurar "el régimen democrático y liberal instituido por la Constitución de 1857". En cambio, otros hombres anhelaban "una completa revolución social", "cambios más completos y radicales": Zapata, Villa, Carranza y Obregón. Después de que Huerta usurpa el poder, el pueblo se levanta, bajo la jefatura de Carranza, "para hacer triunfar el movimiento revolucionario y el ansia de justicia social" (6:226-227).

Empero, la evaluación global de la Revolución Mexicana no lleva hasta sus consecuencias últimas el examen de las divergencias entre grupos. Por más que los líderes disintieran acerca de cómo lograr cambios,

"para nosotros todos ellos son héroes, los vencidos y los vencedores, porque todos tratan de lograr una vida mejor para los mexicanos y todos ayudaron, de una manera u otra, a que se implantara en el país un régimen más justo, más comprensivo, más propio para el verdadero desarrollo y progreso de México" (6:228).

La historia los quiere a todos, virtuosos y descarriados. No deja de haber trampa en ese monumento de conciliación edificado por el texto para evadir la eterna, embarazosa pregunta, de qué fuerzas sociales impulsaban a los líderes y quién ganó la Revolución. La duda habrá de sepultarse, una vez más, bajo la imagen del pueblo victorioso en virtud de la Constitución. La de 1917, continuación de la de 1857, representa un "método para lograr lo que los mexicanos buscaron desde el momento en que se inició la Guerra de Independencia en 1810". Los gobiernos contemporáneos, basados en esa ley y encargados de aplicarla, por extensión se convierten en herederos de las mejores causas nacionales.

Los "gobiernos revolucionarios"

Dichos gobiernos aparecen en dos narraciones históricas.

El manual de tercero enfoca a los regímenes actuales como los continuadores de la Revolución, encargados de cumplir sus promesas. Gracias a la acción gubernamental, tiempo después de concluida la lucha, "la Revolución Mexicana ha hecho justicia a los obreros y a los campesinos, tan injustamente tratados durante el gobierno dictatorial de Porfirio Díaz" (3:119).

El gobierno, en primer término, ha consumado la reforma agraria; repartido "tierras y los medios para cultivarlas", "construido grandes presas" y "abierto canales". "Las tierras, así regadas y fertilizadas, han sido distribuidas entre los ejidatarios y los pequeños propietarios" (3:118-119). En el campo, según el libro, no quedan ya problemas.

Pero los beneficios del gobierno se extienden mucho más lejos: "México es actualmente uno de los países más progresistas de América" y el progreso "se debe a que los gobiernos de la Revolución se han preocupado, cada vez más, por conseguir el bien de todo el pueblo. El actual presidente constitucional de la República Mexicana es don Gustavo Díaz Ordaz" (3:121). Educación, seguridad social, carreteras, industria nacional basada en la expropiación petrolera, obra de Cárdenas, constituyen los signos vitales de un gobierno inmejorable, pieza central en la visión extremadamente optimista del México actual (3:122-124).

El manual de cuarto año coincide con el de tercero en definir creadores y benévolo a los "regímenes revolucionarios". Lo distintivo de su crónica es una tendencia a personificar el gobierno en la figura del primer mandatario.

Aparece, en efecto, un resumen de logros atribuidos a cada presidente, desde Carranza y hasta Echeverría. Carranza promulga la Constitución de 1917 y Obregón inicia el reparto agrario. "Por sugestión de Calles" surge después el PNR. Portes Gil resuelve el conflicto religioso y concede a la universidad su autonomía. Cárdenas "decretó la expropiación petrolera", "repartió muchas tierras" y "protegió en todo momento los derechos de la clase trabajadora". El gobierno de Avila Camacho "se caracterizó por su espíritu conciliador y de unidad patriótica". Alemán, por su parte, "intensificó considerablemente la industrialización de México" y "mandó erigir la Ciudad Universitaria". Se recuerda a Ruiz Cortines como el presidente que embellece la capital y construye hospitales. López Mateos "vigoriza" la justicia social, introduce los libros de texto gratuitos y nacionaliza por completo la industria eléctrica. Díaz Ordaz "continuó con gran empeño la Reforma Agraria", además de que "dió apoyo a la iniciativa privada para fomentar nuevas industrias". Echeverría, finalmente, pretendía "mejorar las condiciones de vida", sobre todo de campesinos y obreros (4:176-182).

Así, la historia oficial recupera a todos los presidentes, por más que hayan diferido en ideas y acciones, para hacerlos contribuir al gran proyecto de construcción nacional, unitario y continuador de nobles luchas, destinado por tanto a realizar aspiraciones históricas.

Nada más positivo que el balance de la gestión gubernamental en el período de la Revolución Institucionalizada: reforma agraria completa, escuelas, centros de salud y obras de infraestructura innumerables, niveles de vida superiores. El tono triunfalista permite sólo una breve alusión al problema de la marginalidad, fácilmente remediable si la gente paga impuestos.

Evaluación general

El optimismo cierra un examen histórico muy apasionado por momentos, proclive a responsabilizar al individuo de la historia sin apreciar el contexto de los hechos, ambiguo sobre varias circunstancias. Antecedente prehispánico del cual ya nadie se avergüenza, sino que se enorgullece. Conquista mal asimilada por dos libros, expuesta en su realidad creativa por los otros dos. Vida colonial captada, alternativamente, en sus facetas constructivas y opresoras. Independencia paradójica, parcialmente fallida, enfrentada como tal solamente en uno de los textos. Siglo XIX y Porfiriato: noche y pesadilla de la historia. Único triunfo: la Reforma. Nación desgarrada primero por luchas internas, luego por la inequidad social. Revolución, legítima respuesta a la injusticia. Lucha de cuyos misterios el pueblo sale triunfante. México actual luminoso. Gobiernos que heredan

las luchas populares y curan las heridas del alma colectiva al hacer realidad, supuestamente, los anhelos de integración e igualdad frustrados a lo largo de la historia.

CAPITULO SEGUNDO
CONCEPTOS CENTRALES
 (PRIMEROS LIBROS)

La enseñanza de la historia cultiva el sentimiento. Lleva al alumno a descubrir cómo vive el ser nacional a través de su persona. No obstante, la exploración de la raíz histórica significa también un ejercicio de racionalización, pues lo importante no es sólo sentir con mayor intensidad, sino comprender por qué se siente. De ahí la importancia de los conceptos formulados en lecciones de historia y civismo. Aquéllos sirven, sobre todo, de herramientas al intelecto para aprehender el mundo en función de experiencias previas, aunque no podría negarse la carga afectiva de los conceptos que les resta cualquier pretensión de neutralidad o validez universal. Las ideas pueden ser compartidas por la sociedad en su conjunto cuando las engendró un pasado común, pero adquieren connotaciones específicas según el estrato que las formula motivado por intereses particulares. Por ende, en términos muy amplios, las ideas sirven ya sea para cuestionar o para legitimar un orden de cosas.

La concepción antropológica

No hay quizá noción más importante que la del hombre mismo, pues de la concepción antropológica dependerán, en gran parte, la orientación y los límites de las acciones.

Los libros de texto postulan al hombre, primero, como ser sociable, más por necesidad que por vocación: "El hombre es un ser sociable; no

puede vivir solo, pues le es muy difícil satisfacer por sí mismo todas sus necesidades" (5:202). Disposición innata o forjada por el medio, deseada o impuesta, la sociabilidad aparece como circunstancia dada, verificable por la observación y sin alternativas: "Todos los seres humanos, hombres y mujeres, vivimos en comunidad, vivimos dentro de una sociedad; esto es, somos seres sociales" (6:209). El hombre, por otro lado, destaca como ser pensante en dos sentidos, capaz de utilizar sus facultades en el terreno práctico y en el abstracto:

"Dos capacidades caracterizan principalmente al hombre, y las dos son manifestaciones de su inteligencia: la primera ha sido su capacidad para inventar y fabricar instrumentos; la segunda, su capacidad para pensar y para reflexionar acerca del mundo que lo rodea" (6:9).

El tercer postulado antropológico se refiere a la igualdad esencial de todos los hombres, aunque pertenezcan a diferentes culturas con grados variables de avance tecnológico: "Todos los hombres somos iguales por el solo hecho de ser humanos" (6:21). Esa igualdad permite formular el concepto de "gran familia humana" (3:28).

El hombre no parece investido de atributos naturales aparte de la inteligencia y la igualdad, quizá también de la sociabilidad. La concepción de los libros sugiere, más bien, que el humano nace "vacío" y se llena, durante la infancia, con los beneficios que le brindan la familia, la sociedad y la patria. Esas dádivas engendran, normalmente, una deuda de gratitud. El sujeto la paga al cumplir con sus obligaciones, en particular cuando accede a la condición de adulto, ciudadano y servidor de la patria.

¿Cuál es, en ese contexto, el lugar de la individualidad? El libro de tercero brinda ya algunas respuestas al examinar la relación del individuo con la sociedad, que puede revestir varias modalidades. En ciertos casos, muy raros, resulta legítimo anteponer su interés personal al de los demás: "(Perseveraré para) realizar cuanto mi propia vida y la de mis semejantes esperan de mí". Lo más natural, sin embargo, es servir a los demás, que en el fondo implica servirse a sí mismo, dadas la interdependencia social y la identidad del género humano: "Trabajaré ... por la salud ... del pueblo mexicano para que podamos todos disfrutar alegremente de la capacidad de sentir, de estudiar, de trabajar". En cualquier caso, una expansión individual debe siempre respetar la de otros: "Ayudaré a mis semejantes sin pretender que sobre sus libertades y derechos prive mi interés egoísta" (3:112). El manual de cuarto año expone opiniones contradictorias sobre la individualidad. En ocasiones, la reconoce válida e incluso fomenta una ética individualista: "Ahora (alcanzan) buen éxito en la vida cuantos luchan con rectitud, decisión y firmeza" (4:25). Otras veces, en cambio, el texto sugiere que la individualidad se diluye en el sentir nacional, particularmente en ocasión de conmemoraciones patrióticas: "todos los mexicanos" celebran sucesos gloriosos, así como las fechas luctuosas hacen "que todos los mexicanos estemos de duelo" (4:78). Finalmente, el libro de quinto año considera que la individualidad de ninguna forma está reñida con el interés colectivo, pues la persona que busca su provecho beneficia necesariamente a los demás, aunque no se lo haya propuesto: "Para alcanzar el bienestar personal, cada individuo realiza distintas actividades; con ello,

lo hecho por unos favorece a los otros, y todos de esa manera se ayudan" (5:204). De cualquier manera, los libros, menos el de sexto año, atribuyen gran importancia al individuo en la historia, al grado de sobreestimar su papel. Santa Anna carga sobre sí toda la culpa por la pérdida de Texas (4:92) y los máximos triunfos nacionales se deben a la acción de los héroes.

También las mujeres—variedad especial del género humano a juzgar por comentarios de los libros—se elevan, en ocasiones, a la noble región del heroísmo. Matronas de enorme busto, Josefa Ortiz de Domínguez y Leona Vicario reciben elogios porque ejemplifican "la noble entereza con que las mujeres mexicanas han sabido servir a la patria" (4:64). No obstante, la condición femenina en general aparece como de inferioridad y sumisión. Los textos mencionan, por ejemplo, en tono de aprobación, que entre los aztecas "a las niñas, desde pequeñas, se las preparaba para las labores del hogar" (3:60), también "para ser humildes y honestas" (5:21). De la misma forma, en la Colonia, las escuelas preparaban a las niñas "para oficios domésticos" (3:101).

El comentario más revelador de la concepción profunda sobre la mujer, aparece en el libro de cuarto año. Sor Juana "mujer tan extraordinaria por su talento como por su sensibilidad", en un poema "combate las ideas que entonces tenían los hombres sobre la inferioridad de las mujeres". Por fortuna, el presente ha roto con las ataduras del pasado—tema recurrente en los libros:

"Ahora está muy extendida la opinión de que la mujer tiene muchos deberes que cumplir en relación con su familia y la sociedad, y, no menos, el concepto de que así hombres como mujeres necesitan cultivarse, porque además de ser indispensable la cultura para llenar con buen éxito los deberes que a todos nos incumben, sólo con ella se tiene noción precisa del origen y el alcance de las responsabilidades que van unidas a esos deberes" (4:22-23).

Lo llamativo del discurso es que no menciona jamás la igualdad de mujeres y hombres; se refiere, exclusivamente, a los deberes de la mujer, como si ella no debiera ni pudiera existir para sí misma. La "emancipación" femenina en nuestro tiempo consistiría, según el libro, en una subordinación a la familia y a la sociedad. La mujer tiene que seguir dando de sí, sometida al papel básico de madre, enclaustrada en la generosidad obligatoria.

El concepto de infancia completa el marco antropológico. Los niños, otra variedad particular de humanos, gozarán de especiales privilegios en razón de su vulnerabilidad. Seres desprovistos por completo, necesitan más que nadie de la familia y de la sociedad. Cuando se vuelvan ciudadanos, pagarán a la Patria la deuda con su buena conducta, aunque desde la infancia "forman parte de la sociedad, y tienen, como las personas adultas, obligaciones que cumplir para con los demás. El primero de los deberes del niño es educarse" (5:204).

Hombres, mujeres y niños confirman su pertenencia al mismo género por una vocación de servicio que, si no es innata, deberá formarse bajo influencia de los libros de texto. Hay múltiples formas de servir en la vida

económica y social pero también en la esfera de las ideas, vista la doble aplicación de las facultades humanas. Examinaremos primero el universo cultural que dibujan los manuales escolares.

El plano de la cultura

La idea de cultura parece abarcar las creaciones artísticas y las del pensamiento en general, según el libro de tercero (3:101), las "ciencias y letras", según el de cuarto (4:41). El manual de quinto año introduce dos nociones fundamentales: la primera, que el desenvolvimiento cultural se finca en el desarrollo de la agricultura, fundamento de la vida sedentaria; la segunda, que las culturas aprenden unas de otras: "Varias culturas ... recibieron influencia de los toltecas" (5:18). Finalmente, el libro de sexto presenta la definición más elaborada, que afirma el origen de la cultura en la doble capacidad intelectual humana, práctica y abstracta: "El acrecentamiento conjunto de las técnicas y del pensamiento han hecho posible el desarrollo de la humanidad" (6:9). Sin embargo, el ingrediente técnico aparece como secundario y no indispensable para definir como tal a una gran cultura. Los antiguos pueblos americanos, por ejemplo, "tuvieron grandes adelantos en el pensamiento y en las artes" aunque no desarrollaban la fundición de metales (6:12). Por ende, no hay gradación entre diversas culturas sino que vence el concepto de igualdad entre los hombres: "Hoy mismo existen ... pueblos primitivos que no han salido de la Época Paleolítica ... Esto no quiere decir que ... sean inferiores a nosotros, ya que todos los hombres son iguales por el solo hecho de ser humanos" (6:21).

El atraso se debe, únicamente, al aislamiento geográfico. El medio natural, en efecto, condiciona siempre el desarrollo cultural, lo propicia algunas veces y otras lo limita.

Una cultura engloba y cohesiona a grupos humanos por encima de diferencias menores. Así, aunque existían varias polis, "los antiguos griegos ... tenían unas mismas costumbres y tradiciones y una religión igual para todos" (6:73). También caracteriza a una cultura la capacidad de permanencia: "Roma fue destruida pero su obra no sucumbió totalmente ... Los bárbaros ... aprendieron mucho de la cultura romana" (6:108). Permanencia no significa inmutabilidad porque las corrientes culturales, al combinarse entre sí y con el medio natural, generan innovaciones. El texto reitera que ninguna cultura es suprema, ni siquiera la más refinada, justamente porque todas se formaron con diversos elementos previos: "Los antiguos griegos conocieron muchos pueblos, algunos más cultos que ellos mismos, y de cada uno aprendieron lo mejor" (6:72). En un proceso de intercambios fluidos, vocación natural de las culturas, ellas se van configurando como producto de síntesis. Nada más fundamental que su hibridez constitutiva. El comercio sirve de vehículo a las relaciones culturales: los persas "establecieron relaciones comerciales con pueblos muy lejanos ... Debido a tan amplias relaciones, la cultura de los persas se enriqueció" (6:59).

Las culturas no sólo aprenden unas de otras sino que llegan a fundirse, particularmente a raíz de una conquista, tal como lo ejemplifica Hispanoamérica: del contacto de las culturas indígenas con la europea "habría de

surgir una cultura diversa, la nuestra, que posee elementos de las dos que la formaron" (6:148). El aporte del exterior no suprime, transforma el ambiente local: "Algo de su carácter propio se salvó e influyó de alguna manera en Europa y siguió siendo un elemento fundamental en la vida de los nuevos pueblos mestizos que crecieron en América" (6:67). Una vez que la cultura mestiza se ha consolidado plenamente, puede "tragarse" las influencias exteriores que sigue recibiendo, las acoge pero las adapta y ahora hace prevalecer su signo: "Cuando hemos aceptado instituciones o ideas del exterior las hemos mexicanizado por el solo hecho de aplicarlas a nuestro país" (6:210).

La relación simbiótica entre las culturas que a veces culmina en fusión, trasciendo regiones limitadas para darse en el plano mundial: "Las culturas de todos los pueblos se han ido relacionando mucho entre sí, hasta constituir una cultura universal que prácticamente es válida en el mundo entero por haber recibido los aportes de todos los países" (6:205). Tal perspectiva no sacrifica las especificidades nacionales porque lo universal es conciliable con lo particular, su sitio de partida. "Todos aceptan la cultura universal, pero cada uno le imprime un sentido propio" (6:205).

Entre los componentes de la cultura, la religión despierta inusitado interés. Los libros de quinto y sexto años coinciden en caracterizarla como uno de los primeros intentos, después de la magia, para explicar los fenómenos naturales (5:24, 36) (6:15-17). Los sacerdotes, con el tiempo, inventan la escritura e inauguran la ciencia. Gestada por un afán de cono-

cer, la religión impulsará luego las artes y el pensamiento; contribuirá al desarrollo cultural y servirá también a cada pueblo como factor de cohesión: "El símbolo de (la) unidad (griega) lo constituirían los grandes templos comunes a todos" (6:73). La crónica de la historia universal acepta la importancia de las religiones y les reconoce, incluso, méritos intrínsecos. El cristianismo, por ejemplo, a la caída del Imperio Romano "fue un elemento básico en la nueva organización de la humanidad europea", a saber, la Edad Media (6:110). Pero los fenómenos culturales son históricos, por tanto, pasajeros, y la influencia religiosa no escapa a esa regla aunque la anime un afán de eternidad. Así, en el Renacimiento, el predominio del cristianismo "empieza a disminuir" para dejar espacio al humanismo (6:150-162). También en la historia de México hay ejemplos de cómo la religión sirve al desarrollo de la vida intelectual, social y moral, que luego preserva: la misión de los sacerdotes aztecas "no era tan sólo la religiosa"; les incumbía "guardar las tradiciones, educar a los niños y los jóvenes, elaborar los libros, componer los cantos, medio de conservar las tradiciones y las creencias, y mantener viva una escritura propia" (3:58). En el México de la Colonia, la religión cristiana significa educación y obras de arte, en otras palabras, civilización. Recuérdese a los frailes castellanizadores y arquitectos. No obstante, si la doctrina cristiana y la acción de hombres religiosos dieron espléndidos frutos en la etapa virreinal, la Iglesia mexicana del siglo XIX, específicamente el alto clero, pugó por las causas lesivas al bienestar del país.

Otro componente central de la cultura, el arte, en sus inicios fue cultivado por el hombre "casi siempre con fines mágicos o religiosos" (6:18).

La ciencia, surgida para llenar fines más prácticos de la vida material, se gesta en la mente de los sacerdotes, nace luego por la religión, igual que el arte (6:17).

La filosofía, una forma de pensamiento desarrollada por los griegos en el siglo VI AC, "no necesita inventar dioses y mitos sino que busca explicaciones racionales" (6:120). Desplaza, por ende, a la religión, aunque sea parcialmente, de su predominio explicativo. La filosofía, parte de la cultura y producto de la mente, evoluciona a partir de síntesis: las filosofías medievales, por ejemplo, combinaron el pensamiento de Aristóteles con la religión cristiana (6:120).

Las ideas no restringen su poder al plano abstracto. Su fuerza ayuda al movimiento de la historia, aunque no basta por sí sola ni produce efectos inmediatos: los libros de los ilustrados "prepararon el terreno para los cambios sociales y políticos que se consumaron más tarde" (6:170). Ciertamente, por su naturaleza misma, lleva implícito un compromiso activo: los socialistas "ayudaron con sus escritos y actividad" a los obreros en lucha (6:180). Aún así, la creación intelectual sigue pareciendo un universo intangible en espera de las obras humanas que lo actualicen. En cambio, la vida material, hija de las facultades prácticas del hombre, lleva en la superficie su legitimidad.

La vida material

El estudio de la organización económica presentada por los libros de texto, supone delinear primero el concepto de naturaleza. Más que un concepto, hay dos y antagónicos, uno sugerido apenas, el otro muy reiterado, pero ambos con igual moraleja. La visión expuesta una vez al hablar de tiempos muy lejanos, pinta a la naturaleza hostil, enemiga del hombre, con su fuerza destructiva suelta en el mundo primario: "Amenazados siempre por el hambre, el frío y las bestias salvajes, los hombres de la edad del hielo llevaron una vida muy difícil, pero lograron subsistir" (5:11). En cambio, la imagen predominante de la naturaleza, sobre todo en referencias a México, es la de su extrema generosidad evocada por los inagotables recursos de la Patria. La naturaleza alimenta, protege a sus hijos, se convierte en madre que comparte los sentimientos humanos: "Parecía que el cielo y la tierra estaban tan alegres como nuestros corazones" (4:75). Bajo cualquier postulado, la acción humana no cambia. Si la naturaleza agrade, el hombre la doma y después la explota. Si aquélla se manifiesta generosa, tanto más deben aprovecharse sus dones, solamente con la precaución de no cometer abusos. Transformar el medio ambiente cobra validez en la medida que beneficie a la sociedad. El progreso técnico resulta compatible con la naturaleza, preserva su encanto y a menudo armoniza con ella, tal como lo prueban los dibujos de industrias gigantes que florecen en medio de paisajes verdes.

La propiedad, consecuencia de dominar el mundo, recibe muy poca atención en los libros de texto. Su carácter privado como norma queda sobreentendido, con una salvedad formulada brevemente por el manual de sexto año: que la nación, dueña originaria del territorio y transmisora de dominio sobre el mismo a los particulares, "podrá modificar la forma de esa propiedad del modo más benéfico para el país" (6:230). El interés general predominará sobre el individual, pero dicho principio se refiere al control sobre la tierra y los recursos naturales. No aparecen, en cambio, normas relativas a la propiedad de los medios de producción. La industria en manos particulares compatible con las empresas estatales, deriva una justificación de su utilidad pública.

La vida económica supone aprovechar el tiempo, concepto que los libros no definen aunque sí proponen distribuirlo en diversas ocupaciones según su importancia.

El trabajo merece prioridad, en primer lugar porque augura un "buen porvenir" al sujeto (3:111), pero sirve mucho más que para ascender socialmente. Por encima del plano individual, el trabajo adquiere significado supremo como la forma de "dar gloria a la Patria" (3:106). Trabajar, en efecto, constituye una obligación y la máxima señal de amor patriótico en la paz, el equivalente de pelear una guerra. No importa quien se adueñe de sus frutos porque México, en última instancia, será el beneficiario (4:98). Más aún, el trabajo cohesiona a los miembros de la sociedad, por ende cultiva el sentir de la unidad nacional (3:15) en razón del principio sugerido varias veces, nunca formulado explícitamente, de que las diversas activi-

dades, manuales e intelectuales, equivalen entre sí. En el fondo, el libro de cuarto año no se libera de cierta ambigüedad al juzgar las tareas físicas, sugeridas denigrantes e indeseables por un comentario: "Los indios vencidos tuvieron que realizar todo el trabajo material" (4:18). Empero, si resultan magníficas iglesias (4:39), reivindican a los quehaceres manuales.

Herramientas del hombre en el trabajo, la ciencia y su derivado, la técnica, simbolizadas por dibujos de laboratorios (3:123) y de máquinas, inspiran sumo respeto pero no veneración. Neutras en sí porque encierran potencial destructivo equivalente al creativo, harán daño o beneficio según las aplique el hombre: "Desde el punto de vista técnico los avances a que se ha llegado en nuestros días son extraordinarios, la mayor parte benéficos, y algunos nocivos, como las armas terriblemente destructivas" (6:205). Se debe mantener la técnica dentro de los límites del buen fin para el que la concibió el hombre: "aumentar su fuerza y su resistencia físicas", así como dar "más comodidad a su vida" (6:10). Ambos objetivos dependen del avance material, en consecuencia, de las técnicas que "han permitido abrir nuevas fuentes de riqueza y han mejorado los métodos de producción" (5:201).

Las metas de la vida económica reciben otro nombre, el de progreso. Ningún concepto más sagrado ni más amplio. El manual de tercero invoca ya un sueño de avances materiales—la tecnificación y la urbanización—igual que de transformaciones sociales—el mejoramiento en las condiciones de vida (3:122-124). Luego, el texto de cuarto año cita al progreso como objetivo pero nunca lo define (4:98, 183). En cambio, el libro de

sexto aclara el concepto ideal y le confiere una dimensión política, no sólo económica y social: "Sin el respeto a las leyes no hay verdadero progreso en un país, ni verdadera libertad y bienestar para quienes lo habitan" (6:225). El manual discrimina entre el auténtico y el falso progreso; aquél implica, necesariamente, la equidad: Díaz "no se daba cuenta de que el verdadero avance de un pueblo no existe si no se progresa también en la libertad y en la democracia, y si el desarrollo material, económico y cultural no beneficia a todos los habitantes de la nación" (6:224). El texto no aclara si la democratización de la vida política es causa o efecto de la transformación económica en sentido igualitario. En cualquier caso, ambas parecen indisolublemente vinculadas.

¿Qué modelo de crecimiento promueve la justicia? Ciertamente no el del Porfiriato, descrito con aversión por su enorme costo humano y su falta de nacionalismo: "se dieron facilidades excesivas al capital extranjero" (4:153). En contraste, los gobiernos "herederos" de la Revolución han aplicado el mejor modelo imaginable, que confiere a la vida material un hondo significado patriótico: las instalaciones hidroeléctricas "están llamadas a desarrollarse a igual ritmo que las demás actividades patrias" —a saber, la construcción de infraestructura y la producción en conjunto. Ya que el patriotismo anima al proyecto económico, la nación deberá beneficiarse, tal como lo exige la ley: "Las leyes del país prevén la necesidad de que todos los mexicanos tengan acceso equitativo a la riqueza nacional" (6:240). La Constitución, documento supremo y recompensa de luchas sangrientas, "busca realizar aquello a que el pueblo ha aspirado a lo largo

de la historia" (6:240). Si el modelo de crecimiento se apoya en los mandatos constitucionales, ellos le transfieren su carácter sagrado y lo convierten en medio para realizar anhelos históricos. El ejecutor natural será el gobierno, basado en la misma ley.

No sorprenderá el nacionalismo subyacente al modelo, muy vivo a través de las expropiaciones. La del petróleo, más importante que ninguna (3:124) (4:182) y apogada por completo al artículo 27 constitucional, recuperó elpreciado recurso "para beneficio del país" (6:231). Resultado y expresión del nacionalismo, las empresas del Estado aspiran a la racionalidad económica y a un óptimo aprovechamiento de las riquezas naturales en bien de México. PEMEX, por ejemplo, es una "empresa destinada a satisfacer las necesidades del consumo nacional, a fomentar nuestras industrias y a exportar sólo los excedentes" (4:191). El gobierno no se limita a su papel de nacionalizador y defensor de los preceptos jurídicos, en virtud del cual restituye su petróleo a la nación y reivindica sus derechos sobre la plataforma continental. También construye presas, caminos, ferrocarriles, aeropuertos, escuelas y hospitales. Finalmente, el gobierno está encargado de que se cumpla la ley y la prosperidad fluya por todas las capas sociales (4:190-191). Corolario del sentido patriótico y nacionalista que impulsa al modelo económico, el intervencionismo estatal se perfila claro y legítimo, particularmente en el libro de sexto año. Las leyes, en afán de justicia,

"otorgan a los trabajadores una serie de derechos y consideran que, además de la actividad económica libre de cada ciudadano, el Estado puede intervenir en la actividad económica del país, para hacer que el

desarrollo del país sea equilibrado y evitar que haya privilegiados y desheredados ... Asimismo, el gobierno se reserva una serie de actividades económicas fundamentales" (6:240).

Por ende, la intervención del Estado en la vida económica reposa en indiscutibles bases, y no excluye de ninguna forma a la propiedad ni a la iniciativa privadas. El modelo de economía mixta no rebasa los márgenes del capitalismo, tampoco asegura la equidad. De ahí la acción estatal para corregir eventuales desequilibrios.

Pero aunque el gobierno expropió recursos naturales, construye infraestructura y se empeña en remediar las injusticias más hirientes, toda esa labor despeja el terreno donde pueda operar con libertad la iniciativa privada, actor difuso en los libros de texto pero no secundario. Además de que aprovechan las economías externas, los empresarios reciben beneficios directos. No hay mención de los subsidios o de la ayuda fiscal, difíciles de comprender para los niños, pero sí un comentario explícito: el gobierno de Díaz Ordaz "dió apoyo a la iniciativa privada para fomentar la creación y desarrollo de nuevas industrias" (4:181). Ello significa que el Estado no asume directamente, fuera de campos estratégicos, la responsabilidad de la economía, sino que auxilia a los particulares y los deja en posición de adoptar las decisiones finales. La legitimidad de esa relación implícitamente radica en su antigüedad: Juárez concedió apoyo gubernamental a los empresarios constructores de ferrocarriles (4:128).

En su trato con los demás participantes en la vida económica, el gobierno aparece de nuevo cual bondadoso protector. Los libros no cuestionan

jamás la presencia del sindicalismo, pero lo conciben solamente como producto de acciones gubernamentales. Obregón recibe alabanzas por haber "fomentado la organización de los obreros y los campesinos para que defendieran sus derechos"; los gobiernos posteriores, por dictar leyes laborales que mejoraron la vida de los trabajadores (4:183). Esta visión tiende a sacralizar la mediación del Estado entre obreros y patrones.

Dentro del marco delineado, ¿qué papel desempeñan los diversos sectores de actividad?

A la agricultura, fundamento de la civilización a lo largo de la historia (6:14), el manual de cuarto año le asigna tres funciones en el modelo de crecimiento para el México actual: "alimentar cada vez mejor a la población mexicana, proporcionar materias primas a las industrias, lograr una producción que permita, vendiendo excedentes al extranjero, compensar lo que adquirimos en el exterior" (4:104). La agricultura, de hecho, desempeñó realmente esas funciones de apoyo a la industria, sobre todo en los años sesenta, antes de que se manifestara la crisis del modelo estabilizador. Los libros no adoptan postura definida respecto a las diversas formas de tenencia. La exaltación de la Reforma Agraria denota, quizá, mayor simpatía por los ejidos, si bien la historia demuestra que en las sociedades pueden coexistir, de manera eficiente, tipos de propiedad variados. Entre los aztecas, por ejemplo, había tierras comunales, públicas y privadas (3:56-57). La agricultura ocupa sitio de honor por su vital contribución al desarrollo, pero la industria, estadio superior de la evolución humana y destino ansiado de las economías, inspira franca veneración.

Los libros de quinto y sexto año coinciden en que la Revolución Industrial, iniciada en Inglaterra, "fue consecuencia de la mecanización" e implicó "enormes progresos en la capacidad productora" (5:135). Fruto inevitable de la historia y del progreso científico,

"la Revolución Industrial, buena en sí, significaba un gran avance en las técnicas de la producción; pero en los primeros tiempos de su desarrollo los obreros no sólo no se beneficiaron con ella, sino que a causa de ella se les explotó sin consideración alguna" (6:180).

Queda en la conciencia la llaga del sacrificio obrero. Se verifica la imposibilidad del cambio sin dolor. La compensación radica en las ventajas intrínsecas de la nueva organización, evidencia del genio humano. Además, los juicios de valor pierden en gran parte sentido por lo inevitable de la mecanización, la fabricación de productos en serie o el ensanchamiento de la actividad bancaria. También el desarrollo urbano resulta de la industrialización. La ciudad "ocupa generalmente gran espacio de terreno. Viven en ella muchísimas familias ... Sus calles y avenidas rebosan de movimiento" (3:66). El relato fascina. En cambio, el dibujo de la lección muestra un pueblo grande más que una ciudad, próspero apenas, con sus calles bien trazadas y casi solitarias, sin edificios notables, en una palabra, sin magia. No hay fijación en la vida citadina. Empero, la industria brilla aún como la medida del progreso y el objetivo más deseado, si no es que el único posible:

"En algunos países de Hispanoamérica la industria, incluso la pesada, ha iniciado ya su desarrollo. México es un ejemplo, pues en los últimos años se ha convertido de país sólo agrícola y minero, en país también industrial, y sus capitales empiezan a invertirse en el fomento de la gran industria" (5:201).

El orgullo de ser industrial posiblemente se origina en una asimilación de la agricultura a la pobreza y a la situación de colonia. Las fábricas simbolizan, en cambio, la prosperidad y la independencia, metas cuya realización implica seguir las mismas etapas que antes recorrieron los países actualmente desarrollados. En el caso de México, el manual de cuarto año cita al petróleo como pilar de la industrialización integral, orientada hacia la producción de bienes de capital lo mismo que de consumo: la industria petrolera, "propiedad de todos los mexicanos, ha sido un factor decisivo para el desarrollo económico del país. Ensancha extraordinariamente el crecimiento de nuestras industrias de transformación y promueve nuestra industria pesada" (4:191).

Por otro lado, el proyecto de una sólida industria nacional cuyos actores, empresarios y obreros, se hallan unidos por el vínculo de la nacionalidad y también por el objetivo común de fabricar los bienes que la población necesita, no excluye ni sacrifica el desarrollo del campo. Así como en la vida económica se da la "interdependencia" de los hombres, la agricultura y la industria requieren una de otra, lo que las sitúa en un plano de igualdad teórica. Este mensaje, implícito en varios textos, recibe formulación más neta en un dibujo (4:191). Una raya diagonal parte un rectángulo en dos triángulos iguales, con ilustraciones diferentes cada uno pero que embonan y forman un paisaje completo. La parte superior representa un conjunto de modernas instalaciones industriales, hacinadas e imponentes. La parte inferior, un próspero paisaje campirano, con vacas saludables en los prados que limita la vía férrea: el tren circula y simboliza el vínculo entre el

medio urbano y el rural, quizá la integración del campo al proyecto industrial moderno. La noción de complementaridad entre sectores excluye la posibilidad de asimetrías e injusticias en su relación.

La descripción del modelo de crecimiento mexicano trae a colación el dilema de si los textos escolares presentan el ser o el deber ser. La evidencia confirma algunos planteamientos. El sector agrícola, por ejemplo, ha cubierto las funciones que le atribuyen los libros. En cambio, habría dificultades para probar la equidad de la relación entre sectores económicos. Cuando los hechos tangibles no confirman el mensaje de los libros, éste se convierte en ideal. El ideal, si penetra muy hondo en la mente del lector, provocará en él uno de tres posibles efectos o sus combinaciones: deformará su percepción hasta que haga coincidir el mundo con el ideal; lo inducirá a actuar por medios aceptados para transformar el mundo según el ideal; le provocará un violento rechazo al mundo, tan alejado del ideal, que derivará en acciones violentas. De dichos efectos, únicamente el tercero amenaza al orden establecido. Quien aspire a preservarlo deberá mostrar formas de acción aceptadas, con miras a propiciar el segundo efecto en caso de que el mensaje de los libros escolares no corresponda a la evidencia empírica.

¿Concuerdan los textos con los hechos en la evaluación del modelo de crecimiento mexicano? Los libros expresan optimismo: "Las industrias eléctricas y de transformación han alcanzado altas cifras de producción. Ha aumentado el comercio, ha prosperado en forma considerable la econo-

mía nacional" (4:192). El éxito del modelo va implícito en la enumeración de obras materiales y repartos agrarios, cuyo tono triunfalista llega a irritar porque contrasta con las limitaciones observables en la vida nacional. No es que los libros nieguen los problemas económicos y sociales no resueltos, pero tienden a minimizarlos y a exponerlos como producto no de fallas inherentes a la estrategia económica, sino de su insuficiente aplicación. "Queda todavía mucho por hacer. Millones de hermanos nuestros viven en la pobreza y la ignorancia". El déficit de servicios, problema fundamental, se debe a que el gobierno carece de suficientes recursos. El remedio aparece evidente: pagar los impuestos "de buen grado" (4:192). Rescatado el modelo económico, los libros señalan vías pacíficas para corregir sus deficiencias, manera de preservar no sólo estrategias gubernamentales para el crecimiento sino el orden político y social más amplio: la vida material cobra su pleno sentido en la sociedad que la nutre.

La sociedad

El hombre, afirma el libro de quinto año, en virtud de su sociabilidad "desde los más remotos tiempos buscó la compañía de sus semejantes y vivió en comunicación con ellos, formándose de esa manera la sociedad. El hecho de que los hombres se organizaran en sociedad los hizo depender unos de otros ... Se ha establecido así entre los miembros de la colectividad una relación permanente, orientada a satisfacer mejor sus necesidades" (5:204). La sociedad, basada en un triple fundamento: su utilidad, su antigüedad y el carácter del hombre mismo, una vez constituida no podrá

disolverse por las grandes ventajas que implica, en especial la protección mutua:

"Más tarde, los hombres se dieron cuenta de que les convenía estar unidos para defenderse de los peligros. Así surgieron las primeras sociedades" (6:14).

El principio eterno que rige a la sociedad, subyacente a la relación entre padres e hijos, maestros y alumnos, gobierno y gobernados, es la jerarquía. Los libros la aprueban o la condenan según el período histórico y el fundamento.

Palabras neutras evocan como natural la circunstancia de que "el pueblo inca se formaba de clases socialmente muy desiguales" (5:28). La inequidad no lesionaba, alentaba el buen funcionamiento de la comunidad. Ella producía lo suficiente para mantener a sus miembros y velaba, generosa, por desvalidos y ancianos. Entre los aztecas mismos "había diversas clases sociales, de acuerdo con la riqueza y con la importancia que se había alcanzado en la vida militar" (3:56). El manual de tercero expone, en ciertos casos, el motivo razonable de los privilegios: a la clase de los nobles "se llegaba gracias al valor demostrado en los combates". Otras veces, el libro no explica el fundamento del poder, como si éste fuera incuestionable: la clase de los sacerdotes "abarcaba a las familias distinguidas y ricas cuyos hijos recibían educación especial". En el fondo, no hay rechazo ni alabanza a la división en clases, realidad indiscutible, fatal, que por su antigüedad ha penetrado en una región a salvo de los juicios de valor. La tendencia a presentar las clases como universos aislados y no en su relación, diluye todavía más las eventuales connotaciones de injusticia. El

libro de sexto año va más lejos, elabora una franca apología del orden azteca. Cada quien "tenía su sitio preciso"; la sociedad "funcionaba como un todo coherente"; "la actividad de cada individuo y cada grupo era útil a todos" (6:212). La funcionalidad, la eficacia, el orden y la regularidad justifican la jerarquía.

Hay, en cambio, rechazo a la sociedad colonial, "que se basaba en la división de clases, con diferentes derechos y obligaciones para cada una de ellas" (6:215). El manual de quinto año destaca el fundamento racial de la jerarquía en la Colonia. Define al grupo mestizo como "básico en la formación de las nacionalidades" y reseña, aunque sin apasionamiento, la opresión de las castas bajas (5:88-89). El libro de cuarto asume posición más vigorosa al comparar la sociedad moderna con la del período colonial. Postula primero que el presente rompió con el pasado:

"Hoy, por fortuna, sabemos bien que la nobleza de una persona no depende del color de su piel, ni de la raza a que pertenece, ni de su posición social o económica, sino que es producto de su inteligencia, de su voluntad y de sus buenos sentimientos" (4:25).

No hay condena a la nobleza como género, solamente a algunas variedades en razón de su base injusta. Si la desigualdad existirá siempre, el libro enaltece la superioridad de tipo moral sobre cualquier otra. Aquella no se hereda, la configura solamente el empeño individual. El libro parece ignorar, no obstante, que el sujeto y sus calidades cobran forma en un medio social heredado, pese a todo, cuyo carácter limita las voluntades aunque no haya restricción formal a su expansión.

"Creemos que la justicia debe estar con quien tenga la razón; que en la vida no hay un lugar señalado de antemano para cada individuo de cada grupo social, ni para cada raza, ni para hombres determinados, sino que la oportunidad de vivir dignamente está abierta a todos, y que a todos se concede la igualdad ante la ley" (4:25).

Inspiran aversión la jerarquía inmutable y el privilegio adscrito al nacimiento, no el principio de jerarquía ni las ventajas logradas por un mérito. La igualdad abstracta ante la ley garantiza la posibilidad del bienestar y santifica las diferencias que puedan surgir luego, cuando algunos hombres se eleven "por su propio esfuerzo". "De ahí que ahora alcancen buen éxito en la vida cuantos luchan con rectitud, decisión y firmeza" (4:25). El éxito se transforma, por un lado, en opción abierta, y por el otro, en recompensa obligada a la virtud. Ambos postulados, que hacen recaer en el individuo toda la responsabilidad de sus logros, omiten circunstancias económicas perpetuadoras de la jerarquía por encima de cualquier aspiración legal. Ello equivale a exculpar a la sociedad de su injusticia estructural vigente. La confianza en la ley, particularmente en su potencial igualador, es una vieja creencia nacional que los libros recogen con plena conciencia de su origen: el manual de sexto año destaca la filiación liberal de quienes luchaban por "alcanzar la efectiva igualdad de todos los mexicanos frente a la ley" (6:220). Ello lo consiguió primero la Ley Juárez al suprimir fueros y privilegios (4:104). El apego a la igualdad legal mezclado con aprobación a la superioridad lograda por méritos propios, sirve de marco al concepto de clase formulado a lo largo de la reseña histórica.

El libro de cuarto año, que introduce dicho concepto al referirse al orden colonial en México, prácticamente la asimila a raza, no sin fundamento histórico, tal como en la expresión "clase criolla" (4:47). A su vez, el manual de quinto describe las clases sociales de Norteamérica próxima a la independencia, basadas en la ocupación y la riqueza pero también en la religión (5:115). El libro de sexto año, en la parte sobre la antigua sociedad egipcia, define a las clases en función de la propiedad, luego las exhibe en su relación de mando: "Las clases altas dominaban a las clases bajas, y, naturalmente, se empeñaban en conservar sus privilegios" (6:42). Más adelante, las clases de Roma imperial también aparecen basadas en la propiedad. El libro destaca el vínculo entre poder económico y poder político, pero sin connotación explícita de la causalidad: "Los patricios, manejaban el gobierno, tenían tierras y gozaban de muchos más derechos que el resto de los habitantes" (6:90). Posteriormente, las clases feudales, originadas en la protección de los señores a los campesinos, quedan separadas por barreras infranqueables (6:115). Empero, al margen de ese orden, los burgueses adquieren poder mediante el comercio, lo consolidan en el Renacimiento (6:143) e imponen su hegemonía en el siglo XIX, vencedores de luchas políticas y de la Revolución Industrial. Correlativamente, surge el proletariado, clase que el manual de sexto define con precisión:

"(Los campesinos llegados) a las ciudades para trabajar en las fábricas, se hallaron sin ningún derecho reconocido y quedaron en la condición de no trabajar para sí, sino en la de alquilar su trabajo a los dueños de las fábricas... A esta clase nueva de trabajadores, la clase obrera, se le llamó proletariado" (6:180).

Aunque no la menciona por su nombre, el libro señala abiertamente la explotación que la burguesía inflige al proletariado:

"Como, a la vez, los dueños de las fábricas sólo se preocupaban por producir mucho y barato ... eso los empujaba a exigir de los obreros jornadas larguísimas y mal retribuidas".

Los patrones, más que el sistema capitalista propiamente dicho, llevan la responsabilidad. No se les condena vigorosamente pero la carga emotiva de algunos pasajes implica un definitivo rechazo a la explotación, principalmente por razones éticas:

"Con salarios bajísimos, los obreros vivían en condiciones miserables. Sus habitaciones eran estrechísimas, antihigiénicas y sin recursos para calentarse durante el invierno ... Trabajaban mujeres y niños, a quienes se pagaba todavía menos" (6:179-180).

Pero el libro de sexto año no transmite el fatalismo. Lejos de complacerse en el dolor de la opresión, exalta la combatividad. No formula el concepto de lucha de clases pero sí la describe:

"Los patrones ... advirtieron ... que si los obreros se unían, dado su gran número, podían triunfar en sus demandas; de modo que se opusieron a la formación de las mutualidades y los sindicatos. En esto los gobiernos ayudaron a los patronos, pensando que si éstos no tenían todo el poder, las fábricas producirían menos y la economía del país se perjudicaría" (6:180).

La lucha obrera, resplandor de heroísmo, siguió un ritmo propio en diferentes países "y, por supuesto, no ha terminado aún" (6:181). La noción de que esa lucha se prolonga no parece compatible, sin embargo, con la caracterización de la sociedad actual, particularmente de la mexicana, basada en el supuesto fundamental de la interdependencia.

Vemos en ello un ejemplo de las paradojas de los libros, reflejo de otras más profundas que permean al orden mexicano. Quizá la contradicción suprema de la revolución institucionalizada explica la necesidad, por un lado, de aprobar luchas y cambios radicales, y por el otro, de preservar a la sociedad actual. Dado el carácter excluyente de ambos objetivos, el remedio que descubren los textos escolares para promoverlos simultáneamente, consiste en restringir toda concepción potencialmente subversiva a la esfera de otro lugar y otro tiempo, y en difundir nociones de funcionalidad en relación con el México moderno. En consecuencia, los libros enfatizan la continuidad entre pasado y presente cuando legitima el orden establecido, pero en cambio la disimulan, o postulan incluso una ruptura, si el ejemplo de tiempos idos acusa a la realidad contemporánea.

La interdependencia, noción de implicaciones conservadoras en los libros, aparece ya en el de tercero como fundamento del orden social. Los niños, sector privilegiado, reciben mucho y dan poco, de dar algo: Pepe, de seis años, "necesita del agricultor y del comerciante, del obrero y del industrial, de todos los hombres" (3:19). En cambio, la relación entre adultos supuestamente los iguala porque se finca en la reciprocidad: "El señor García recibe ayuda de los demás, y él también ayuda a otros con su trabajo" (3:15). El tema reaparece en el manual de quinto año: "El hombre, pues, vive en sociedad gracias a la colaboración e interdependencia ... (Necesita) de todos y cada uno para que le ayuden a vivir mejor, mientras él, a su vez, presta a los demás otros servicios" (5:204). El postulado de un intercambio justo, irreprochable en su lógica aparente, en el fondo encu-

bre asimetrías y relaciones de dominio que la observación más simple permite discernir. Negar la desigualdad, germen de conflictos, coadyuva a la defensa del orden vigente. El libro de sexto año consagra el principio: "La interdependencia ha existido siempre. Desde los tiempos más antiguos el hombre comprendió que para sobrevivir y mejorar necesitaba unirse a otros hombres". Así surgieron las diversas formas de sociedad, cuyo rasgo común han sido "las costumbres y las leyes que determinaban cuáles eran los derechos y cuáles las obligaciones de cada miembro de la sociedad" (6:209). Si quedaran dudas respecto a la justicia de la vida social, la ley torna a los hombres iguales y viste las relaciones humanas de mando con su ropaje neutral, por ende las despersonaliza y las vuelve aceptables. Más aún, la ley combate la inequidad material que la sociedad hubiera podido causar o dejado sin resolver:

"(La Constitución) da varias disposiciones relativas a la protección de las clases económicamente débiles y formula normas que tienden a conseguir el adelanto armónico de México en beneficio de todos ... para que el país logre la justicia social" (6:238).

Así, los libros reconocen la existencia de problemas sólo para mostrar en seguida un remedio que obviamente no rebasa el marco de las instituciones. Imposible discutir las virtudes de la sociedad, en cuyo seno el hombre ha superado, con el tiempo, "las etapas primitivas de la simple convivencia con el fin de alcanzar el bienestar que necesita y realizar ideales superiores de trabajo, progreso, paz y cultura" (5:204).

La vida del orden social la garantiza su célula primaria, la familia, "base de la sociedad humana" (5:204) reconocida como tal desde tiempos

lejanos: "Los aztecas daban gran importancia a la familia" (3:55). El manual de tercero presenta el ideal contemporáneo en un dibujo: "¡Bonito el cuadro que ilustra esta lección!" (3:62). Un matrimonio y sus dos hijos aparecen reunidos en una sala austera, el padre y el niño en primer plano. Aquél predomina sobre todas las figuras: hombre de unos treinta años, moreno claro, con ropa que denuncia situación económica media y empleo de burócrata, sentado en una silla y hundido en su periódico. La concentración en la lectura sugiere un monopolio masculino sobre la actividad intelectual y a la vez hace del padre, en el plano afectivo, una figura distante, casi inaccesible. A su lado, en el área de muda influencia paterna, el hijo de siete años juega en el suelo con piezas de madera, prueba de su vocación masculina por la construcción y la mecánica. En segundo plano, la madre, figura abnegada del ama de casa, brilla como centro del afecto. Su amor y protección tejen una prenda, la vista concentrada en el trabajo de los dedos, la sonrisa tenue de benevolencia. La madre no conversa con el padre, aunque están sentados uno frente al otro. En cambio, escucha a su hija, de pie junto a ella, que ensaya la maternidad a los ocho años con su muñeca en los brazos. La comunicación directa entre las dos figuras femeninas, única en la representación, es el síntoma probable de una emotividad superior atribuida a las mujeres. La familia del dibujo, aparentemente urbana y de clase media, con sólo dos niños pulcros que tienen juguetes, una madre serenamente ocupada en tejer y un padre aficionado a la lectura, no corresponde a la familia concreta más común en los años sesenta, sino que constituye un parámetro. En cambio, la división de funciones

y las relaciones familiares según el libro de tercero, parecen coincidir con las ideas más generalizadas en la sociedad mexicana.

Declaraciones verbales de los personajes reiteran la concepción transmitida por el dibujo. El padre se presenta como "el jefe de la familia", que trabaja para darle lo mejor y se interesa "por la educación y el porvenir de (sus) hijos". La madre "atiend(e) el hogar", administra el dinero, cuida que "todo esté arreglado" y vela por el bienestar de la familia en general. Los niños declaran: "Nosotros queremos ser buenos hijos. Honramos a nuestros padres". Ese amor lo manifiestan con respeto, obediencia y trabajo. Cierra la lección con broche de oro el comentario de que "toda familia es más feliz cuando la unen el respeto y el cariño" (3:63-64).

El pensamiento más tradicional subyace a la concepción de una familia que reproduce en su interior la división del trabajo, el fenómeno del poder y la jerarquía de la sociedad más amplia. El padre, figura distante y venerada, apoya su franca superioridad en un grado de instrucción mayor y en el hecho de que aporta el ingreso familiar. La madre, segunda autoridad, no es menos respetada porque brinda apoyo emocional a la familia, aparte de que realiza trabajos manuales. Los hijos, beneficiarios del orden familiar, agradecen con someterse a las expectativas de los padres. Por ende, la socialización a cargo de la familia consistiría en acostumbrar al niño, por un lado, a una separación tajante de funciones, y por el otro, a las consiguientes relaciones asimétricas de mando. Ello equivale a forjar la virtud de la obediencia.

La escuela, si un texto la designa "nuestro segundo hogar" (3:64), completa lógicamente la función de la familia. Los libros no disimulan el marco legal de la educación en México, aunque tampoco alaban con demasiada insistencia el papel de las escuelas oficiales. Atribuyen a Juárez el ideal de una educación primaria obligatoria, gratuita y laica (4:128); lo obligatorio y gratuito impera actualmente "en casi todos los países hispanoamericanos" (5:197). Si persistiera cierta desconfianza por la intervención del Estado en materia educativa, los libros sugieren que los padres de familia cooperen con las autoridades. En una lección, por ejemplo, la Sociedad de Madres ayuda a "la señorita directora de la escuela" a organizar una fiesta (3:108).

El libro de quinto define la educación como deber del niño, destinado a formar el intelecto junto con virtudes prácticas: "El primero de los deberes del niño es educarse, es decir, adquirir conocimientos, hábitos de trabajo y de orden y todo lo necesario para que más tarde se baste a sí mismo y pueda servir a los demás (5:204). Previamente, el manual de tercero delineó la función doble del proceso educativo: "Queremos a nuestra escuela no sólo por la instrucción que nos brinda, sino también por la completa educación que nos proporciona" (3:107). Si la "instrucción" designa los aspectos formales del aprendizaje, la educación, el género, abarca también la cultura cívica—conceptos que permiten distinguir, válidamente en el plano del análisis, los objetivos académico y socializador de la escuela, generalmente entrelazados en la práctica. El tema reaparece cuando el texto contrapone "adquirir nuevos e interesantes conocimientos"

a "educarse" (3:64). Lo primero alude al saber intelectual, por demás un saber ya hecho, destinado al alumno pasivo, en tanto que lo segundo incluye la formación personal, moral y cívica, en otras palabras, la configuración del espíritu. En previsión de que el joven estudiante no capte las ventajas de la educación, el libro de tercero ordena: "Hemos de asistir a la escuela con gusto" (3:64). Aparecen luego las razones para cultivar el entusiasmo y aceptar la coacción: "Si nuestros padres nos envían a (la escuela) es porque aspiran a que nos preparemos bien para la vida" (3:64). El niño respetará una voluntad superior a la suya, visionaria, naturalmente buena, empeñada sólo en beneficiarlo, y corresponderá de inmediato a esa bondad. El alumno, si no decide él mismo acudir a la escuela, una vez en el salón de clases adquiere un margen de acción, por ende, la responsabilidad de sus logros escolares. Logros que le permiten expresar su gratitud por la educación, dádiva suprema de los padres y la patria:

"Si ese deseo de nuestros padres se cumple, y hemos de hacer todo lo posible por conseguirlo, cuando alcancemos nuestra mayoría de edad seremos ciudadanos útiles a nuestra patria, a nuestra familia, a nosotros mismos. En la escuela nos dan la educación, que es el mejor de los regalos. ¡Sepamos aprovecharlo y agradecerlo!" (3:64).

¿Qué virtudes señalan al buen estudiante? El orden, la pulcritud, la receptividad, pero antes que nada, el respeto. En efecto, los niños saben "que los maestros son la autoridad en la escuela y que dentro de esta última los maestros representan a los padres de los alumnos" (3:65).

Un dibujo reitera el mensaje verbal (3:69). En un salón de escuela típico, depurado de cualquier decoración superflua, con pizarrón en el

muro y sencillas bancas de madera, la maestra dicta su clase, de pie frente a los alumnos. Mujer joven, de aire maternal, vestido y arreglo humildes, lleva en la mano izquierda, apoyado contra su pecho, el libro de la sabiduría, y en la mano derecha, la vara simbólica del poder. La maestra, efigie de santa más que figura humana, venerable representación de la autoridad absoluta pero generosa, desempeña desde sus alturas una función de guía. En cuanto a los alumnos, separados de la profesora por sus bancas y sus conocimientos limitados, escuchan la lección pasivamente, rígidos y mudos, con los brazos sueltos y con rostros que desolan, de perfil, por su total inexpresividad. Los alumnos enajenados reciben el saber, no lo descubren. Uno de ellos se ha puesto de pie para repetir las lecciones, gesto reverencial que confirma la subordinación del estudiante a la maestra, es decir, una relación asimétrica.

Esa concepción pedagógica muy tradicional confiere a la escuela el papel, idéntico al de la familia, de cultivar el respeto, incluso la devoción a quien ejerce el poder, y no de fomentar el espíritu crítico, ni la costumbre del diálogo, ni la participación del sujeto en procesos que afectan su vida. No podría ser de otra manera, dado el contexto político nacional de profundo autoritarismo.

El universo político

La sucesión de luchas, tejido de la historia, configura un universo político básicamente conflictivo pero armónico en ciertos niveles gracias al triunfo de causas justas. Dentro de los países hay guerras civiles, algunas

legítimas, otras por completo lesivas y francamente patológicas. En Nicaragua, por ejemplo, la pugna entre liberales y conservadores en el siglo XIX "perjudicó la economía y evitó el desarrollo normal del país" (5:170). En la esfera mundial, a lo largo del tiempo, los libros de texto visualizan las conquistas como fatalidad histórica, fruto inevitable de que diversos pueblos alcancen grados diferentes de poder. Una civilización en su apogeo tiende al expansionismo porque su fuerza la desborda, fenómeno natural y no susceptible de condena, prácticamente, al hablar de períodos remotos: "Los emperadores que sucedieron a Izcóatl ... realizaron conquistas militares y extendieron el dominio de los mexicanos" (5:20). Se diría que el método y la obra subsecuente purifican a las antiguas conquistas. Las de los incas "siempre se llevaron a cabo sin excesos de violencia. Además, concluida la lucha, empezaba la tarea civilizadora" (5:29). En cambio, las guerras ofensivas más recientes, motivadas por la ambición imperialista en los siglos XIX y XX, infligen daños terribles a la humanidad sin justificación alguna (6:197). Las defensivas reciben el doble calificativo de válidas pero fatalmente dolorosas: "Aunque necesarias cuando defienden la soberanía del propio país y salvaguardan las leyes y las instituciones, son siempre hechos terribles" (6:223).

Los libros, en principio, rechazan la violencia. Si las luchas imprimen su marca a la vida política, conviene superarlas para instaurar el orden y la paz—definidos por su base más que por sus rasgos, falaces si reposan en el uso de la fuerza, genuinos cuando se fincan en la legalidad y la justicia (4:130). La libertad, otro objetivo y "uno de los derechos más

valiosos que tiene el hombre" (5:210), designa las garantías individuales (5:232). El ideal equivalente en el plano nacional, la independencia, forma parte de la naturaleza de un país. Ese afán late con tal fuerza que impulsa las luchas de emancipación, incapaz de sufrir el dominio extranjero (5:197) (6:182), si bien el hecho de acceder a la vida independiente no resuelve los problemas económicos y sociales de un Estado (6:217). La soberanía, vinculada al objetivo anterior, significa el derecho de todo pueblo "a gobernarse por sí mismo" (6:222, 235), pieza necesaria de la modernidad, intrínsecamente deseable, que en el plano político se llama democracia (6:220). Ella implica derechos y obligaciones correlativas para el individuo (5:206). De los primeros, un manual cita las garantías individuales, las garantías sociales definidas por la Constitución mexicana, y los derechos del niño a ser respetado y recibir educación (5:206-208). Entre las obligaciones, el libro subraya el pago de impuestos, muy necesario porque permite al gobierno "proporcionar importantes servicios que benefician a todos los mexicanos" (5:208).

El individuo que interviene en la vida política normalmente lo hace en calidad de ciudadano, es decir, investido del derecho a participar en el gobierno pero también de las obligaciones de votar y contribuir a la defensa nacional (6:234). Hay igualmente actores colectivos. Los libros muestran, con menor o mayor claridad, a las clases sociales en lucha por conseguir ventajas. Se refieren también a los partidos, aunque en vez de definirlos claramente los equiparan a "tendencias" (4:83).

La crónica de la historia universal admite la importancia del ejército, "elemento ... para realizar la grandeza de Roma" (6:103), por ejemplo. La de la historia mexicana alude a las fuerzas armadas en el siglo XIX, las juzga con ambivalencia y las borra casi por completo del panorama actual. La memoria de los jóvenes cadetes que defienden Chapultepec contra los norteamericanos, ilumina fugazmente el trágico período. El ejército contemporáneo, dibujado en un desfile junto al monumento a los Niños Héroes (4:100), hereda su causa ennoblecedora. Pero también es un hecho que en el siglo pasado los militares, junto con el clero, se preocupan sobre todo por defender sus privilegios, incluso en detrimento del interés nacional (4:88-89). Juárez mismo padeció las "ambiciones de muchos generales" que provocaron levantamientos contra el gobierno legal (4:129).

Por su lado, la Iglesia Católica, ente singular porque interviene eficazmente en la política terrena con las banderas de lo trascendental, sale mal librada de los juicios oficiales. El libro de sexto afirma que "en la Edad Media el poder religioso o espiritual (o sea, la Iglesia ...) era diferente del poder político o temporal, ejercido por los grandes señores ..., aunque ambos poderes ... estuvieran ligados entre sí" (6:112). No obstante, al consolidar una liturgia, la Iglesia proclama su universalidad al tiempo que va cobrando enorme poder material, plasmado en la magnificencia de las catedrales (6:122-123). Ese poder aumenta al grado de originar la corrupción combatida después por la Reforma, episodio descrito en el libro de sexto año sin pasión ni regocijo (6:157). Dicho manual, cuando aborda la historia mexicana, muestra a la Iglesia como instancia de poder en la

Colonia, que para recobrar sus privilegios se vincula al partido conservador en el siglo XIX (6:214, 219-220).

También el libro de quinto señala, con neutralidad, el doble poder de la Iglesia mexicana en la Colonia: "Aparte de cumplir con sus fines religiosos, se dedicaba a otras muchas actividades. La Iglesia disponía de cuantiosos bienes" (5:90). Hay incluso mención de su papel represivo: "La Iglesia disponía de la facultad de castigar a quienes se apartaran de las enseñanzas por ella impartidas" (5:90). Nada opaca, sin embargo, la bondad de la Iglesia educadora y protectora de los indios en el período virreinal, labor de evangelización pura encaminada a fines propios, no al de preservar el dominio colonial, y que se repite fuera de nuestro territorio, en las colonias de España e incluso en las de otros países (5:108-119). Contrasta con esos méritos la actuación del alto clero mexicano en el siglo XIX, lesiva para las buenas causas nacionales. El manual de quinto la presenta sin emotividad (5:143). En cambio, según vimos antes, el de cuarto año despliega un marcado anticlericalismo al hablar de una Iglesia que pone "todo (su) poder espiritual ... en contra del movimiento por la independencia" (4:52), impugna "los principios constitucionales de 1857 (4:105), celebra la intervención francesa (4:120) y se vuelve cómplice del Porfiriato (4:151).

Mientras que la Iglesia elige el mal camino, la razón histórica asiste al principal actor colectivo, el pueblo, en quien reside "esencial y originariamente" el poder político (3:117). Esta fuerza, a juzgar por un dibujo

(3:117), abarca a todas las clases sociales, si bien en las crónicas de los diversos libros el concepto verbalizado parece designar, más bien, a las clases pobres en contraposición a las privilegiadas. La idea "globalizante" predomina, de cualquier forma, en la definición más elaborada:

"El pueblo de México está formado por gente muy diversa, diversa en cada región del país y diversa por el carácter individual de cada persona; pero todos los mexicanos han crecido dentro de unas mismas tradiciones fundamentales, todos son producto de una misma historia y todos tienen frente a la ley unos mismos derechos e iguales obligaciones. En consecuencia, a todos debe llegar equitativamente el amparo de las leyes de México y el beneficio de la riqueza nacional" (6:234).

Entre los planos de la diversidad, el libro ignora el social. Las diferencias que menciona, geográficas y personales, pierden sentido, si existe un alma mexicana, hasta diluirse en la fundamental unidad psíquica, fruto de la experiencia compartida. Ello no implica propugnar la espiritualidad descarnada. Una vez que el sentimiento enlaza a los mexicanos, la igualdad de condiciones materiales acabará de cohesionarlos, la cual supone combatir las diferencias sociales que el libro no se atreve a mencionar abiertamente. La vinculación, en una frase, entre la equidad y la protección legal, sugiere el poder de las leyes mismas para transformar la sociedad.

Dignifica al pueblo la soberanía, su derecho inalienable, pero también sus luchas en la historia al lado de Hidalgo, Morelos, Juárez y Zapata. El pueblo pelea la guerra por la independencia de México (4:69). Sus vocaciones naturales, la libertad y la justicia, lo impulsan en luchas contra malos

gobiernos: "Al enterarse de la muerte de (Guerrero), el pueblo se levantó airado y obligó a Bustamante a dejar la presidencia" (4:87). La fuerza popular alcanza tal magnitud que a menudo decide el curso de la historia: "Como ... (se) extendía la indignación del pueblo mexicano contra Santa Anna, para arrojarlo se proclamó el Plan de Ayutla" (4:102). El pueblo, si cae en la apatía durante períodos largos, despierta y libera su furia contenida cuando en reacción a injusticias prolongadas florecen en él los deseos de cambio: "El pueblo sintió ansias de un orden social más justo" (4:158). Así comienza la Revolución Mexicana. Las masas populares apoyan a Madero, más tarde se alzan en armas bajo la jefatura de Carranza (4:167) "para hacer triunfar el movimiento revolucionario y el ansia de justicia social" (6:227). Un esfuerzo tan grande no merece más que la victoria: el pueblo vence en la Revolución, así como venció en la Independencia y la Reforma. Su triunfo le hace falta como rasgo constitutivo, necesario para compensar los dolores de la historia. No es que los libros de texto expresen una confianza ilimitada en el pueblo: "(Bajo presión) del populacho, el Congreso declaró a Iturbide emperador" (4:80). La ignorancia, la marginalidad y la opresión hacen cometer errores a los hombres pero no deforman la esencia de las virtudes populares: valor, patriotismo, apego a la libertad, sed de justicia, que al inflamarse derrotan cualquier pobreza material.

El pueblo y los demás actores de la vida política, escogerán entre formas de acción múltiples. Si los hombres luchan por obtener ventajas, ello supone que algunos finalmente impongan su dominio a otros. Los sometidos

rechazarán el yugo, naturalmente ofensivo para la condición humana. La resistencia, por ende, se perfila entre las actividades políticas fundamentales: "Poco a poco, los plebeyos (en Roma) conquistaron algunos derechos, consiguieron intervenir en el gobierno ... y salieron de su condición sumisa" (6:90). En su expresión más aguda, la resistencia se transforma en subversión, respuesta normal de los oprimidos, aunque le toma tiempo madurar: "Los aztecas soportaron la tiranía de los tepanecas", pero una vez formada la Triple Alianza "lucharon hasta vencer a sus enemigos" (5:20). La subversión general significa revolución. El manual de sexto año distingue tres categorías. Las revoluciones liberales del siglo XVIII "se proponían, todas, hacer a los hombres más libres políticamente" (6:171-173). Las de mediados del siglo XIX consiguieron, en el plano social, "mejorar el trato para los obreros", y en el político, cambiar formas de gobierno (6:181). Finalmente, las dos grandes revoluciones del siglo XX, la mexicana y la soviética, se distinguen por la novedad de su carácter global y de sus objetivos sociales:

"Estas revoluciones, caracterizadas por la aspiración a conseguir mejores condiciones de vida para los trabajadores y los campesinos, no eran ya meros movimientos políticos, sino verdaderas conmociones en las que participaba todo el pueblo" (6:198).

Los libros de tercero y cuarto años presentan la Revolución Mexicana como respuesta popular, legítima y natural a la opresión porfirista (3:115) (4:168). El manual de sexto reitera el mensaje. Menciona la bifurcación de una postura legalista y otra radical, pero engloba en el heroísmo a todos los participantes por encima de sus divergencias (6:226-228). El balance

general no podría ser más favorable: la Revolución Mexicana "costó mucha sangre al país, pero consiguió un régimen de libertades políticas y de instituciones sociales favorables a los trabajadores de todas las clases y a los campesinos" (6:199). La lucha armada, terrible por definición, consagra sus metas en un nuevo orden armónico, digno de ser preservado. La subversión y el recurso a la violencia, legítimos contra el mal gobierno, no encuentran ya lugar en el sistema cristizador de la justicia. La Revolución inmortalizada en la paz se manifiesta de continuo a través de las leyes; su fuego se reaviva por momentos, como en la expropiación petrolera.

De menor envergadura que algunas revoluciones, la lucha sindical no se interrumpe en épocas tranquilas. Su validez tampoco se discute: "Poco a poco los obreros se dieron cuenta de su derecho a exigir mejor trato, considerando que sin ellos se paralizarían las fábricas" (6:180). A lo largo de los siglos XIX y XX, los trabajadores unidos en sindicatos obtienen "el reconocimiento de sus derechos, mejor trato y mejores condiciones económicas", gesta que "no ha terminado aún" (6:181). Siempre han hecho falta hombres conscientes para dirigir los movimientos sindicales. Por ejemplo, los huelguistas mexicanos de Cananea y Río Blanco actuaron bajo la guía de "algunos compañeros inteligentes y heroicos" (4:154). En el caso de México, además, los libros postulan necesario y benéfico el apoyo del gobierno al sindicalismo: condenan a Díaz porque "abandonó a los obreros a su suerte" (6:225), mientras que exaltan a Obregón por haber fomentado, desde la presidencia, "la organización de los obreros y los campesinos" (4:183).

Las luchas violentas necesitan y producen héroes, hombres como Hidalgo y Madero que sacrifican su bienestar personal por una causa suprema. Empero, los libros se conforman con una acción más a la medida de las flaquezas humanas. Si aprueban e incluso celebran el uso de la fuerza cuando no hay otro camino, proponen para los tiempos "normales" un comportamiento político dentro de la ley. La legalidad, causa de Juárez (6:221-223), representa el orden más deseable cuyos amplios canales de participación permiten actuar a los hombres sin merma del bienestar general.

De la misma forma en que los libros manifiestan su preferencia por formas de acción determinadas, dejan entrever inclinación por cierto pensamiento político. En la crónica de la historia nacional, toda la simpatía se dirige al liberalismo, eventualmente asimilado al federalismo y al reformismo, vinculado también a ideas de connotación muy positiva, tales como el progreso: el partido reformista "descaba la igualdad social de todos los mexicanos a fin de que fueran unas mismas sus oportunidades en el orden cultural y en el orden económico. A ese partido, llamado de los liberales, se adhirió el de los federalistas" (4:88-89). Los liberales, además, "deseaban que su patria avanzara por el camino de la libertad" (5:168) y "trataban de establecer gobiernos democráticos" (6:188), objetivos apoyados por gran parte de los mexicanos (6:219-220). Sus adversarios, los conservadores, grupo que forman "las clases privilegiadas ... unidas al alto clero" (6:220), proyectan en cambio la fealdad del egoísmo, empeñados en "conservar sus privilegios" (4:89) a costa de la libertad, la democracia y el bienestar general del país. Por otra parte, el manual de sexto año delinea

el pensamiento socialista, cuya especificidad radica en el compromiso activo de los intelectuales con los obreros, a quienes "ayudan con sus escritos y actividad". El texto, al distinguir el socialismo utópico del científico, advierte sin emoción que el segundo aprueba recurrir a la violencia (6:180-181).

En los libros, uno descubre también preferencias manifiestas por algunas formas de gobierno y claro rechazo a otras. La tiranía, fenómeno común, es tan natural, en el fondo, como resistir a ella. Una variedad, el caudillismo, definido como "la preponderancia de jefes militares que trataron de adueñarse del poder en cada región", constituyó uno de los "grandes problemas" de América Latina en el siglo XIX (6:187-188) porque los caudillos buscaban "ventajas personales sin pensar en los intereses, mucho más importantes, de la nación y de todos sus habitantes" (6:219). Expresión más amplia de la tiranía, una dictadura surge, como la de Santa Anna, de "precarias condiciones" nacionales (6:219). Díaz, dictador por excelencia, crea "un régimen de vigilancia policíaca y militar" que impide expresarse a la voluntad nacional, no respeta la ley, niega libertades y provoca la marginalidad de amplios sectores (4:149-157) (6:224). Solamente un libro, el de quinto año, matiza su condena a las dictaduras, nefastas particularmente cuando aíslan a los países pero no refidas del todo con el auge material. En Ecuador, por ejemplo, "en 1860 ascendió al poder Gabriel García Moreno, que si bien estableció un régimen dictatorial, procuró el progreso del país" (5:179). La monarquía, forma de gobierno que se consolida en el Renacimiento, al pasar los años cobra visos

de absolutismo. El libro de sexto no aprueba ese régimen, pero con velada admiración atribuye a Luis XIV el mérito de hacer a Francia poderosa, y a Pedro El Grande, el de modernizar Rusia (6:162-163).

Con todo, la democracia rinde muy superiores frutos. El manual de tercero la define a dos niveles, primero como una forma de convivencia social. Ser demócrata consiste en pertenecer a clubes deportivos y de exploradores, los cuales preparan a los jóvenes para cumplir sus "deberes cívicos, sociales y patrióticos". Otra expresión de la democracia en la vida de un estudiante, serían las verbenas escolares conmemorativas de fechas patrias. "Todos hemos colaborado con nuestras ideas, trabajo y dinero" para organizar dichas fiestas. Los quehaceres se reparten entre varias comisiones. Una de ellas, elegida "por votación", maneja los fondos recaudados para "obras de beneficio social" (3:107-108). Así, la primera imagen de la democracia evoca participación. Los miembros de la comunidad, iguales entre sí porque todos votan y el trabajo de cada uno hace falta a los demás, persiguen por medios pacíficos, sin radicalismo, una meta de beneficio colectivo. Ello supone un interés común que explica, a su vez, la ausencia de conflictos y el clima de absoluta armonía en la fiesta de la democracia; hace posible también el trabajo en equipo, basado en una división de funciones que sirve a la causa general, por ende no resquebraja la unidad. Más adelante, el libro de tercero presenta una definición muy positiva de la democracia en el plano político: es el gobierno "formado por los legítimos representantes del pueblo y (que) gobierna para beneficio del pueblo mismo" (3:117-118). Por su lado, el manual de cuarto

año asocia la democracia a la soberanía y a los "derechos del hombre y del ciudadano" (4:105). El de quinto señala el fundamento constitucional de la vida democrática: "Por mandato de (la Constitución) todos los ciudadanos tienen el derecho de escoger libremente, por medio del voto, a sus gobernantes" (5:206). El libro de sexto, finalmente, describe la democracia como "el gobierno ejercido por el pueblo mismo" (6:75), en otro lugar como "el gobierno de los representantes del pueblo" (6:170). El régimen nacido en Atenas "tenía el grave defecto de que, aun siendo perfect(o) en muchos aspectos, aceptaba legalmente la existencia de la esclavitud". Ello no evitó que sirviera de inspiración a "todas las democracias (posteriores) en el mundo" (6:75). En términos amplios, a juzgar por los libros, la imagen de la vida democrática abarca explícitamente prerrogativas políticas, no así prerrogativas sociales que estarían implícitas en las anteriores o resultarían de las mismas. Varios dibujos (3:115) (4:90, 129) muestran a mexicanos de clases sociales y grupos étnicos diversos que acuden a las urnas, ceremonia mágica por cuya virtud las desigualdades concretas se diluyen frente a la igualdad del voto.

El manual de sexto año, que juzgó diversas formas de gobierno, adopta postura definida, nuevamente, respecto a los grandes sistemas político-económicos. El libro exhibe los rasgos inequitativos y opresivos del capitalismo, los condena desde una óptica moral pero los juzga inevitables y los atribuye a la clase en el poder, la burguesía, no al sistema propiamente dicho. Las grandes crisis, por ejemplo la de 1929, tampoco se deben a causas estructurales—propias de la organización capitalista—sino que

parecen accidentes (6:178-181, 200). La neutralidad plena dicta la definición del socialismo, sistema "donde todas las grandes industrias y los grandes negocios pertenecen a la nación y no a propietarios particulares" (6:199). El libro de sexto, en cambio, grita su aversión a los fascismos que "se caracterizaron por no respetar los derechos de los ciudadanos con tal de conseguir los fines del gobierno y del Estado", cometieron crímenes contra sus países y agredieron a los demás (6:200-202). La crónica, en tiempo pasado, corresponde a los regímenes de Mussolini y Hitler sin extensión posible a los de otros lugares y tiempos.

Hay una entidad, empero, que trasciende formas y sistemas de gobierno, objeto de la definición más emotiva. En el libro de tercer año, la primera imagen de la patria abarca gente, paisajes, infraestructura económica, vida cultural. Un dibujo alusivo pinta la naturaleza exuberante, si bien traduce preferencia por la "modernidad" pues grandes edificios, ferrocarriles y fábricas aparecen en el primer plano (3:9). Patria equivale a belleza y a prosperidad. Ellas nutren a los hombres parte del mismo universo, ya que el primer criterio de la nacionalidad es el geográfico: "Todos los que hemos nacido en México somos mexicanos ... Hemos nacido en un hermoso país que se llama México" (3:7). Los mexicanos actuales viven en el mejor lugar y en la época más afortunada. El orden funcional acrecienta el gozo de la vivencia patriótica: "Comprendemos que toda esta vida de nuestro México moderno sólo es posible porque en su conjunto social resplandecen como soles la libertad, la paz y el trabajo" (3:9). La

vocación de ser libre y democrático, la profetiza incluso el aspecto del país: "La forma que México tiene en el mapa parece abrirse hacia el espacio sin límites" (3:10-11). Más adelante, el libro de tercero propone una definición elaborada. Comienza por delinear el doble criterio de la nacionalidad, luego postula al trabajo como factor que solidifica la relación de los mexicanos con la patria en su dimensión inmediata, la material: "La Patria es el lugar donde nacimos y donde han nacido y viven y trabajan nuestros padres" (3:105). Otro significado, más abstracto, se revela fundamental: la patria formada por la historia, cúmulo de experiencias intelectuales, artísticas y emocionales legado a todos los mexicanos:

"La Patria es la tierra de nuestros antepasados; la de todos nuestros grandes hombres y mujeres, de nuestros héroes, sabios y artistas y hombres de ejemplares virtudes humanas" (3:105).

Aunque la vivencia histórica no siempre ha sido feliz, la promesa del futuro irradia optimismo:

"Nuestra Patria ha tenido momentos de congoja y sufrimiento, pero también días de triunfo y optimismo. Cada día que pasa, nuestra Patria progresa y se hace mejor gracias al esfuerzo de sus hijos, los mexicanos" (3:105).

En el camino de la historia hacia un porvenir feliz, la patria se transforma en madre, la obligación cívica en deber filial. Un compromiso elevado a un plano tan emotivo, cancela la posibilidad de disentir porque nubla el razonamiento. La patria, equivalente a la familia y a la sociedad así como a la humanidad en mayor y menor escalas, merece la entrega del individuo. No sólo entrega, fervor, tal como lo pide un mandamiento cívico de resonancia cristiana: "Serviré a México con mi pensamiento, palabras y actos" (3:112).

El manual de cuarto año asimila la patria a un concepto más simple, el de hogar: "México es tu patria, tu casa", honrada por "hombres, mujeres y niños" (4:18). El de quinto reitera la doble dimensión de la patria, material y psíquica:

"La Patria es el lugar donde se nace, donde se vive, donde está nuestro hogar. La Patria es el ambiente y el conjunto de las tradiciones que forjan nuestro sentimiento de amor y respeto por la nación de que formamos parte y a la que consideramos nuestra" (5:211).

La pertenencia del sujeto a su país, un hecho dado, sobreentiende una relación afectiva indisoluble. La paradoja del amor como obligación no existe por lo inconcebible de que no surja el amor. Menos emotivo, más jurídicista, el libro de sexto año alude a la nación, no a la patria, formada por territorio, habitantes y gobierno; el primero incluye "la tierra, las aguas de los mares territoriales, la plataforma continental y el espacio aéreo" (6:230).

Si las definiciones generales parecieran, por momentos, demasiado abstractas, los libros añaden que la patria se concreta en símbolos. A la bandera "hemos de quererla y respetarla siempre" (3:16). El escudo, representación de "las glorias de la Patria" (3:50-51), y el himno nacional, "canto de la Patria" (4:78), merecen igual homenaje. La utilidad de los símbolos radica, implícitamente, en que unen a los mexicanos. Un dibujo muestra un coro de niños, algunos morenos y otros de piel clara, con vestido y arreglo que denotan extracción geográfica y social variada, pero que interpretan al unísono el himno mexicano y expresan con su gesto la misma reverencia (3:17). Otro cuadro representa a mexicanos, hombres y mujeres

de tipos raciales diferentes y diversas edades, con ropa de pobreza o de opulencia, pero todos firmes ante la bandera, llenos de emoción compartida (5:212).

La patria, generosa instancia que todo lo engloba, despierta veneración naturalmente. Al gobierno, otra pieza clave del universo político, hay primero que justificarlo. Eso procura el manual de tercero: "Para que todo se haga bien en una ciudad, hay una autoridad que la gobierna" (3:66). El texto no aclara el sentido de "hacer bien", expresión generalmente alusiva a la eficiencia pero cargada, a la vez, de significado moral. El enérgico tono de la afirmación, por otra parte, no permite concebir el buen funcionamiento de la ciudad sin el gobierno. El gobierno se vuelve, en consecuencia, necesidad vital. Su virtud, rasgo inherente, no requiere de explicaciones: "El Honorable Ayuntamiento—así se le dice en cada lugar—trabaja en (la) presidencia municipal" (3:66). Desde un principio, la autoridad aparece en facetas de bondad: "Los buenos gobernantes de las ciudades se preocupan por el bienestar de todos los habitantes de ellas": aseguran el abastecimiento de agua y energía eléctrica, mantienen las calles limpias, construyen jardines y mercados (3:66). La asimilación del gobierno a la idea de servicio, subraya sus aspectos administrativos a costa de los políticos. De los represivos, hay apenas una mención y con el objeto de idealizarlos: el policía servidor público (3:66). La autoridad brinda auxilio de preferencia a poblaciones que se ayudan a sí mismas, es decir, establece con ellas una relación horizontal de colaboración: "Para disfrutar de buenos servicios debemos cooperar en lo posible, al mejora-

miento del lugar en que vivimos" (3:67). Sin embargo, la verticalidad predomina en las relaciones debido a que el gobierno, sobre todo los gobernantes (3:106), merecen el respeto de la gente a cambio de su acción benefactora. Dicha acción, por falta de precisiones, parece realizada en un gesto de bondad, no en cumplimiento de una obligación.

El manual de quinto año, por su lado, explica el desarrollo del gobierno en general como producto del crecimiento demográfico: "El aumento de la población exigió que los sistemas de gobierno adelantaran" (5:35). Después afirma que los buenos gobernantes fomentan la educación y crean infraestructura para impulsar la actividad económica (5:184-186). El libro de sexto, al trazar la evolución histórica del gobierno, examina el fundamento de la autoridad en las sociedades primitivas: "(Las tribus eran) mandadas por un brujo, por el guerrero más fuerte o por un grupo que formaban los ancianos más sabios de la tribu" (6:14). El poder, de origen sobrenatural, o apoyado en la fuerza o en el saber, va reuniendo diversos atributos conforme las culturas se vuelven complejas: "El jefe, rey o emperador era, al mismo tiempo, el principal sacerdote, el principal guerrero, el principal administrador y el principal juez" (6:22). Esa concentración de poder en el gobernante marca el inicio de las grandes civilizaciones. El manual describe luego gobiernos de diferentes tipos en épocas diversas; los europeos del siglo XIX se aliaron a los patrones en contra de los obreros (6:180). En cambio, los gobiernos actuales pierden la connotación represiva, adquieren un rostro benévolo y deben limitarse, de hecho, a una función instrumental dentro de márgenes legales: "El gobierno debe procurar el

beneficio de todos los habitantes del país, puesto que no es más que el ejecutor de la voluntad nacional" (6:235).

La imagen de la institución gubernamental deseada, necesaria, servicial, defensora del interés común, le queda bien, por supuesto, a las instituciones mexicanas de hoy día. El libro de sexto año recuerda que la Constitución prevé un gobierno democrático, representativo y federal, dividido en tres poderes "independientes cada uno respecto de los otros dos" (6:235). El poder legislativo hace y modifica las leyes; le corresponde también "la vigilancia de las actividades del poder ejecutivo" (6:236). El ejecutivo "es el encargado de la administración del país" y de la aplicación de medidas benéficas para la nación (6:237). El judicial, finalmente, imparte la justicia (6:237). La reseña de la organización formal sugiere tres poderes en plano de igualdad. Sin embargo, los demás libros expresan una valoración muy alta, en términos relativos, de una figura, el presidente: "(El presidente) es la mayor autoridad ... ¿Cómo se llama (el actual)?" (3:12-13). El manual de tercer año alaba las virtudes personales del primer mandatario, en especial la bondad y el afán protector: "Nuestro Presidente, el señor licenciado Gustavo Díaz Ordaz, y todos nuestros gobernantes quieren que nos instruyamos" (3:9). El de cuarto año atribuye a los presidentes mismos toda acción gubernamental benéfica a lo largo de sus respectivos sexenios (4:176-182).

En el Porfiriato, el gobierno fue la suprema instancia explotadora y represiva, el enemigo directo de los trabajadores huelguistas en Cananea

y Rfo Blanco (4:154). Los gobiernos actuales, al contrario, herederos de la Revolución, en consecuencia reciben el título de "revolucionarios" y se perfilan creativos en su paternalismo:

"Los gobiernos revolucionarios, a partir del que encabezó Venustiano Carranza, se han preocupado por hacer efectivos los derechos cívicos del pueblo; por atender las necesidades y los problemas de los trabajadores de las ciudades y del campo, y por mejorar las condiciones generales del país. Todos estos gobiernos han realizado obras importantes en cada uno de los órdenes de la vida mexicana ... Se ha logrado implantar en México el sistema de la seguridad social (4:176). Te habrás dado cuenta de que los gobiernos emanados de la Revolución se han preocupado por recoger y realizar los anhelos ... alimentados por la Revolución" (4:183).

La legitimación fundamental de los regímenes actuales se deriva pues de una continuidad histórica: el origen del poder en la lucha revolucionaria y su capacidad para realizar, posteriormente, los ideales de la misma. Ese tema reaparece en el libro de sexto año, que va todavía más lejos cuando expone la segunda justificación del orden político en vigor: su fundamento legal. La Constitución de 1917, prolongación de la de 1857, sirve para realizar anhelos presentes desde la Guerra de Independencia. La continuidad entre dichos mandatos se transfiere al gobierno, basado en la ley, que por implicación hereda las mejores causas nacionales, la Independencia y la Reforma además de la Revolución (6:227-230). Según vimos, el Estado concibe su intervención en la economía como la forma de realizar ideales históricos. El gobierno, en su papel de constructor, erige una sólida infraestructura; en el de nacionalizador y defensor de los preceptos constitucionales, restituye al país el dominio sobre sus recursos; en el de

benefactor, dispensa la salud, la educación y la seguridad social (3:9, 122) (4:186-191).

El gobierno se finca en las leyes y vela por su cumplimiento, normas rectoras de la vida en general (3:106) que determinan los derechos y obligaciones individuales (6:209). Los libros postulan la necesidad y la justicia de los preceptos legales:

"Para que el hombre disfrute dentro de la sociedad de los derechos que todos los miembros de ella tienen y cumpla con sus deberes, la misma sociedad ha dictado leyes que a todos obligan ... Gracias a las leyes, la sociedad puede conservar el orden y la paz entre sus miembros y resolver con justicia los problemas que surjan dentro de ella" (5:205).

Las leyes, de supuesto origen impersonal, confirmadas neutrales por su aplicación universal y en esa medida tolerables, mantienen la estructura social — función sobreentendida buena porque la sociedad es armónica, digna de perdurar. Las leyes se inscriben ellas mismas en el orden perfecto e inmutable: los libros no prevén que haya normas legales injustas, mucho menos que la gente pueda modificarlas. Producto acabado, inmejorable, la ley no reprime al individuo, apenas le impone un margen, pues le permite "alcanzar los fines que se propone, siempre que éstos sean justos y se encaminen al bien propio y al colectivo" (5:205). Además, la ley garantiza la igualdad jurídica que, al abrir a todos la posibilidad de "vivir dignamente", induce la igualdad social (4:25).

Los libros no depositan una confianza ilimitada en el poder de las leyes. Incluso la Suprema Corte llega a corromperse, por ejemplo, cuando moti-

vada por ambiciones propias declara ilegal la reelección de Lerdo de Tejada (4:135). En referencia a Madero, un libro insinúa que el apego estricto a la legalidad merma la eficacia política (4:161). Más importante, el libro de sexto año hace ver que las leyes no resuelven nada por sí mismas mientras no las apliquen los hombres — reconocimiento poco usual, en los manuales escolares, del frecuente desfase entre el plano legal y el plano concreto: "(En el Porfiriato), la Constitución de 1857 seguía vigente en teoría y nunca fue derogada; en la práctica era letra muerta" (6:224). No obstante, los libros conservan esperanzas firmes en la ley. Juárez personifica y sabe utilizar su poder mágico: mantuvo intacto "el principio de la legalidad, que él representaba" (4:112), después restableció la paz "mediante disposiciones legales" (4:127).

La ley también cristaliza en un documento supremo, la Constitución, ley fundamental y base de la democracia mexicana que "debe ser obedecida tanto por el pueblo como por el gobierno" (3:117-118). La Constitución de 1917, "eminentemente social" (5:206), se deriva de la de 1857 (4:174) (6:228) y "en ella están incorporadas las Leyes de Reforma. Representa... el conjunto de las libertades y los derechos que el pueblo de México ha conquistado desde la Revolución de Ayutla hasta nuestros días" (4:174). Depósito sagrado de la experiencia histórica, la Constitución es, por ende, además de una ley, "un proyecto de vida, una guía para que la nación mexicana y cada uno de sus habitantes alcancen mejores condiciones de vida" (6:230). El gobierno, encargado de custodiar ese "proyecto" en el que finca su propia legitimidad, recibe la "guía", supuestamente, al decidir sus políticas

internas e inclusive la política exterior. Los países suelen, en efecto, proyectar sus ideas al ámbito internacional.

El libro de tercer año fomenta una conciencia de universalidad desde sus primeras páginas, en las que aparece dibujado un globo terráqueo con los países americanos al frente (3:8). Esa conciencia, empero, se desgarrra cuando le presentan una imagen del mundo exterior profundamente ambigua, algunas veces sonriente y otras amenazante, que para fines prácticos induce de la apertura al repliegue sobre sí mismo. La extrapolación del concepto de interdependencia al plano mundial, iguala en abstracto a los países e imprime cordialidad a sus relaciones: "(Las naciones) necesitan unas de otras. Por eso se han establecido relaciones de amistad y comercio entre ellas" (3:15). En su expresión más aguda, la interdependencia origina alianzas: la OEA existe porque "ninguno de los países del Continente puede mantenerse ajeno a los otros" (5:201). El anverso de la imagen, el mundo que agrede, parece condicionado por una experiencia histórica nacional de invasiones y ataques. Un libro que expone la Guerra del '47 finaliza, naturalmente, con el mensaje de fortalecer a México para ponerlo "a cubierto de asechanzas e injusticias" (4:98). Pero el recelo proviene más que de vivencias propias; lo intensifica la conciencia de un profundo desequilibrio mundial, problema contemporáneo grave: "Mientras por un lado hay países muy ricos, otros países, u otras regiones del mundo, viven miserablemente, y aún sufren hambre e ignorancia" (6:205). En el siglo XIX, durante la Bella Época, las grandes potencias prosperaban mientras que "en las colonias ... se padecía miseria y hambre" (6:193).

El colonialismo, razón del orden injusto, se remonta a tiempos más lejanos. Los libros de texto lo juzgan con pleno conocimiento de causa.

No se percibe un rechazo absoluto a las conquistas, fenómeno inevitable e incluso potencialmente benéfico. Roma, por ejemplo, al transmitir su lengua y la cultura grecolatina a su imperio, "dió unidad al mundo entonces conocido por los europeos" (6:90). Más tarde, las conquistas europeas de los siglos XV y XVI pusieron a la cultura occidental "en contacto con otras culturas notables" (6:150). El libro de sexto año advierte que en América los españoles "trataron de asimilar a su cultura a los indígenas..., aunque también los explotaron mucho" (6:150). Ese juicio ambivalente no impide evocar la situación colonial, en términos genéricos, como intrínsecamente desventajosa: los ingleses "hicieron de la India una colonia, y como colonia la explotaron" (6:35). Más enérgico en su apreciación, el manual de quinto año asocia el colonialismo al sufrimiento (5:91-93) y le atribuye secuelas desfavorables a muy largo plazo: Hispanoamérica independiente arrastró la herencia de "los sistemas establecidos por el coloniaje español" (5:158). La forma de dominación que sucede al colonialismo, el imperialismo, se vale del comercio internacional y responde a una necesidad estructural de las economías desarrolladas: "Los países industrializados necesitaban comprar productos agrícolas... y adquirir también diversas materias primas para su industria", y por otro lado vender manufacturas "a los países que estaban privados de industrias" (6:185). El imperalismo, "expansión comercial con fines de explotación" (6:186), según el libro de sexto año "algo tuvo de positivo" porque implicó transferencia de

tecnología, pero "al fin y al cabo resultó nocivo para los pueblos sujetos (al dominio)" (6:186). En efecto, los países poderosos, "en busca de mercados para sus productos, limitaban el desarrollo de la economía de los países débiles" (6:219), y "cuando así convenía a sus intereses, intervenían en la política interior de los países pobres para obtener mejores condiciones comerciales" (6:186). Lo mismo afirma el libro de quinto año, si bien describe a los Estados Unidos como principal potencia imperialista e intervencionista (5:165-176).

México, en respuesta a su experiencia propia y a la compartida con varios países, desde tiempos de Juárez ha basado su política exterior en "la estricta justicia, el mutuo interés y la debida reciprocidad" (4:128). Los principios de dicha política, la no intervención y el respeto a la soberanía y a la autodeterminación de los demás pueblos (5:202, 210) (6:241), el pacifismo y el derecho de asilo (6:211-212), en el plano mundial equivalen a las prerrogativas y obligaciones de los individuos en su país (5:209). Tales principios, bajo la percepción ambivalente de las relaciones internacionales, servirían a un doble objeto: la defensa ante el mundo agresivo y la promoción de ideales universalistas en el mundo armónico. Los libros de texto no ocultan el mayor interés de México en algunos países, sobre todo latinoamericanos. El de tercer año presenta un dibujo alegórico de niños que se tienden las manos, de pie sobre un mapa de México y Centro América, en actitud de avanzar para encontrarse (3:15). Un comentario podría sugerir, inclusive, el potencial mexicano de liderazgo en América Latina: "México es uno de los países más progresistas de América" (3:122).

Otro manual, el de sexto, señala bien claro que México mantiene, con los países hispanoamericanos, "relaciones particularmente amistosas y cordiales" (6:243). Ello no impide la proyección universal. México participa en organismos internacionales, que permiten a los hombres ayudarse y "trabajar por la paz, la grandeza y el bienestar de la Humanidad" (3:14) (6:242-243).

Vence, finalmente, la imagen de la comunidad armoniosa, idealismo extremo que choca con las realidades conflictivas de la escena mundial pero que se ajusta a la visión, transmitida por los libros, del universo político llamado a vencer su tensión constitutiva para materializar un sueño de perfecciones inmutables.

Evaluación general

El sueño de perfección va más allá de la esfera política: el pueblo unido en espíritu, la patria totalizante, la ley justa, la democracia igualadora, la Revolución cristalizada y su guardián, un gobierno inmejorable. La armonía atraviesa el concepto del hombre, ser de vocación equilibrada, práctica y trascendental, preocupado por sí mismo y por los otros, social, dispuesto a servir. La cultura es perfecta en un sentido análogo, englobadora, capaz de sintetizar aportes diversos, incluso antagónicos, para confirmar la unidad del género humano y proseguir su marcha hacia lo universal. Un afán de equilibrio subyace también a la vida material: relación feliz, franca simbiosis del hombre con la naturaleza; trabajo cohesionador, forma de servir a la patria; economía que promueve el bienestar general; agricultura e industria complementarias, en plano de absoluta equidad. Finalmente, la sociedad se integra al cosmos ordenado en razón de la interdependencia, su fundamento vital no menos que la jerarquía;

variedad de condición separa a los individuos y a los grupos, pero siguen unidos por relaciones orgánicas que suprimen la posibilidad de antagonismos. La armonía evocada por los libros, si no existe en la vida concreta, habrá que realizarla. De ahí la importancia de las normas éticas en los manuales escolares.

CAPITULO TERCERO

VALORES Y ACTITUDES VITALES

(PRIMEROS LIBROS)

Los libros de texto mismos reconocen que la escuela educa doblemente. Por un lado, transmite conocimientos, y por el otro, socializa al niño en el sentido de acostumbrarlo a una acción dentro de márgenes que la sociedad fija. Dificilmente se puede repudiar ese dualismo, propio quizá de cualquier sistema educativo en todas partes. El aspecto socializador, en especial, escapa a los juicios morales absolutos porque las normas de comportamiento suelen carecer de validez universal. Una sociedad las juzga adecuadas o perjudiciales a sus metas específicas, por ende, buenas o malas, luego difunde las primeras a través de la educación con el fin de promover conductas dirigidas a preservarla y a realizar sus objetivos, en función de un impulso de autoconservación inherente a las organizaciones, comprensible para la lógica más usual. Los libros de texto naturalmente proponen una serie de valores y actitudes, algunas veces en términos directos, otras, con mayor sutileza, a través de la formulación de diversos conceptos o en lecciones de historia, no de civismo propiamente dicho.

Lineamientos generales

Caracterizar globalmente el programa ético lo simplificaría sin dar cuenta de sus matices, menos de su eventual ambigüedad. No obstante, algunas imágenes y series de preceptos constituyen lineamientos generales. Por ejemplo, la visión de la patria iluminada por "los soles (de) la libertad,

la paz y el trabajo" (3:9), y sobre todo, la lista de doce mandamientos cívicos que aparece en todos los libros. El primero ordena servir a la patria. Los demás, trabajar por su "dicha" y su "grandeza". Honrar a la familia, a la sociedad, al país y a la humanidad. Cultivar el agradecimiento:

"Debo ser agradecido con mis padres y con mis maestros; reconocer los sacrificios que realizan para mi educación; hacer buen uso de los conocimientos que he recibido, y cumplir con las normas de buena conducta que se me han inculcado".

El quinto precepto, la obligación de estudiar, se deriva del anterior. Sigue en la lista la consideración a los demás, expresada en la urbanidad y en el respeto a la vida. Respeto que pide luchar "contra el vicio, ... la mentira, ... la violencia y el crimen" y en pro de "la salud física y mental del pueblo mexicano", séptimo y octavo mandamientos. El noveno es el valor "para vencer las dificultades que surgen en la vida". En décimo lugar, se pide al estudiante que cultive sensibilidad estética y capacidad de juicio moral, bajo la asimilación implícita de lo bueno a lo bello: "Apreciaré lo bello y lo noble, en la naturaleza, en el arte, en el pensamiento y en la conducta de las personas virtuosas". La ayuda, siguiente cualidad, ha de vencer al "interés egoísta". El mandamiento final dicta la honradez, vinculada al sentido de responsabilidad (3:112). El programa anterior incluye el fomento de disposiciones mentales: la sensibilidad en general, la conciencia de los beneficios recibidos y un sentimiento profundo de respeto. Las tres residen en la interioridad del escolar, quien puede manifestarlas hacia el exterior mediante las acciones que señalan los libros, dirigidas a preservar la armonía social e inspiradas siempre por la gratitud.

Ningún libro expone mejor que el de cuarto año la racionalidad de las normas cívicas. Al enumerar los "propósitos del niño mexicano", el manual sugiere primero un culto patrio en testimonio de reconocimiento: "Los niños de México deben conocer y recordar a sus héroes, porque éstos dieron su vida para legar a todos los mexicanos una patria libre" (4:57). La conciencia histórica afirma el sentir de un compromiso:

"Tú, que formas parte de México, estás obligado a estimar el sacrificio de esos grandes hombres, a cuyo heroísmo debes la libertad, los derechos y la seguridad de que hoy gozas" (4:57).

La gratitud obligada, no por convicción, se apoya en el dogma de la felicidad contemporánea plena, fruto de anhelos históricos realizados ya completamente. Aquella induce a la acción:

"(La conducta de los grandes hombres) es el modelo que ha de impulsarte a cumplir con tu deber, el cual, por ahora, consiste en estudiar y trabajar, en la escuela y en tu casa, para servir así a tu patria y entregarte, seguro de que lo mereces, a tus juegos y regocijos" (4:57).

La deuda histórica se paga con la emulación de los héroes, que en la vida diaria implica desempeñar de buen grado su obligación y su papel. Va implícito en ello una apología de la división de funciones—en última instancia, de la separación entre las clases que las desempeñan—cuyo sentido muy conservador parece claro. El cumplimiento del deber y el respeto al orden social han cobrado un sentido religioso porque el mundo actual es un legado de hombres similares a Cristo por el sacrificio, a Dios por la potencia creadora. Rebelarse en contra de la sociedad significa renegar del don supremo, equivale pues al sacrilegio. El libro confirma el servicio como

principal virtud, ascetismo que admite la expansión individual pero sólo después de realizada la obligación, en recompensa a una labor altruísta.

El final de la lección reitera el mensaje central:

"Ama el aire de México, su sol, sus ríos, sus montañas, su tierra. Los héroes patrios la rescataron para tí al precio de su sangre, y ella será siempre generosa si con tu esfuerzo la cultivas y si, como los héroes que te la dieron, mantienes vivo en tí el amor por la Patria, el respeto por la ley y la defensa de la justicia" (4:57).

Imaginar a la patria, tierra generosa, alimentada con sangre de los héroes, funde los planos material e histórico y estimula un amor natural, que los libros suponen cuando menos latente en cualquier mexicano: el patriotismo. Su expresión consistirá en el respeto a la ley—medio también de asumir las causas de los héroes. Pero la ley, aunque aspira a la neutralidad, en el fondo preserva un orden de ninguna manera neutro, el de las clases sociales privilegiadas a costa de las demás. El respeto a ese orden, por tanto, es lo que piden los libros en señal de patriotismo, e implícitamente califican la subversión de atentado a la patria.

El tema de la deuda histórica y social, muy próximo de una concepción japonesa, el *on**, reaparece a menudo en los libros: "Comprenderás el esfuerzo que México realiza y lo que espera de tí" (4:184). Los manuales reiteran, igualmente, el respeto a la patria—y por extensión, al gobierno—

* *On*: Deuda, categoría de obligaciones que engendran los beneficios recibidos del emperador, los padres, el amo, el maestro.

como una expresión de amor (3:106). Otro principio general del programa, lo constituye la propuesta del universalismo practicado en base a la especificidad nacional (4:184). La apertura a las influencias exteriores no impide la defensa de su propia cultura (6:128, 133); resulta muy lamentable copiar instituciones extranjeras sin adaptarlas al medio local (6:218). Los libros de texto, aunque suelen operar sobre mecanismos afectivos para forjar valores que a menudo desbordan de intensidad, no por ello renuncian a cultivar la razón. El libro de sexto año, por ejemplo, explica racionalmente el sentido de varias religiones muy poco racionales en esencia.

La individualidad

Si las múltiples normas de conducta se dirigen a personas, ¿qué valor moral tiene la individualidad? No se la rechaza por completo. Ciertos comentarios valorizan el mérito del hombre tanto como el de la sociedad: "Para el logro de grandes propósitos es indispensable la cooperación de todos y cada uno de los mexicanos" (4:183). El sujeto que busque su provecho individual no será condenado mientras beneficie simultáneamente a los demás (5:204). La Constitución misma salvaguarda las particularidades, pues sirve "para que la nación mexicana y cada uno de sus habitantes alcancen mejores condiciones de vida" (6:228). El todo difiere de sus partes. La perspectiva de la nación, aunque globalizadora, no suprime al individuo. Sin embargo, los libros rechazan cualquier interés individual que egoístamente sacrifique los de la sociedad o la patria, mucho más amplios (4:88) (6:219, 223). Advierten, a la vez, la imposibilidad de una expansión perso-

nal sin el marco adecuado: "La libertad que más apreciaba el hombre no es la personal, sino la de su patria, porque no puede ser libre la persona que vive en una patria oprimida" (5:210). Además, la exaltación del sacrificio por México, incluso el de la vida (3:106), evocado por expresiones como "la sangre heroica de niños mexicanos" (4:99) cuyo sentido religioso parece un legado prehispánico a la vez que cristiano, confirma la supremacía de la patria sobre el individuo.

Virtudes históricas

Una manera más de aproximarse al programa ético propuesto por los libros, consiste en examinar las virtudes atribuidas en la crónica de la historia a la población del país y, sobre todo, a los héroes, modelos de comportamiento: "Debes admirarlos y sentirte orgulloso de tus héroes" (4:95-96).

Hay elogios al pueblo tarasco por trabajador, culto, amante de la paz y de la libertad (3:44-45). Los mayas se distinguían por "el respeto hacia los mayores, la honestidad de las mujeres, la educación de los jóvenes y la hospitalidad para los viajeros" (5:25). En cuanto a los aztecas, fomentaban la obediencia, el servicio, la veneración a los padres y a los ancianos, la sobriedad, la limpieza, la resistencia a la fatiga y al dolor, la humildad y la honestidad entre las mujeres (3:60) (5:21). Según el grado de antihispanismo, los libros exaltan o no la resistencia indígena frente a los conquistadores y el estoicismo de Cuauhtémoc (3:95), (4:19) (5:20, 53, 57). Empero, las virtudes prehispánicas más alabadas son las que mejor embonan

en la doctrina de Cristo: el amor a los padres, la diligencia, el recato femenino y las virtudes ascéticas en general.

Los frailes caritativos y Sor Juana apasionada por el saber, encarnan la nobleza moral en la Colonia (4:38-40, 42-43). Posteriormente, Hidalgo y sus seguidores reúnen las cualidades cristianas con las liberales. El generoso cura inicia la Guerra de Independencia "sacrificando su seguridad y bienestar personales" (4:52), en pos de la libertad espiritual, el bienestar económico y el progreso (4:57). El pueblo se une a la lucha "con no menos entusiasmo que fe" (4:52-53). La misma combinación de méritos distingue a Morelos, quien ofrenda su vida por amor patrio, y a Guerrero, hombre leal, valeroso, perseverante, capaz de una entrega plena. Fe y orgullo legítimos animan a sus tropas (4:62, 67-68, 75). Las virtudes de Juárez pierden, por lógica, mucho del sabor religioso. Incluyen la aspiración a elevarse socialmente, la firmeza, la rectitud, el patriotismo y la defensa de la ley (4:112). En cambio, Madero, otro apóstol de la legalidad, por su martirio y su elevación de espíritu—la benevolencia extrema, la capacidad de perdonar (4:162)—es un héroe en sentido cristiano una vez más.

El comportamiento hacia la patria

Imitar a los héroes, señal de patriotismo, implica suscribir diversos valores, en particular la independencia, la libertad y la unión de los mexicanos, que son "lo más querido de la Patria", simbolizado por los tres colores de la bandera nacional (3:16). La bandera, junto con el himno y el escu-

do, "deben ser respetados y honrados" (5:211). Los libros valorizan altamente los aspectos ceremoniales del patriotismo:

"Frente a la bandera debemos permanecer en pie y guardar silencio. La saludaremos en posición de firmes, colocando la mano derecha sobre el pecho, con la palma hacia abajo, a la altura del corazón. Los varones saludarán, además, con la cabeza descubierta" (4:78).

Empero, los manuales sugieren igualmente cultivar emociones profundas. A la patria hay que amarla porque "es madre cariñosa para todos los mexicanos" (3:106)—asimilación de una entidad abstracta a una figura generalmente central en el universo emotivo de los niños, que promueve una transferencia de afecto y arroja sobre la ausencia de patriotismo el horror de la impiedad filial. También hemos de honrar a la patria, lo cual exige que "respetemos a nuestros gobernantes cumpliendo las leyes que nos rigen" (3:106). La conexión entre el mandamiento cívico y la forma de cumplirlo, carece de lógica propia; adquiere sentido bajo el supuesto, desarrollado en otra parte, de que el gobierno actual heredó las buenas causas nacionales. Los recuerdos de la historia amarga dictan la tercera obligación: "Si algún día nos llama la Patria en su auxilio, defendámosla hasta dar por ella, si es preciso, nuestra propia vida" (3:106). En la eventualidad de una agresión armada, los libros piden héroes y confirman lo sublime del autosacrificio. Mucho menos basta, normalmente, en la vida diaria: la honradez, el entusiasmo y la seriedad en el trabajo (4:18). El cariño a la patria parece natural porque se dirige a una madre pero también el medio y las tradiciones "forjan nuestro sentimiento de amor y respeto por la nación de que formamos parte" (5:210). Ese ambiente forjador de patriotismo,

en última instancia, la cultura, merece devoción por su noble mestizaje. (6:67, 148).

Quien ame a su país fomentará la unidad nacional, valor supremo: "La unión de todos los Estados, y de todos los habitantes entre sí, hace que nuestra República ... sea cada día más fuerte y próspera" (3:13). El libro de cuarto año postula esa unidad ya realizada, triunfo de la historia nacional "conquistado gracias a enormes sacrificios" (4:183). El de sexto la considera fruto de una experiencia histórica compartida y de la igualdad legal cuyo corolario debe ser la equidad material: "(Todos los mexicanos) son producto de una misma historia ... A todos debe llegar equitativamente el amparo de las leyes de México y el beneficio de la riqueza nacional" (6:232). La unidad fortalece a un pueblo frente al exterior (5:163), la desunión lo hace vulnerable: "La India quedó dividida en pequeños Estados y reinos, razón que hizo posible y fácil su conquista y colonización" (6:35). México lo sabe bien por su propia experiencia:

"Las derrotas que sufrió México en 1847 nos dejaron una experiencia que nunca debemos olvidar: es indispensable la unión de todos los mexicanos, pues con la paz interior hay progreso, y con el progreso, la fuerza capaz de ponernos a cubierto de asechanzas e injusticias y evitar al pueblo grandes sufrimientos. Es indispensable que todo mexicano, hombre, mujer o niño, se afane cada día para servir a su país, y que aprenda a engrandecerlo en la paz, poniendo en el trabajo la misma decisión con que estaría dispuesto a defenderlo en la guerra" (4:98).

El tema del enemigo extranjero siempre dispuesto a sacar provecho de la debilidad de su vecino y atacario—temor que la experiencia histórica justifica, por demás—sirve de razón para exigir la unidad de los mexicanos en

torno a un gran proyecto nacional y por encima de sus diferencias económicas u otras. Un dibujo representa a los miembros de dos familias, la del lado derecho obrera, la del izquierdo campesina, que empuñan el asta de una bandera plantada en la tierra. A lo lejos, dos paisajes armonizan entre sí y con la unidad de los hombres. Fábrica enorme detrás de los obreros diligentes; maíz que crece abundante, orgullo del trabajador rural. El cielo cálido presagia un porvenir feliz (4:98). El cuadro alegórico exalta la cooperación entre los trabajadores del campo y de la ciudad para fortalecer la economía, faceta de un ideal, la colaboración entre clases sociales, que oculta sus relaciones asimétricas de mando. La perspectiva de una meta elevada—la grandeza nacional—que unifica a personas disímiles en la vida concreta, implícitamente se apoya en la noción cristiana de un hombre dual, hecho de cuerpo y alma. Ello lo confirma la valoración comparativa de espíritu y materia.

Espíritu y materia

El llamado a reprimir la impulsividad significa que la razón, parte superior del individuo, debe presidir sobre la parte física: "En el recreo, Concha y Pedro se divierten sin perder su buen juicio: juegan sin trampas, evitan los juegos de manos, no usan palabras soeces" (3:65). La belleza moral sobrepuesta a las miserias materiales, reitera la hegemonía de una substancia invisible:

"Llenos de gratitud, (los soldados del Ejército Trigarante) nos sentíamos orgullosos de nuestro pobre aspecto, de nuestros harapos, de nuestras viejas ar-

mas y de nuestra piel ennegrecida, tostada por el cielo del sur y por la pólvora de los combates" (4:75).

En la historia mexicana, la virtud derrota, a su manera, el poder de las armas: "Se entabló la desigual lucha entre la fuerza abrumadora de los invasores y el valor heroico de aquellos jóvenes cadetes, que así conquistaron con su vida la inmortalidad" (4:100). La no razón puede vencer en el plano concreto si acude a la fuerza pero el espíritu se reserva una victoria trascendental, la vida eterna. Esa imagen de los vencidos triunfadores nutre una convicción de superioridad en la desgracia, fincada en la supremacía del alma. Una vez que la fuerza del pueblo radica en su nobleza inmaterial, los libros no le perdonan a Díaz el haberse dedicado "casi únicamente al desarrollo material del país" (4:151), sin atender a valores más altos. El verdadero progreso no existe mientras no se haya "logrado la libertad del espíritu y el respeto a los fueros de la conciencia" (4:183).

En prueba de cuánto valoriza la espiritualidad, el libro de sexto año afirma que los "adelantos en el pensamiento y en las artes", no el desarrollo de técnicas, definen a las grandes culturas (6:12). Con su descripción admirada de las principales corrientes artísticas, el manual cultiva la sensibilidad. En cuanto a la religión, los textos reconocen que impulsó el desarrollo cultural. El éxtasis de los frailes que llegan a la Nueva España merece aprobación (4:26). Habría misticismo detrás de una idea, la cultura universal (6:72). Empero, los libros rechazan las actitudes contemplativas: "El budismo tiene el defecto de ser una religión contemplativa, o sea, que no impulsa al hombre a vivir una vida de actividad y de trabajo creador"

(6:37). Por tanto, el concepto del hombre dual y de la superioridad de su alma, aunque arraigado muy hondo, no suprime la acción sobre el mundo material para obtener recompensas en esta vida.

El comportamiento en la vida económica

La esfera económica se rige por sus propios valores. No hay condena al utilitarismo—sacar provecho del tiempo o de la educación—siempre y cuando uno busque, junto con su beneficio, el de la patria (3:64). Se diría que la esencia del capitalismo dicta la virtud del ahorro: "El niño que sabe ahorrar, hombre no mendigará" (3:111). Otra gran cualidad, quizá la máxima, el trabajo, permite ascender socialmente y servir a la patria (3:111). Labores de diversos tipos, manuales e intelectuales, benefician por igual a la sociedad (3:47). Aunque los libros de texto sueñan con la industria, reconocen a la agricultura como su pilar y el de la civilización toda (5:35-37). La técnica, apreciada en su calidad de instrumento, no constituye un fin en sí misma.

En el marco de la economía capitalista, los libros exaltan el nacionalismo, valor que se forjó en reacción a los inconvenientes de la penetración extranjera durante el Porfiriato (6:226) y cuya justificación reside en el interés supremo del país (6:231). El nacionalismo económico, basado en la Constitución, al evitar el despojo y la salida de recursos garantiza un desarrollo en beneficio de México (4:191). La intervención estatal corrige inequidades bajo un modelo de crecimiento que, si responde a los anhelos históricos del pueblo (6:240), procura distribuir con justicia la riqueza en un contexto de libertad y democracia políticas (6:224-225).

Pero en la vida concreta no se ve la equidad, valor supremo y distintivo del verdadero progreso. Se realizaría a condición de transformaciones sociales que los libros de texto no contemplan, pues proponen reglas de conducta en sociedad destinadas a preservarla.

El comportamiento en sociedad

La sociedad permite al individuo cubrir sus necesidades y las de otros en términos de reciprocidad (5:204). La interdependencia normalmente genera gratitud y cariño en el sujeto (3:29), quien las expresa cumpliendo normas de urbanidad: no arrojar basura en las calles, no desperdiciar "agua y luz", respetar el reglamento de tránsito (3:67). Otras virtudes que la sociedad aprecia coinciden con la moral más difundida, por ejemplo, la franqueza o la caridad y la compasión en sentido cristiano: Lupe ofrece un pan a un cojo que toca a su puerta, "pues le enseñaron sus padres a tener compasión de los pobres y enfermos"; Pablito ayuda a una anciana a cruzar la calle, pese a que unos muchachos se burlan de su generosidad (3:110). Ciertas reglas se cumplen no por su bondad intrínseca sino para conseguir un premio, la aceptación social: "Los niños justos y honrados, con cariño son tratados. Los niños limpios y aseados, de todos son bien mirados" (3:111). El servicio, mérito máximo, y la bondad sonriente, no impedirán que uno luche con valor contra la adversidad (5:11) o por alcanzar "buen éxito en la vida" (4:25). La libertad de un individuo, la limita exclusivamente "la de los demás" (6:233-234), así como el entusiasmo se permite dentro de la disciplina (4:182). Con todo, hay barreras sociales

a la expansión personal, entre ellas la jerarquía. Los libros la toleran, incluso la admiran por su funcionalidad en las culturas antiguas (5:28) (6:212), pero rechazan vivamente el privilegio hereditario, sobre todo en sociedades de tiempos menos lejanos.

La explotación de los obreros por la burguesía en los países industriales del siglo pasado, suscita una condena moral. Se reconoce el antagonismo entre ambas clases (6:180). Los libros también desaprueban con emotividad las "condiciones precarias y dolorosas" impuestas en México a la población bajo el gobierno de Porfirio Díaz (4:153). En contraste, la armonía rige a la sociedad mexicana actual. Si persisten algunas injusticias, la aplicación de la ley las remediará. Nada puede interferir con la cooperación de hombres, mujeres y niños (3:15, 111) para realizar "grandes propósitos" (4:183). Resurge el tema de la unidad nacional, tan querida por la patria. En ese contexto, los libros subrayan el valor fundamental de la paz, clave de la prosperidad material: "Los mexicanos sabemos bien que la base del progreso y del bienestar... está en la paz que debe imperar en las relaciones de unos mexicanos con otros, y en su actitud comprensiva para con los demás pueblos" (4:183). Dicho valor, con su impulso de universalidad, rebasa el plano interno: "México ama la paz, la quiere para sí y desea la paz mundial" (3:14).

La conservación de la sociedad feliz exige la de su célula primaria, la familia, cuyos miembros asumirán diferentes cualidades. El padre, la responsabilidad. La madre, la abnegación. Los hijos, la obediencia; el

manual de tercero adopta el mandamiento cristiano de "honrar a los padres" (3:62-63). La escuela, igualmente, coadyuva a preservar el orden social armónico. El estudio, que permite "amar más a (la) Patria" (3:18), constituye la principal obligación del niño "para que más tarde se baste a sí mismo y pueda servir a los demás" (5:204). La educación gratuita eleva substancialmente la deuda del sujeto, quien deberá pagarla con su buen comportamiento: al escolar se le brinda "la oportunidad de ingresar en la escuela, a cambio del deber de estudiar y dedicar a sus tareas el mayor esfuerzo, respetar los reglamentos de la escuela y prepararse para llegar a ser un buen ciudadano" (5:205). El buen alumno llega a clase puntual y bien arreglado. Despliega afán de conocimiento, mesura y buenos modales que permiten una convivencia grata: Concha y Pedro

"están atentos a las explicaciones, deseosos de aprender. No pierden el tiempo conversando o distrayéndose. Siempre adoptan posturas correctas. Cuidan sus libros; se esmeran en sus tareas, ejercicios y trabajos. Cuando la campana llama a recreo no salen precipitadamente, aunque sí con animación" (3:65).

Aparte de esas normas diseñadas para regular, en forma mecánica, el espíritu y el cuerpo del alumno, los libros mencionan otra, la esencial: el respeto al maestro, similar al que se debe a los padres y, por extensión, al gobierno.

El comportamiento político

Los manuales ofrecen valores generales para orientar las acciones en la vida política. El primero es la libertad, equiparada a la ausencia de esclavitud (3:10), derecho propio del individuo, defendido por instinto: "El

sentimiento de la libertad ha impulsado siempre a los seres humanos a luchar por ella" (5:210). En forma correlativa, el afán de independencia va con la naturaleza del Estado. La paz y el orden, deseables cuando justos y legales (4:150), facilitan la materialización de la igualdad esencial entre los hombres (6:21), pero los conflictos y el uso de la fuerza imprimen su sello a la vida política. Los libros, según vimos ya, juzgan natural la resistencia a la opresión (4:154) (5:20) (6:90, 105). Consideran legítima incluso la revolución armada, en particular si no quedan otros caminos abiertos: "Estando así las cosas, no quedó más alternativa que ir a la revolución armada" (6:226). Celebran, a la vez, el heroísmo de la lucha obrera (6:180). No obstante, si la ley garantiza, como en México, la justicia social (6:238-239), sólo es válida la acción política dentro de cauces institucionales.

La postura definida de los libros respecto a formas de gobierno, ideologías y sistemas políticos, implica juicios de valor. Se perfilan netos el apego a la democracia (3:11) y el rechazo al caudillismo (6:219) y a la dictadura (4:150-151) (6:224). Los liberales son héroes (6:188, 219-220); los conservadores, villanos, la Iglesia incluida (5:143) (6:220). El manual de sexto año exhibe al capitalismo en su fealdad pero sin condenarlo irremisiblemente (6:180). No cultiva el odio visceral ni la admiración al socialismo (6:199). Induce, en cambio, a rechazar vigorosamente el fascismo (6:200-202).

En la esfera mexicana, para fines prácticos, los manuales exigen el respeto a las leyes porque son justas, garantizan el orden, la paz y los derechos individuales (3:111) (4:105) (5:205). La Constitución, ley suprema,

cúmulo de la experiencia nacional, merece afecto mayor (6:230). Los libros citan el voto, la participación en la defensa del país y el pago de impuestos (5:208) (6:234) entre las obligaciones cívicas para dar "a nuestra República el lugar que le corresponde entre los países de América y el mundo entero" (4:192). Por su parte, el gobierno, instrumento del pueblo para ejercer la soberanía (6:235-236), entidad depositaria de la ley, que protege a los mexicanos, les sirve y cumple promesas revolucionarias de libertad, justicia y prosperidad (4:183) (6:239-240), naturalmente ha de inspirar veneración. Si no fuera así, uno pecaría de ingratitud por obra de la pedagogía de la culpa, muy católica en su origen, que subyace a los manuales.

Los valores ambiguos para la vida internacional completan el ideario político. El tema de la patria amenazada (3:101) (4:98) y la denuncia de un orden mundial injusto (6:193), provocan recelo frente al mundo exterior. Los libros, con algunas salvedades, aunque admiten la fatalidad del expansionismo y la conquista en períodos lejanos, nutren aversión al colonialismo pues implica engaño, crueldad (5:49-52), explotación (6:35), desigualdad social, dependencia política e ineficiencia económica (6:215-216). La condena se extiende al imperialismo, abuso y coerción insufribles (6:186, 219). No conviene, sin embargo, que la violencia entre países inhiba un espíritu internacionalista:

"La historia nos enseña que la mejor manera de conseguir un avance completo en la cultura, en los sistemas de vida y en las relaciones humanas, está en saber apreciar y estimar las particularidades culturales de los otros hombres; en acceder a cambiar y adquirir conoci-

mientos nuevos; en resolver mesurada y pacíficamente los problemas entre los hombres y entre las naciones" (6:206).

Una "actitud comprensiva para con los demás pueblos" (4:183) llevará a la cooperación internacional: "A todos nos incumbe la obligación de ayudarnos mutuamente" (6:242). Realizará también afanes de absoluto, la fraternidad y la paz universales (3:28), generosa proyección de un ideal mexicano al mundo, así como la autodeterminación y el respeto a las soberanías extranjeras, principios que rigen la política exterior de México, emanan de su experiencia y de su propia ley (4:181, 183) (5:202-210) (6:241). La unidad latinoamericana en el sentido de un acercamiento entre países, valor antiguo pero lleno de vigor plasmado en los libros, expresa el universalismo, no lo niega (6:243).

Evaluación general

El desempeño jubiloso de su función en la vida productiva, la defensa de la unidad nacional en nombre de la patria y sin rencor por las diferencias sociales, el respeto al gobierno y a las leyes en señal también de patriotismo, son comportamientos que permiten saldar la deuda histórico-social por los múltiples dones recibidos, pero a la vez parecen destinados —no por coincidencia— a preservar el orden económico, social y político vigente. Carecería de sentido reprocharle al Estado mexicano su esfuerzo a través de la educación por subsistir, propio de cualquier Estado. Tampoco puede argumentarse la imposición, desde arriba, de ideas oficiales singulares, pues las normas éticas difundidas por los libros se nutren del

ambiente cultural muy amplio en el que está inserto el gobierno. Dichas normas no contradicen, corresponden a las preconcepciones y valores más arraigados en la sociedad mexicana, como el respeto a los padres, bajo los que late la influencia avasalladora del cristianismo. Iluminado por esos valores, el afán de unidad nacional encierra nobleza indudable. Lo justifica una historia que lleva las heridas de la fragmentación. No obstante, la unidad será ilusión, triste ironía, mientras las relaciones de dominio entre las clases—tan privilegiadas las menos, tan marginadas las más—perpetúen bloques sociales y culturales separados por distancias insalvables. Los primeros libros de texto, paradójicamente, propugnaban ideales de igualdad, justicia y fraternidad pero a la vez defendían el orden económico y social que impedía la realización de aquéllos. No correspondía a los libros solucionar los problemas nacionales, pero habrían podido contribuir indirectamente a su remedio si en vez de minimizarlos para alimentar la ilusión de un orden perfecto, digno de persistir, hubieran dibujado el rostro del país concreto, ansioso de cambios. La capacidad de autocrítica del Estado mexicano no se había desarrollado bastante para permitirlo.

Los nuevos libros de texto, aparecidos en 1974, en términos formales representan una gran innovación. El nombre de la materia cambia de "historia y civismo" a "ciencias sociales" para ilustrar la perspectiva más amplia de las obras. La presentación mejora sumamente: cada manual agrupa las ideas en capítulos y reproduce dibujos llamativos junto con abundantes fotografías. Los libros integran, además, información de actualidad—el derrocamiento de Salvador Allende en Chile, por ejemplo—y abordan materias complejas como el psicoanálisis, la teoría de la evolución y la lucha de clases, ilustradas con fotos de Freud, Darwin y Marx que hicieron enloquecer a los "padres de familia". La edición se distingue, a la vez, por una claridad conceptual mucho mayor y una pedagogía nueva que consiste en ofrecer más explicaciones y menos verdades hechas, en cultivar la reflexión ordenada mediante la coherencia de las demostraciones, en plantear preguntas—sin dar la respuesta como en el método del catecismo—a fin de nutrir un pensamiento crítico, y sugerir actividades fuera de la escuela que completen la formación, como la lectura de periódicos. Es muy notable, además, la preocupación histórica de los libros, que describen el desenvolvimiento de la humanidad entera y ubican los hechos en amplia perspectiva.

Con todo, la principal innovación radica en la consistencia del material. Los nuevos textos, obra de los mismos autores a diferencia de los primeros, no son ya reiterativos ni se contradicen. Los de primero y segundo años formulan conceptos básicos—la nación, el mundo, la economía—

a partir de vivencias infantiles cotidianas. El de tercer año aborda la vida en el campo y en ese marco inserta la historia prehispánica y de la Conquista. El volumen de cuarto año se refiere a la ciudad y a la historia de México desde la Conquista. Los libros de quinto y sexto años, finalmente, exponen la historia universal hasta la fecha.

Cabe preguntarse si las mejoras en la presentación implican innovaciones de similar magnitud en el plano de las ideas.

CAPITULO CUARTO.

VISION DE LA HISTORIA NACIONAL

(SEGUNDOS LIBROS)

En los nuevos libros de texto, la historia nacional, a diferencia de la universal, abarca relativamente poco espacio, pero la conciencia histórica se adivina con redoblado vigor detrás de cualquier enseñanza.

Lineamientos generales

La invitación a ubicarse temporal y geográficamente (2':67-69), despierta interés en el alumno por una materia que permite comprender cómo los pueblos "han ido construyendo nuestra civilización" (5':15). La historia sigue un sentido: "Lo importante en el estudio del pasado es distinguir los pasos que los pueblos han ido dando hacia adelante con enorme esfuerzo" (5':15). Los manuales no aclaran la meta de esa progresión lineal; se trata, a juzgar por las lecciones, del bienestar colectivo, físico y espiritual.

El libro de primer año introduce un concepto básico, el tiempo, y para empezar lo mide en función del individuo: "Irma recuerda que cuando tenía tres años, su mamá le leía cuentos. Ahora Irma ya sabe leer" (1':62-63). La medición es el perfeccionamiento de la niña: capacidad intelectual ampliada e independencia mayor. La memoria individual también registra el paso del tiempo: "Pedro tiene 7 años. Su papá tiene 35 años. Su abuelito tiene 60. ¿Quién tiene un pasado más largo? ¿Quién recuerda más

cosas? (1':64-65). El ejercicio de recordar será agradable, en principio, pues el transcurso de los años enriquece de experiencia al sujeto: "La abuela ha vivido muchos años. Sus fotos le traen recuerdos ... y le gusta contarlos" (1':65-67). Otra forma de medir el tiempo la proporciona el cambio tecnológico. El manual de primero contrasta las fotos de una plancha de carbón y una eléctrica, un quinqué y un foco, libros de texto antiguos y los actuales, un viejo autobús y uno moderno (1':68-69). Sin embargo, en el campo de los fenómenos humanos domina la continuidad: "Seguimos viviendo en familia. La gente compra y vende como antes. Los niños van a la escuela como los niños de otros tiempos. Desde hace mucho tiempo tenemos presidentes" (1':70-73). Mediante una extrapolación del plano individual al colectivo, la conciencia personal deriva en conciencia histórica: "México tiene un pasado. Tenemos un pasado común. Por eso tenemos los mismos héroes, la misma bandera y el mismo escudo" (1':74-75). Así como una persona se complace en sus propios recuerdos, asimilará con gusto la experiencia nacional más amplia de la cual participa: "Los países guardan cosas de su pasado. Las guardan en los museos" (1':76-77). Los objetos conservados, sustento material de la memoria colectiva, prueban el interés en aceptar la historia, incluso las épocas sombrías, seguramente a fin de conseguir la paz interna que permita bienestar y acción eficaz en el presente, base de un porvenir feliz: "Tenemos un futuro que vivir. Cuando crezcas, muchas cosas habrán cambiado. Todo lo que tenemos puede mejorar si nos esforzamos" (1':78-79).

El libro de segundo año reitera la importancia de conocer el pasado y sugiere a los alumnos realizar investigación histórica en los lugares que habitan (2':60-76), pues "el México de hoy ha surgido (4':217), es producto (6':188) de su historia". Ninguna etapa se pierde, todas coadyuvan al progreso nacional; la de luchas internas e intervenciones extranjeras en el siglo XIX "es confusa y triste, pero se estaba formando la nación mexicana y el camino era difícil" (4':145). Una concepción optimista de la herencia cultural—"las costumbres que heredamos de la gente que vivió antes que nosotros" (4':59)—lleva naturalmente a redactar una historia conciliadora que reconoce las aportaciones variadas de todos los mexicanos en épocas diferentes:

"Nuestros antepasados construyeron caminos, entubaron agua, inventaron canciones, sembraron árboles; unos pelearon por ganar la independencia, otros por acabar con leyes injustas, y todos trataron de mejorar la vida de los mexicanos" (3':27).

La aceptación de que México surgió del mestizaje, clave para una visión armónica de la historia nacional, dibuja pirámides e iglesias yuxtapuestas y bautiza a un niño Juanito Tetatzin Mendoza (2':61-62). Ello no implica, desde luego, renegar del antecedente prehispánico.

Las culturas prehispánicas

El libro de segundo año alaba por bella a la capital azteca: "México-Tenochtitlan e a muy hermosa" (2':77-78). El de tercero dedica un largo capítulo al mundo indígena, en el que abundan fotografías de objetos de arte y reproducciones de códices, así como elogios a las realizaciones de dife-

rentes culturas enriquecidas por su contacto mutuo (2':61-70, 78-81). Los mexicas en apogeo construyen "hermosos templos y palacios adornados con esculturas y tallas"; conquistan a muchos pueblos que pueden conservar "su gobierno, religión y cultura" pero a cambio de pagar "un fuerte tributo". Con la misma frialdad que al mencionar el imperialismo prehispánico, el libro describe la jerarquía en la sociedad azteca y expone la racionalidad de los sacrificios humanos: "Creían que el sol se desangraba diariamente en su lucha con Tezcatlipoca, dios de la noche, y le ofrendaban sangre para evitar que muriera y la tierra quedara en tinieblas" (2':71-77). Un comentario revela cierta nostalgia por el "paraíso perdido": "Cuando el Sol era rey de Mixtlán, Nochixtlán era una tierra fértil" (3':86). Nostalgia demasiado vaga para conducir a la inmovilidad. El libro sugiere, más bien, adoptar costumbres prehispánicas de utilidad práctica hoy día, como el trabajo en equipo (3':93). El texto de cuarto año habla solamente de los mayas, a quienes define como "alta cultura prehispánica" y elogia por sus avances en arquitectura, astronomía y matemáticas (4':55-58). El de sexto afirma que algunos grupos indígenas "desarrollaron culturas importantes" antes de la llegada de los europeos, "pero en aquel entonces México no era una nación, sino que cada grupo formaba una nación diferente" (6':188). Por tanto, los nuevos manuales admiran el pasado prehispánico, una raíz del México actual, pero no lo idealizan. Correlativamente, asimilan sin pena la Conquista.

La Conquista

El libro de segundo año ofrece una breve reseña:

"Los mexicas, a pesar del gran valor con que pelearon, fueron vencidos. Como la lucha fue tan dura, la ciudad quedó casi destruída. Los indígenas que quedaron y los españoles empezaron a construir lo que hoy es la ciudad de México" (2':78).

El texto alaba, sin pasión, la resistencia indígena, natural y propia de una cultura vigorosa. Los españoles vencen por la superioridad de sus medios: habían construído barcos para rodear la ciudad. El libro no oculta la violencia pero tampoco la resalta. Insiste en la reconstrucción que principia al término de la lucha, obra conjunta de españoles e indios en aparente plano de igualdad.

El manual de tercer año equipara la Conquista a la llegada de "una nueva técnica" (3':104-105). Describe a los españoles motivados por ambición: "Los exploradores ansiaban conocer tierras nuevas y ambicionaban riquezas. (Cortés) organizó una expedición en la que se alistaron muchos españoles ansiosos de fama" (3':108). Los conquistadores vencen porque aprovechan las rivalidades indígenas (3':111) pero sobre todo gracias a su "técnica superior" (3':116). Moctezuma era culto y no cobarte. Cedió ante los españoles "porque creía que Cortés era Quetzalcóatl mismo" (3':112). La resistencia de Xicoténcatl, Cuicláhuac y Cuauhtémoc, legítima respuesta a la invasión, no merece demasiados elogios (3':111-112). El libro reproduce un poema que expresa todo el horror de la Conquista: "En los caminos yacen huesos rotos, los cabellos están esparcidos. Destechadas

están las casas, enrojecidos tienen sus muros" (3':113). El valor inherente al testimonio justifica su inclusión. Además, no se condena a los españoles. Sólo aparecen, por ejemplo, alusiones indirectas al suplicio de Cuauhtémoc, cuya muerte ha dejado de pesar sobre Cortés: "Cuauhtémoc fue hecho prisionero en el último momento. Y todavía pasaría muchas penalidades antes de morir ahorcado en Tabasco" (3':114). El texto realiza un balance muy favorable de la Conquista:

"En la Nueva España, muchas costumbres, técnicas, ideas, desaparecieron, pero otras se conservaron. La cultura indígena y la española se fueron mezclando y juntas harían nacer una nueva cultura. Los indígenas y los españoles también se mezclaron, y de ellos nacimos los mestizos, o sea nosotros, los mexicanos" (3':117).

El manual de cuarto resume la Conquista en un dibujo formado por seis cuadros (4':68-69). Uno de ellos representa a un soldado español que desembarca de una carabela seguido por un misionero. Aquél lleva un arma de fuego, y el religioso, una cruz. Otro conquistador, ya en tierra, levanta su mano derecha con una espada ensangrentada al tiempo que arranca, con la izquierda, su collar de oro al indio que acaba de matar. Ejemplo también de la destrucción, un misionero gordo arroja documentos prehispánicos a una pira, con vigoroso gesto despectivo. En cambio, un fraile que dicta lecciones a varios indígenas, los ilustra con dibujos de motivos cristianos adaptados a la forma de los códices mexicas. Otros religiosos dirigen la construcción de iglesias, defienden a los indios de los encomenderos, y supervisan la elaboración de tratados de botánica e historia. La conquista espiritual repara los estragos de la violencia. Si persistiera

rencor hacia los españoles, el libro hace ver lo imposible de juzgar el pasado con valores presentes, en virtud del relativismo histórico:

"¿Con qué derecho se apoderaron los españoles de tierras que pertenecían a los indios? Hoy esto nos parece muy injusto, pero hace 450 años muy pocos pensaban así ... Los europeos creían justas sus guerras y conquistas porque así se extendía el cristianismo por todas partes" (4':66).

Además, el libro de cuarto afianza el orgullo del mestizaje: "En nosotros, los mexicanos de hoy, se unen muchas herencias. Por todo nuestro territorio encontramos huellas de esas herencias: bellos monumentos prehispánicos y hermosos edificios coloniales" (4':60).

El volumen de sexto año repite que los españoles vencieron porque "tenían una técnica superior y se enfrentaban a indígenas que a veces eran enemigos entre sí" (6':188). La Conquista ya no duele porque fue un acto de creación. Engendró al país que se desarrolla durante la Colonia.

La Colonia

El período virreinal, según el libro de cuarto, produjo un arte notable y vio la mezcla de razas. Empero, los indios sufrieron explotación, y los grupos de sangre combinada, marginación política y social en provecho de los españoles. El manual no destaca ya méritos personales de ningún virrey o misionero (4':92-96). El libro de sexto subraya que durante la Colonia "se formó una nueva cultura y empezó a constituirse lo que sería después de 1821 la nación mexicana" (6':188). Dicho proceso no excluye la tensión. Lejos de eso, los profundos antagonismos en la sociedad virreinal combi-

nados con una influencia externa, las ideas de la Independencia Americana y la Revolución Francesa, precipitan la lucha por la emancipación de la Nueva España (4':98-100).

La Guerra de Independencia

El texto de cuarto año reconoce a Hidalgo el mérito de iniciar la guerra que más tarde prosigue Morelos (4':103-107), pero la acción de los héroes cobra realidad en el ambiente social que los produjo, analizado mejor en los libros actuales comparados con los anteriores. Diversas clases apoyan la causa de la Independencia: "Así, para fines del siglo XVIII, los indios, mestizos y criollos empezaron a sentir un gran descontento" (4':99). El malestar por la injusticia y la imposibilidad de ascender unen a grupos heterogéneos, pero sus diferencias sociales tan marcadas al final determinan aspiraciones divergentes:

"A los conspiradores de La Profesa no les interesaba mejorar la situación del pueblo, sólo querían paz e independencia para no tener que aceptar la Constitución de Cádiz. En cambio, los insurgentes, como Hidalgo, Morelos y Guerrero, no sólo querían la independencia, sino luchar hasta terminar con muchas injusticias" (4':112).

Los privilegiados buscan la independencia política en tanto que los demás grupos añaden reivindicaciones sociales. Iturbide, encargado por los conservadores de pacificar el territorio, no logra vencer a Guerrero. Le propone entonces 'unirse con él para conseguir la independencia. Después de todo, los dos grupos la deseaban, aunque por razones diferentes" (4':112). Guerrero "quería mejorar la situación del pueblo mexicano", pero conscien-

te de sus limitaciones, "por amor a su país, aceptó la proposición y unió sus fuerzas a las de Iturbide" (4':112). Así como en los primeros libros, la noción de un país victorioso en su conjunto y del interés nacional superior, consuela de que la independencia no haya traído los cambios sociales anhelados.

El siglo XIX

El nuevo Estado tropieza con graves dificultades. Las diferencias entre mexicanos acerca de la mejor forma de gobierno, aunadas a problemas económicos, desgarran a México y propician intervenciones extranjeras. La Constitución federalista de 1824 evita el desgajamiento del país, aunque no remedia el clima de inestabilidad política (4':139-141). La de 1857 aviva la oposición de los conservadores, Iglesia y ejército en particular, quienes desatan la guerra civil (4':149-150). La reseña de los conflictos internacionales de México durante el siglo XIX, no traduce amargura profunda en el libro de cuarto año. "La falta de dinero hizo imposible reconquistar Texas", que se integró a Estados Unidos fácilmente por haberse poblado de anglosajones (4':142-143). Con la Guerra de los Pasteles, México pagó a Francia "una cantidad injusta y exagerada" (4':143). El manual atribuye la más hiriente, la Guerra del 47, al expansionismo americano sin enfatizar, como los libros anteriores, la debilidad de México. Esta visión, aunque extremadamente acusadora, a juzgar por el tono de las frases no cultiva un odio insuperable al vecino del norte. Más bien, el optimismo histórico transforma la derrota en ganancia:

"Muchos mexicanos no se habían dado cuenta de que lo eran, pero, por primera vez, se sintieron mexicanos frente al enemigo, y comprendieron la importancia que tiene la unión nacional" (4':145).

Si los nuevos libros enfatizan el papel de los actores colectivos—clases sociales, pueblo, partidos—a los que ubican siempre en su contexto, no exageran ya la importancia del individuo en la historia. Juzgan a los grandes villanos con menor pasión y los rehabilitan, incluso, porque su debilidad era también la de su época. Santa Anna, por ejemplo, "a pesar de sus numerosos defectos, era popular, porque lograba organizar ejércitos con poco dinero, y porque se enfrentaba, aunque sin éxito, a los enemigos de la joven nación" (4':146). Maximiliano, figura tradicionalmente condenada por la historia oficial, esta vez gana un perdón que lo transforma casi de usurpador en víctima: "Era un hombre culto y, para sorpresa de los conservadores que lo habían traído, resultó tener ideas liberales y puso en vigor las leyes de Reforma" (4':151). A su vez, los héroes recuperan figura de hombres. Juárez mantiene el primer sitio porque "desempeñó un papel muy importante" en la Reforma (4':147), pero despojado de los atributos divinos que le asignaban los primeros libros para transformarlo en objeto de culto.

El manual de sexto añade que México empezó a "depender económica y técnicamente de la Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos" en el siglo XIX (6':189).

El Porfiriato

La dependencia empeora bajo el Porfiriato, "paz" y "prosperidad" inadmisibles porque se dan en el marco de una dictadura. "Díaz aprovechó el cansancio del pueblo mexicano causado por el desorden y la guerra y se propuso imponer la paz a cualquier costo", a fin de restablecer el crédito de México y atraer capitales extranjeros (4':155). La "prosperidad porfiriana" se apoyaba en la construcción del ferrocarril, obra admirable que "permitió el florecimiento del comercio, la agricultura y la minería" además de fomentar un desarrollo industrial limitado y la eficiencia de algunos monocultivos para la exportación (4':155-160). No obstante, la paz del Porfiriato nunca llegó a ser completa, y lo peor, se fincaba en represión: "A pesar de que la paz no fue total, mediante numerosos policías y soldados se mantuvo el orden" (4':155). En otras palabras, "Díaz gobernó como dictador", centralizó el poder en su persona, aprisionó libertades y reprimió huelgas (4':161). Por lo que hace a la prosperidad, "sólo favoreció a unos cuantos mexicanos y a los extranjeros que conseguían permisos para explotar nuestros recursos" (4':156). En el terreno económico, los mayores pecados de Díaz fueron el conceder gran apoyo a los inversionistas del exterior y el permitir la creación de latifundios (4':156-157). El nuevo libro de cuarto coincide, por ende, con los anteriores en rechazar el modelo porfirista debido a su enorme costo humano, represión y marginalidad que desatan la lucha revolucionaria:

"(La matanza de Río Blanco) fue una cosa muy triste que mi papá siempre nos contaba. Por eso él se fue a la Revolución a pelear para que estas cosas no volvieran a suceder en México" (4':195-197).

La Revolución

El manual de sexto define la Revolución Mexicana como una lucha por "terminar con la dependencia económica y mejorar la situación de las clases populares" (6:189). El de cuarto año presenta la narración más detallada. Madero, "aunque era ... rico, ... sabía que en México existían grandes problemas que era necesario resolver", e inició una lucha apoyada por amplios sectores, pues

"aparecieron varios jefes que tenían una relación muy estrecha con el pueblo, especialmente con los campesinos y que lograron arrastrar a la revolución a mucha gente. Los jefes más importantes fueron Emillano Zapata y Pancho Villa" (4':200).

Zapata, campesino del estado de Morelos, quería "devolver a sus paisanos las tierras que habían ido perdiendo". Villa "trabajaba en el campo de Durango y Chihuahua, y ... resultó ser un buen general" (4':200). La heterogeneidad de los que participan—no subrayada bastante por el libro, a nuestro juicio—determina concepciones variadas de la lucha. Madero suscribía la acción legal que implicaba "solucionar poco a poco todas las injusticias". Villa y Zapata, en cambio, eran partidarios de la acción violenta para "cambiar todo rápidamente" (4':203). Durante su gobierno, Madero padece las intrigas de diplomáticos extranjeros. Huerta manda asesinarlo e indigna a México al grado de precipitar la Revolución Constitucionalista. Carranza la dirige, y cuando triunfa, llama a un Congreso que reforme la

ley suprema del país. Este prefiere elaborar un nuevo documento, más útil para corregir los problemas nacionales. Redacta la Constitución de 1917—"un gran esfuerzo para proteger los derechos de todos los mexicanos" (4':207)—cuyos mandatos originan, sin embargo, graves conflictos que estorban a la pacificación. "Algunos de los grandes jefes revolucionarios, como Carranza, Zapata y Villa fueron asesinados" (4':208). La legalidad triunfa con el paso de los años. Obregón y Calles inician la reconstrucción nacional (4':208-209). El libro de cuarto año muestra la diversidad de facciones en la lucha revolucionaria, pero no examina detalladamente la composición de las mismas, por ende tampoco discierne la razón última de sus conflictos. La renuencia al análisis social, como en los primeros libros, vuelve a dejar parcialmente en el misterio el desenlace de la Revolución, los alcances y límites de la lucha armada y sus consecuencias a futuro.

Los "gobiernos revolucionarios"

La etapa que marcan los "gobiernos revolucionarios" no es ya una época de oro, aunque sí de logros fundamentales y bienestar general. El libro de segundo año, al referirse a Malinalco, incluye juiciosamente una foto del palacio municipal entre las de la escuela primaria, la secundaria y una clínica. Los comentarios relativos al cambio material, llevan implícitos elogios a políticas gubernamentales:

"Cuando mi abuelito era chico trabajaba de peón en una hacienda muy grande. Pero hace 40 años, las tierras de la hacienda se dividieron entre los peones, y el abue-

lito tiene desde entonces su pedazo de tierra que todavía cultiva ... En la noche todo estaba oscuro y la gente alumbraba sus casas con velas ... Ahora hay también luz, teléfono y televisión" (2':67).

El manual de tercer año sugiere que los problemas no resueltos no disminuyen los logros. Ojo de Rana, por ejemplo, no dispone de suficientes maestros, pero los niños ya pueden terminar su educación primaria en San José de Gracia (3':34). Más directo, el libro de cuarto año alaba la figura de Cárdenas:

"Se propuso cumplir con algunas de las promesas de la Revolución que habían llegado a ser sólo leyes escritas ... Pensó que el país tenía que dominar sus empresas industriales más importantes" (4':213).

El texto describe luego el proceso mexicano de industrialización. No menciona por su nombre a gobernantes pero exhibe la bondad de su modelo económico: "En nuestro país hay muchos problemas ... pero sin duda la vida ha mejorado para muchos" (4':217). El manual de sexto año confirma, sin el triunfalismo tan marcado en los primeros libros, que la administración de los regímenes contemporáneos arroja un balance favorable: "Sin duda el esfuerzo que han hecho los gobiernos revolucionarios por multiplicar escuelas, viviendas, comunicaciones y servicios es impresionante" (6:193).

Evaluación general

Los nuevos libros de texto, al igual que los precedentes, finalizan la crónica de la historia nacional con buenos augurios. Aquéllos cultivaron, sin embargo, mayor satisfacción por cada etapa. Alabaron sobriamente las culturas prehispánicas. Describieron la Conquista en un lenguaje sere-

no para infundir el orgullo del origen nacional. Dibujaron la vida colonial sin nostalgia o rencores que nublaran su objetividad. Los manuales subrayan el papel de las fuerzas sociales, no el de los héroes, en su crónica de la lucha por la independencia. Hacen lo mismo en la reseña del agitado siglo XIX e introducen una idea reconfortante: que ningún período histórico transcurre en vano, ni siquiera el más desdichado, pues todos coadyuvan a la madurez de la nación mexicana. Los términos del rechazo al Porfiriato se conservan inalterados. El examen de la Revolución quizá no gana mucho en profundidad respecto a los libros anteriores. Finalmente, la presentación de los "gobiernos revolucionarios" ha moderado su tono. Ya no los glorifica pero tampoco renuncia al optimismo. Optimismo que en los nuevos libros impregna completamente a la historia mexicana, menos visceral que antes, por ende más lúcida y llena de fuerza explicativa.

CAPITULO QUINTO
CONCEPTOS CENTRALES
 (SEGUNDOS LIBROS)

La visión feliz de la historia nacional, ¿hasta qué grado transforma la percepción del mundo? No tanto como podría pensarse. Las ideas relativas al hombre, la sociedad o la política, si bien las condiciona la imagen del pasado forjada por los manuales mismos, obedecen también a circunstancias amplias—el interés del orden vigente en subsistir—que las dotan de una vida propia. De otra forma, no se explicaría la continuidad fundamental de nociones medulares entre los primeros textos y los nuevos, pese a la mayor confianza de los segundos al exponer la historia mexicana. Los libros actuales ahondan en conceptos formulados por los anteriores. A veces los modifican e introducen algunos más, pero no muchos.

La concepción antropológica

En el plano antropológico, reaparece el doble postulado de la sociabilidad y la facultad de pensamiento que originan el avance humano: "En cada región ... los hombres se establecieron, se organizaron ... y, durante la convivencia, desarrollaron una cultura" (5':9). Los manuales confirman también la igualdad esencial de los hombres (2':42-43), base de una convicción delineada en los primeros libros y subrayada por los nuevos, más abiertos al mundo: la unidad de la experiencia humana. A primera vista, la gente difiere: "Nos quedamos mirando la corriente de caras morenas,

negras, blancas, marfileñas" (5':8). El medio acentúa las diferencias porque los grupos humanos se adaptan de modo específico a diversas condiciones materiales (5':10-13). No obstante, "en cada región ha pasado lo mismo" (5':9). Los hombres buscan seguridad, desarrollan técnicas, se dan un gobierno.

"En todas partes las casas sirven para que las personas duerman, coman, jueguen, trabajen y estén con la familia. Todos los niños del mundo comen como les enseñan sus papás" (2':36-37).

El avance tecnológico no implica superioridad inherente a un grupo humano. Las costumbres de un pueblo no son mejores o menos buenas que las de otro, sólo diferentes, y en el fondo todas expresan, cada una en forma singular, constantes culturales básicas (3':20) por cuya virtud la humanidad es una, fruto de su pasado común (3':21) y en evolución hacia metas compartidas de perfeccionamiento (5':14). La razón descubre la identidad de los hombres, invisible como cualquier esencia pero más real que la multiplicidad aparente a los sentidos: si los niños del mundo se reunieran, "cruzando tierras y mares llegarían muy alegres, si por fuera diferentes, por dentro todos iguales" (2':43).

La condición femenina, sobre todo, exhibe facetas variadas a primera vista. En perspectiva global, desde el siglo XIX se perfila una tendencia, la integración de la mujer a la vida productiva: "Con el paso del tiempo y con mucho esfuerzo, las mujeres han demostrado que pueden estudiar y trabajar como cualquier hombre" (6':103). En el medio rural mexicano, sin embargo, una rutina agobiante que exige combinar tareas domésticas y

labores del campo, aprisiona a la madre y a la abuela: "La mamá no para un momento: entre preparar la comida, acarrear agua, limpiar la casa, lavar ropa, dar de comer a los animales, la mañana se le va en un santiamén" (3':37). La denuncia de la desventaja femenina no lleva, empero, a exigir que se transformen las relaciones internas de la familia rural, en aparente armonía con la naturaleza.

Los nuevos libros repiten que los niños, "una parte muy importante de la humanidad" (6':154), deben gozar de una condición privilegiada (6':193) para realizar su potencial: "Un bebé necesita la atención de toda la familia para que se críe bien y aprenda muchas cosas" (4':80). El volumen de sexto reproduce fragmentos de la Declaración de los Derechos del Niño emitida por la ONU.

Los nuevos libros coinciden con los primeros respecto a las cualidades fundamentales del hombre. En cambio, ya no lo definen sujeto, por esencia, de obligaciones. Un afán de universalidad relativamente mayor anima a su concepción antropológica y subyace también a la idea de cultura, muy próxima de la que divulgaban los manuales anteriores.

El plano de la cultura

La cultura abarca, implícitamente, las realizaciones materiales, artísticas e intelectuales de un pueblo. Supone, a la vez, una organización económica, política y social compleja:

"Los hombres ... desarrollaron una cultura; es decir, adquirieron técnicas, se comunicaron por medio del lenguaje e intercambiaron productos, aprendieron a gobernarse y mantuvieron la vida del grupo por medio de instituciones" (5':9).

El desarrollo cultural se apoya en el agrícola, origen de la vida sedentaria (5':63). Por otra parte, no existe cultura aislada o suprema. Cada una descubre a las demás, se enriquecen mutuamente y llegan a fusionarse para engendrar nuevas culturas. Incluso la más refinada es tributaria de las que precedieron: "Así como los griegos habían aprendido de otros pueblos, los romanos aprendieron de los griegos" (5':85). El aprendizaje supone, más que imitar, asimilar orgánicamente las aportaciones del exterior: "Los romanos tomaron elementos de la cultura de los pueblos vencidos ... pero ... imprimieron el alma latina en su cultura: la preocupación por la moral y el orden" (5':93). Un mayor desarrollo tecnológico no indica superioridad absoluta (3':104-105). Las diferencias culturales se deben a las geográficas (2':34-41): "son el resultado de las soluciones que los hombres dan a sus problemas en medios distintos" (6':197). Visto el parecido de dichos problemas por debajo de la diversidad, conviene que los grupos humanos intercambien experiencias. Las migraciones (5':14) y el comercio (3':65, 67, 79) (5':50), en particular, lo propician. La imposición de una cultura, acercamiento extremo, permite fortalecer el dominio sobre un pueblo (5':14). Debido a un estímulo inherente, las ideas y las costumbres procuran difundirse, pero incluso cuando no provocan el expansionismo en forma directa, la conquista espiritual debe complementar la de las armas (5':85, 92). Aquélla puede ser inicio de creaciones notables. El

caso mexicano ejemplifica la síntesis de la cultura local y la venida de fuera: "Los españoles dirigían a los artesanos indígenas, pero la mano de estos obreros dejó su huella; por eso, el estilo barroco americano es tan distinto del español" (5':163). En el plano cultural no puede haber gradación: "Aunque una cultura sea distinta de otra, esto no quiere decir que sea ni mejor ni peor, sólo que es diferente" (6':68). Además del sentido de relatividad, la cultura universal en expansión, globalizadora y por tanto igualadora, niega la posibilidad de una jerarquía entre los pueblos:

"Con el correr de los siglos, los pueblos han ido reuniendo los hallazgos de cada uno ... y han formado un gran depósito cultural que pertenece a todos los hombres, y que aproxima a los pueblos" (5':14).

Los nuevos textos repiten, desde los primeros grados y con mayor energía, las ideas que los libros anteriores—en particular el de sexto año—habían formulado en torno a la cultura. Las ediciones coinciden también al definir los ingredientes de la misma.

La religión, primer intento de explicar los fenómenos naturales (5':29), impulsa el desarrollo artístico y literario (5':77, 85) y consolida el poder temporal: "Para unificar al imperio, los incas obligaron a todos los habitantes a tener la misma religión" (5':64). Los manuales reconocen una gran importancia a las religiones en el mundo prehispánico (3':65, 67, 71, 74). La católica brindó un símbolo, la Virgen de Guadalupe, que unificó a los mexicanos en la Guerra de Independencia (4':105). La filosofía tiende a superar las explicaciones religiosas. Conduce a "respuestas verdaderas" a través del "razonamiento" (5':86). La ciencia, cuyas propuestas "siem-

pre están sujetas a examen y comprobación" (5':20), y su derivado, la técnica, permiten explotar mejor los recursos naturales (3':122). Por la identidad fundamental de la condición humana, todos los hombres "han aprendido las mismas cosas" y "han aprendido unos de otros" (3':22); conforme supieron más, tuvieron que especializarse (5':178, 181). En el mundo actual, la ciencia y la técnica representan, con la industria, "el poder y la riqueza de un país" (6':106). Deben servir, en principio, para hacer más fácil la vida". No obstante, la mala aplicación de muchos inventos ha "terminado por causar graves daños" (6':105). El potencial destructivo del conocimiento científico resulta más temible por el hecho de que los países desarrollados, únicos en posibilidad de fomentar la investigación, gracias a ella "son cada vez ... más poderosos y más peligrosos, porque disponen de una técnica avanzada y de una industria que puede fabricar armas terribles" (6':157). Ojalá los países aplicaran la ciencia y la técnica sólo a fines de bienestar (6':161). El arte nace en condiciones materiales propicias que dejan a los hombres tiempo libre para desenvolver la creatividad (5':29). Mutable por naturaleza, se adapta "a las nuevas costumbres" (6':111) y suele reflejar, como el muralismo mexicano (4':211), el ideal sociopolítico de quien lo patrocina. En cuanto a las ideas, "las ... que han hecho progresar a la humanidad no han aparecido de repente, sino que se han formado poco a poco, reuniendo la experiencia y los estudios de muchos hombres y pueblos" (6':107). Se difunden empujadas por una dinámica propia (4':100), hoy día con mayor facilidad gracias a los medios de comunicación (6':25). Pueden cohesionar a los hombres y precipitar revoluciones (6':39).

En los nuevos libros, la definición de la cultura y de sus componentes no introduce cambios respecto a los primeros manuales, si bien ha ganado mucho en claridad y en vigor. Nutre una conciencia más viva de universalidad.

La vida material

El cuadro de la economía encierra mayores novedades a pesar de la similitud básica entre las dos ediciones.

La imagen de la naturaleza, por ejemplo, conserva su ambigüedad. Los libros alguna vez describen un medio agresivo y hostil: "La tierra de nuestro país es rugosa en gran parte ... México es un país de pocos ríos ... (En los desiertos de Sonora), durante gran parte del año, hace un calor sofocante, pero también hay días muy fríos en el invierno" (3':120). Vuelve a predominar, sin embargo, la visión de la naturaleza bella (3':44), rebo-sante de generosidad (1':33): "Los árboles purifican el aire y ayudan a que la tierra dé buenos frutos" (2':13). El ambiente condiciona la vida de pequeños poblados (3':141) y de civilizaciones enteras (5':32-35, 41-43), pero también es verdad que los hombres lo modifican gracias al trabajo (2':14): "Así cada grupo ... se adaptó al medio para sobrevivir; pero en esta lucha diaria fue descubriendo técnicas y transformando el medio" (5':12-13). El genio humano, al final, se impone a la naturaleza (5':25). La explotará válidamente (3':70, 72, 122) a condición de no agotar sus recursos (4':75).

Los nuevos libros postulan un afán intenso de acceder a la propiedad privada: "Los peones campesinos de las haciendas y ranchos deseaban tener un pedazo de tierra propio" (4':202). Los agricultores de Sonora, ejemplo a seguir, fincan su prosperidad en "su" parcela y en "su" camioneta (3':126); ello no impide que existan ejidos colectivos cerca de granjas privadas (3':134-135). Los manuales no examinan el régimen de la propiedad fuera del sector primario.

Un libro confiere un sentido cósmico al trabajo: "Mucha gente trabaja en Pajaritos y su trabajo es importante no sólo para ganarse la vida: es importante para México y para los consumidores de todo el mundo" (4':134). Si la explicación anterior no bastara, el texto recuerda necesidades de las familias "que sólo se satisfacen con dinero que se gana trabajando" (4':135). Uno trabaja "para vivir" (3':20). Entra luego en relaciones de intercambio armónicas, justas, en última instancia impersonales, con la demás gente (2':27-29). La perspectiva de la inequidad y la explotación no halla cabida. Los niños, mientras no se integren a la fuerza laboral, sólo obtienen beneficios de la organización económica: "Fíjate cuánta gente trabaja para que tú comas fruta" (1':40-41). Los manuales reconocen, empero, la frecuencia del trabajo infantil en México. No la deploran demasiado aunque tampoco la exaltan: "Pepe tiene que trabajar para ayudarnos", dice su padre (4':128). El trabajo, si bien ha perdido el anterior significado de patriotismo, constituye aún—porque el esfuerzo humano supera cualquier dificultad—la base del auge material deseado por México (3':121-123). Una labor en equipo da resultados magníficos (2':30-31), pero la división de funciones,

es decir, la jerarquía según la capacidad, parece natural y conveniente: "Las fábricas ... tienen ingenieros y técnicos que han estudiado y conocen la forma más rápida y barata de hacer un producto. Estas personas preparan un plan de trabajo que van a cumplir los obreros" (4':190). La importancia variable de diferentes labores legitima la disparidad de los salarios: "Del trabajo de los ingenieros técnicos y supervisores dependen (sic) el trabajo de todos los demás y por eso estas personas reciben un sueldo más alto que los obreros" (4':191). La justificación última de la desigualdad reside en la eficiencia económica: "En esta forma, los artículos se hacen entre todos, más rápidamente y en mayor cantidad, por eso se pueden vender más baratos" (4':191). Varias culturas han despreciado las tareas manuales: "Los gobernantes, sacerdotes y guerreros (de Mesopotamia) formaban una clase privilegiada, porque la gente los respetaba, y no desempeñaban trabajo físico" (4':44). En cambio, la función intelectual generalmente ha investido al hombre de poder y dignidad (3':27) (5':33, 35). Sin embargo, en el México de hoy "todas las actividades son importantes y necesarias. Los campesinos y trabajadores producen los bienes que todos necesitamos ... pero necesitamos también técnicos y profesionistas" (6':196). Desempeñar los trabajos de la ciudad, "más complicados" pero no mejores que los del campo, supone "una preparación diferente" (4':181). La producción artesanal, abierta a la imaginación, recibe los mayores elogios (4':84).

Los nuevos libros alaban la ciencia y la técnica aplicadas a resolver problemas, orgánicamente vinculadas a la realidad nacional: "El verdadero

laboratorio del CIANO (Centro de Investigación Agrícola del Noroeste) está en las parcelas" (3':131).

La vida económica persigue el desarrollo, sinónimo de industrialización, técnicas modernas, óptimo aprovechamiento de los recursos naturales y alto nivel educativo (6':106). Ello recibe otro nombre, el de modernización, que para ser verdadera exige cambios también de la sociedad y del sistema político (6':75, 120).

El subdesarrollo, concepto nuevo en los manuales, designa el estadio opuesto pero no ajeno al desarrollo sino producto del mismo: "(Los países subdesarrollados) con frecuencia son víctimas de los desarrollados" (6':106). Aquél se distingue por la concentración de la riqueza en pocas manos, el desequilibrio entre el medio rural y el urbano, y la marginalidad en las ciudades (6':181-182). Su origen se remonta al siglo XIX, cuando los capitales de países ricos penetran regiones atrasadas en busca de utilidades, sin interés alguno en mejorar las condiciones de vida (6':182, 189). En el siglo XX, algunas inversiones nacionales relevan en parte a la extranjera, pero siguen beneficiando nada más a "pequeños grupos urbanos" (6':182).

"Con esta situación tan injusta, no es de extrañar que los movimientos revolucionarios sean constantes ... A estos movimientos se les ha llamado anti-imperialistas, porque intentan romper la dependencia económica que tienen los países subdesarrollados con los países industrializados" (6':183).

La definición del subdesarrollo, a pesar de que dibuja los síntomas claramente, resulta muy discutible pues al explicar el fenómeno como un producto histórico de circunstancias mundiales o exteriores, olvida sus causas inter-

nas: la estructura social y el sistema político de los países subdesarrollados que los mantienen en esa condición.

De vuelta al caso mexicano, los nuevos libros delinean—con menor precisión que los anteriores—un modelo para el desarrollo guiado por el nacionalismo, principio rector de la economía en cada vez más países (4':213) (6':176). El volumen de tercero menciona la investigación agrícola bajo patrocinio oficial (3':131). El de cuarto alude a CORDEMEX, empresa estatal creada "para dar empleo" (4':48). El de sexto año celebra las expropiaciones cardenistas (6':136-137), y la variante de la primera edición, en contra de la voluntad original de los autores, subraya el papel constructivo del Estado en la vida económica: "¿Recuerdas que desde los días posteriores a la lucha armada se multiplicaron los caminos, las obras de riego, las escuelas y las empresas?" (6':192). Con todo, la presencia del gobierno en la economía brilla mucho menos a través de los nuevos manuales que de los primeros, y su objetivo no aparece ya expuesto en detalle. El sindicalismo organizado por el gobierno de Cárdenas (6':136) para defender a campesinos y obreros, significa una victoria de la Revolución. Los libros admiten por primera vez la existencia de corrupción sindical, que los trabajadores pueden suprimir si eligen representantes honestos (4':197).

Los manuales atribuyen, nuevamente, una misión definida a los sectores económicos. Los dibujos muestran un ideal de prosperidad en el agro: árboles frondosos, terrenos verdes o dorados, casitas alegres, ríos, animales gordos y tractores (1':18-20) (2':48). Algunos pasajes idealizan la

vida campestre, serena, rutinaria y apegada al ciclo de la naturaleza (3': 47), pero la descripción de problemas en el medio rural matiza el cuadro idílico. Los libros enaltecen la agricultura, germen de la civilización (3': 24-25) (5':29). Creen posible y recomiendan, para fomentar el desarrollo del campo en el México moderno, extender la Revolución Verde aplicada en Sonora (3':133). El modelo sonorense no erradicó las desigualdades (3':125). La prosperidad, sin embargo, fluyó gradualmente hacia todas las capas de la población en el Estado, luego a las regiones vecinas (3': 126), y finalmente, al país, beneficiario en conjunto de la mayor producción (3': 136). Resurge un tema conocido, el proyecto nacional que unifica a los mexicanos por encima de las diferencias sociales: "Los ejidatarios, pequeños propietarios, peones, técnicos, agrónomos, biólogos, toda la gente del valle tiene la misma tarea: trabajar para que la tierra produzca más (3': 126).

Las imágenes de la ciudad, a diferencia de las del campo, forjan una impresión muy negativa. Es verdad que un dibujo (2':49) muestra calles animadas, tiendas, cines, autobuses, luz multicolor. Otros plasman (1': 20-21), al contrario, la frialdad y la impersonalidad de una gran urbe, severos edificios que se pierden a lo lejos en una masa informe hasta confundirse con el cielo gris. El mensaje escrito reitera lo angustioso y opresivo de la vida en la ciudad, particularmente en la capital: exceso de población, territorio enorme, problemas de abastecimiento, insalubridad y contaminación (4':168-173). La experiencia urbana es la soledad: "(Las personas) pocas veces pueden visitar a sus familiares o a sus amigos porque

a menudo viven muy lejos unos de otros" (4 :31). Los libros evocan el triste panorama con un objeto indudable, desanimar la emigración del campo, en particular hacia el Distrito Federal:

"En la ciudad de México ... viven miles de personas que vienen del campo en busca de trabajo. Casi todas son pobres y no están preparadas para desempeñar la mayoría de los empleos que la ciudad ofrece. Tampoco hay bastantes oportunidades de trabajo, ni viviendas disponibles para los que llegan" (4':177).

Ello no impide a los nuevos manuales reiterar que la industria, base del poder en el mundo contemporáneo (6':106), representa la meta de cualquier país (6':156).

El desarrollo industrial no excluye al agrícola. Los libros dibujan un paralelismo entre la ciudad y el campo (1':34-37), estrechamente ligados en razón de la interdependencia (1':38-43) (3':48-52, 57). El comercio fortalece los vínculos entre regiones y sectores económicos (3':33, 85).

Además de formular principios generales para el desarrollo, los manuales juzgan el de México, país cuya industria recibe el estímulo de la Segunda Guerra, crece mucho y da lugar a una rápida urbanización, lo cual se traduce en niveles de vida superiores (4':215). No puede hablarse, empero, de logros absolutos. La gran innovación de los segundos libros es que han abandonado el triunfalismo para exhibir diversos problemas socio-económicos en el país, reconocimiento implícito de algunas deficiencias del modelo mexicano.

El volumen de tercero admite que en la pequeña población de Ojo de Rana no se ha consumado la reforma agraria: muchos carecen de tierra y "otros tienen más ... de la que pueden trabajar" (3':41). En Nochixtlán, la roza agotó los suelos. El campesino "recoge cosechas escasas y de baja calidad a pesar de lo mucho que trabaja" (3':86). Especuladores y comerciantes explotan a las familias de agricultores y artesanos, quienes suelen emigrar con la esperanza de una vida mejor. Ello no remedia su pobreza. La verdadera solución está en quedarse a trabajar, pues la paciencia y el vigor combinados vencen la dureza cotidiana y a largo plazo mejoran la situación de la gente:

"Un grupo de vecinos construye el mercado nuevo, los comerciantes arreglan sus tiendas, los empleados atienden los asuntos del municipio, los niños llenan las escuelas de la población, las mujeres se ocupan de los quehaceres domésticos ..., los presos tejen tenates; mientras tanto, la mayor parte de los hombres cultiven la tierra" (3':89).

El mismo libro sugiere, para elevar la condición de los ejidatarios de Sonora, instruir en técnicas modernas a los campesinos y crear ejidos colectivos (3':134-135). El señalamiento de la desigualdad en Cosamaloapan, región azucarera, no revela un malestar intenso:

"Como ves, en las zonas cañeras hay ejidatarios, propietarios y peones; y no todos poseen lo mismo; existen grandes diferencias entre los distintos grupos. Tampoco los ingresos son iguales" (3':53).

El manual confía en que las leyes diseñadas "para aumentar las ganancias de los campesinos y ayudarles a producir más", basten para corregir la inequidad (3':53). La investigación científica, el trabajo de la gente y el

esfuerzo de los empleados públicos—burócratas, ingenieros, trabajadoras sociales—remediarán las carencias del agro (3':93-97).

El libro de cuarto año afirma que "en nuestro país hay muchos problemas graves ..., sobre todo en lugares que rodean a las ciudades y en el campo" (4':217). Uno de los fundamentales, la sobrepoblación, rebasa la capacidad del gobierno para brindar servicios y también agrava el desempleo: "La población de México crece mucho y, en cambio, las oportunidades de conseguir trabajo no aumentan tan rápidamente" (4':48). El remedio consiste en aprovechar al máximo los recursos disponibles (4':51). Coatzacoalcos padece por falta de viviendas, escuelas y demás servicios. La culpa no es de nadie, sólo del crecimiento demográfico: "No podemos multiplicar los servicios con la rapidez que quisiéramos" (4':129). La marginalidad espera a quienes cometan el error de emigrar al Distrito Federal: "La casa de la familia de don Juan no tiene baño, ni agua, ni drenaje. Es un solo cuarto grande y una pequeña cocina" (4':179). La pobreza descrita en los libros, contraria a los ideales de justicia, se debe aparentemente al destino. Los libros sugieren un medio de salvación individual: educarse para desempeñar empleos mejor remunerados (4':181).

El volumen de sexto año, por su parte, deplora la dependencia mexicana de capitales y tecnología frente al exterior, y la "profunda injusticia social" dentro de México: "Que unos cuantos tengan mucho y la mayoría carezca de lo necesario es muy injusto ... Para equilibrarse la situación se necesita que los que tengan más paguen mayores impuestos" (6':192). El manual

también receta un mejor aprovechamiento de recursos, la "paternidad responsable", y sobre todo, el trabajo (6':193). La corrupción, "uno de los problemas nacionales más importantes", desaparecerá cuando los individuos se aferren a la honestidad y la exijan a los demás (6':194-195).

Aún así, la crítica del Estado a la organización económica y social a través de los libros escolares, no rebasa límites previsibles. La concepción misma del origen de los problemas mexicanos tiende a encubrir responsabilidades. La pobreza, la baja producción y la marginalidad resultan exclusivamente de condiciones naturales adversas, de torpezas humanas—por ejemplo, la roza—o más a menudo, de una especie de fatalidad, la fuerza de las circunstancias. Los manuales no llegan a las causas últimas de varios fenómenos. Explican el desempleo por el crecimiento limitado de las fuentes de trabajo, pero no investigan el motivo de la rigidez del sistema económico que le impide generar las suficientes. Atribuyen la pobreza a la ignorancia de quien la padece, pero no se interrogan acerca del por qué le fue negado estudiar.

Los libros no siempre ahondan en el contexto social y político de las carencias nacionales. Si denuncian la explotación, no es en forma apasionada, ni que estimule rencores o incite a la violencia. La clase dominante, en perspectiva global, saldrá limpia de culpa. Por obvias razones, los manuales tampoco aceptan la contribución de la estrategia gubernamental para el desarrollo al agravamiento de los desequilibrios económicos y sociales. El gobierno queda libre de ineficiencia y error. No proporciona servicios

a toda la gente por la imposibilidad absoluta de lograrlo, derivada de la explosión demográfica. Además, gran parte de los problemas se originan en la dependencia del exterior—noción que en el fondo disculpa a la sociedad mexicana de su injusticia propia.

La orientación conservadora de los libros se manifiesta igualmente en sus propuestas de acción, muy impregnadas de voluntarismo: que los individuos permanezcan en su sitio y desempeñen su trabajo con el mayor esfuerzo, despojados de resentimiento, como en Nochixtlán; que tengan pocos hijos y procuren brindarles educación, guiados por la esperanza de ascender individualmente y de beneficiar con su trabajo al país; que conserven la fe en la acción transformadora y benéfica del gobierno, así como el respeto a las leyes, que también promueven la equidad. No se trata de cambiar los fundamentos de la vida económica ni de la sociedad. Se contempla, a lo sumo, atenuar desigualdades por medio de la política fiscal. Los libros, como es lógico, de ninguna manera cuestionan el orden vigente. Quieren preservarlo: si destacan sus fallas más agudas, proponen sólo reformas que disminuyan la tensión y permitan la sobrevivencia del sistema.

El concepto central de la interdependencia—al que los nuevos libros confieren una dimensión económica más pronunciada, en detrimento del significado de lazo emotivo—confirma los ideales de armonía:

"Si te fijas bien ... entenderás cuánto dependemos unos de los otros (4':187). La gente que vive en el sureste necesita muchas cosas de las que se producen en el centro del país. Por otra parte, los estados del

sureste producen ganado, café, naranjas, maderas preciosas y plátanos, que se necesitan en el resto del país (4':124). Las fábricas, grandes o pequeñas, siempre dependen unas de otras (4':193) "

La interdependencia, originada y expresada en el comercio (4':51), simbolizada por los caminos que unen a las regiones del país (3':146-147), pone a todos los hombres en un plano de igualdad abstracta bajo una premisa, la equivalencia de los diversos trabajos (3':11-12). La visión organicista negadora de conflictos en provecho de la funcionalidad, semejante a la que descubrimos en los manuales anteriores, permite postular una continuidad fundamental de las ideas relativas a la vida económica entre las dos ediciones. Lo mismo vale por ciertas imágenes de la sociedad.

La sociedad

La vida en sociedad, que reproduce a escala menor el salón de clases donde los alumnos son iguales a pesar de las diferencias físicas (1':12-13), parece una vez más circunstancia inmutable:

"Convivimos con los demás (2':52). Toda la gente forma parte de alguna sociedad, porque necesita de los demás para trabajar, intercambiar bienes y servicios, convivir (3':13) "

Un riesgo va implícito en ello "porque si cada individuo hace lo que quiere, todos resultan perjudicados", pero las ventajas superan a los inconvenientes, "porque el trabajo se distribuye entre muchas personas" (3':26).

El libro de primer año evoca ya las diferencias entre clases sociales en una lección que pinta diversos tipos de casas (1':24-25). Las palabras neutras podrían sugerir lo natural de la desigualdad, engendrada por la di-

visión de funciones desde la prehistoria (5':26-27). En realidad, el juicio al fenómeno varía según el período y el lugar. Los manuales confieren, por ejemplo, cierto brillo de legitimidad a la jerarquía entre los aztecas (3':74-77) (4':58) (5':60). Subrayan, en cambio, la injusticia de la separación entre castas en la sociedad colonial mexicana (4':98, 101). Los textos deploran la concentración de la riqueza en la Edad Media (6':25) lo mismo que en el siglo XIX (6':58). La desigualdad en nuestros días les parece menos aceptable aún a la luz de la interdependencia (6':106). Quizá por ello varias descripciones encubren sutilmente las diferencias sociales en el México moderno: la familia de un ingeniero vive en el mismo barrio que la de un obrero. En verdad, los libros muestran injusticias contemporáneas pero no culpan a la estructura social, sino que alguna vez atribuyen la pobreza a una incapacidad individual de aprovechar los canales abiertos para el ascenso (4':81). Dichas concepciones no difieren de las que divulgaban los primeros manuales.

Los nuevos textos afirman el origen de las clases sociales en la división del trabajo (5':44) pero no enriquecen la definición general de las mismas. Delinean en forma escueta a la burguesía y a los obreros (6':57-58). No manejan ya la noción de proletariado. En cambio, reconocen explícitamente la perspectiva de la lucha de clases: "Ya no eran la aristocracia y el pueblo, sino, sencillamente, los ricos y los pobres, los que se enfrentarían durante el siglo XIX" (6':38). Los libros incluso evocan a Marx:

"Marx observó que la sociedad está dividida en clases que tienen mayor o menor cantidad de riqueza y por eso intereses distintos y a veces opuestos. Estas diferencias producen la lucha entre ellas. La clase que logra dominar a las demás se apodera de la dirección del Estado" (6':109).

El tono objetivo prueba que la explicación—formulada en términos generales, sin referencia a un contexto nacional específico—aspira solamente a dilucidar los mecanismos de una teoría, no a fomentar su aplicación práctica. Otro concepto novedoso en los manuales, la clase media, abarca a los "profesionistas y burócratas" (4':160).

La familia, institución universalmente protectora (2':34-35) y "base de la sociedad" en las diversas culturas (5':64), por ende se revela necesidad histórica (1':70). La primera edición afirmaba lo mismo. La originalidad de la segunda radica en los lineamientos que propone para la organización familiar: "La mamá ayuda a los niños. El papá ayuda a sus hijos. Los niños ayudan a sus papás. Los papás se ayudan también" (1':26-27). Un dibujo ilustra cada norma. La joven madre, con delantal y vestido rojo alegre, aunque vuelve a ser ama de casa refleja mayor dinamismo que la figura correspondiente en los manuales previos: arregla el hogar, sale al mercado, trenza el cabello de su hija. El padre, hombre robusto, imagen del burócrata o del técnico, bigote y severo suéter negro, mantiene su predominio en la esfera del conocimiento y lo muestra cuando explica las tareas a los niños—actitud que revela, sin embargo, nuevos ideales de comunicación entre el papá y los hijos. Aquél va de compras con su esposa y la ayuda a limpiar el departamento. También los niños, quienes reciben afec-

to de ambos padres, colaboran en los quehaceres domésticos. El nuevo cuadro, comparado con el precedente, ilustra relaciones familiares más intensas y comunicación mucho mayor. La división de funciones, reconocible aún, ya no es tajante. Los cónyuges en plano de igualdad no ejercen sobre los hijos un poder absoluto que los separe de ellos. La familia no reposa ya en la estricta jerarquía. Sus relaciones internas han perdido las connotaciones de dominio. La escuela, "segundo hogar", se transforma correlativamente.

El aprendizaje, basado siempre en la imitación (3':61, 77), tiene lugar en el salón de clases, el taller, la casa o el lugar de juego. Hace falta la guía de un instructor pero se aprende sólo practicando (1':54-55) (2':46-47). El medio ambiente enseña de por sí, pues obliga al individuo a desarrollar habilidades que le permitan adaptarse; los libros no conciben un saber puro, sólo uno aplicado a fines útiles (1':58-59) (2':48). La gente aprende, a la vez, de los medios de comunicación (1':56-57) (2':50-51), y en términos amplios, de la historia (6':49). La formación escolar propiamente dicha, que debe ser lo más completa posible en el sentido de cultivar las capacidades intelectual, física y artística (1':16-17), persigue objetivos de socialización—enseñar a "convivir con su familia y con toda la gente" (4':81)—además de los relativos al aprendizaje formal. Los nuevos manuales coinciden con los primeros en otro punto, que la educación constituye, en el plano individual, un medio de ascenso legítimo—"el señor Aguirre ha estudiado, sabe más, es un obrero calificado y gana más" (4':134)—y en el plano nacional, la esperanza de remediar problemas fundamentales—"es im-

portante) que nuestros niños estudien y aprendan para que sean capaces de mejorar las condiciones de vida de nuestro país" (6':196).

La escuela, casi tan vieja como el tiempo (1':27), ha cumplido diversas funciones. En la sociedad azteca, preservó una jerarquía (3':77). En el México moderno, cohesiona a la población:

"Los niños ... aprenden las mismas cosas y usan los mismos libros, aunque vayan a escuelas de aspectos muy distintos, situadas en lugares muy alejados. (La escuela y el gobierno) son instituciones que nos unen. Por ellas, México, a pesar de su aspecto variado, es uno solo" (4':22).

La enseñanza pública funda su legitimidad en que preserva la existencia misma del país. La privada complementa el esfuerzo del Estado (3':34). El paralelismo entre la escuela y el gobierno equipara los libros de texto a la ley, y la figura del maestro, a la de un gobernante en posición de franca superioridad respecto al alumno-gobernado (4':22-24), si bien los libros difunden en otras partes el ideal de un profesor comprensivo y tolerante: "La maestra estaba acostumbrada a que le hicieran toda clase de preguntas y nunca se enojaba" (4':51). En el dibujo (1':8-9) de un bonito salón decorado con pinturas de los alumnos mismos, la maestra sigue llevando una vara, emblema de la autoridad, pero su expresión corporal es de animación, no de inmovilidad sagrada como en los libros anteriores. Los niños proyectan igual dinamismo: escriben, consultan manuales, arrojan papeles a un cesto, piden la palabra con su mano en alto. La vitalidad se desborda en el recreo y llena el patio escolar de juegos infantiles (1':10). El clima de libertad no forja ya la obediencia, facilita el desarrollo de las potencialidades.

Cabe preguntarse si la concepción ideal, menos autoritaria y más permisiva—en el sentido de abrir campo a la expansión personal—de la familia y la escuela, principales agentes socializadores, repercute sobre las ideas políticas.

El universo político

Los nuevos libros postulan, como los anteriores, la esencia conflictiva del universo político:

"El contacto entre los hombres no siempre ha sido cordial: los seres humanos han luchado entre sí por las tierras más fértiles, las minas más ricas, la defensa de una idea. A través de la historia unos hombres han dominado a otros" (5':14).

La naturaleza del poder lo lleva a consolidarse, luego a procurar una expansión (5':60) (3':70, 75, 80). De ahí la fatalidad de las conquistas. Ello no impide que la acción política se rija igualmente por afanes de libertad (6':27), independencia (6':87), soberanía (4':154), orden y paz (3':27), los cuales implican superar tensiones e ingresar a la "normalidad". Los primeros manuales sugerían lo mismo.

Las ediciones coinciden igualmente acerca del perfil de los actores políticos. Los segundos libros no fomentan ya el culto a los héroes pero admiten la importancia de líderes y jefes en momentos favorables a su causa, como la Revolución Mexicana (4':200). El pueblo, es decir, la mayoría de la gente, nunca será derrotado en su lucha por la libertad (6':174-175); el de México, a pesar de que no siempre ha visto claro—"el pueblo católico no se daba cuenta de las ventajas de una separación entre los asuntos

religiosos y los políticos" (4':150)—supo brindar un apoyo decisivo para el triunfo de las luchas independentista (4':107) y revolucionaria (4':200). Los nuevos manuales introducen una definición de los partidos políticos —("los forman) aquellos (individuos) que se ponen de acuerdo en diversas ideas importantes sobre el gobierno" (4':17)—mas no explican en términos directos su función clásica de instrumentos para llegar al poder; señalan que el PNR, luego PRI, surgió con el propósito de "fortalecer la unión" (4':210); mencionan igualmente al PAN, al PARM y al PPS, sin brindar detalles de su historia ni de su funcionamiento (4':210). La Iglesia Católica, poder espiritual y temporal (5':106), en la reseña de la historia mexicana recibe nuevos elogios por su bondad en la Colonia (4':96) (5':163); los libros le reprochan, en cambio, pero sin resalvos ya de anticlericalismo (4':148), su papel en el siglo XIX: ¿La Iglesia Católica, que había sido importante en la Colonia, trató de seguirlo siendo y apoyó al partido de los hombres que estaban contra los cambios sociales" (6':59). El ejército comete, aferrado a sus privilegios, el mismo pecado de asociarse a los conservadores (4':148) (6':59); desempeña más tarde una función represiva, por ejemplo en la huelga de Río Blanco (4':195); en América Latina hoy día, salvo alguna excepción como el Perú, los militares encabezan dictaduras en beneficio de los ricos locales y extranjeros (6':184-187).

Los manuales, aunque presentan el dolor de la guerra (6':115-117), celebran las luchas por la independencia (6':49) y la rebelión en contra del orden injusto (4':96, 197) (5':53). La mención del terrorismo no lo condena, quizá porque lo ubica en un contexto lejano: la Rusia del siglo XIX. La

fallida lucha guerrillera en América Latina inspiraba cierta admiración al volumen de sexto año en su forma original: "(El Ché) murió en las montañas bolivianas por sus ideales de justicia" (6':186); sin embargo, la variante de la primera edición elimina ese comentario y el de que la guerrilla se propagó en varios países del continente según el ejemplo cubano (6'': 189). La opresión y las desigualdades naturalmente general revoluciones cuya legitimidad no se discute: "Algunas veces las injusticias que sufre el pueblo llegan a cansarlo y se produce una revolución" (6':25). La regla se verifica en los movimientos europeos de 1838 y 1848 (6':85, 97). En nuestro siglo, la revolución estalla en Rusia por el descontento de los campesinos y obreros (6':123, 177-178); en Cuba, por el valor de gente decidida "a no tolerar la injusticia" (6':177-178). La Revolución Mexicana obedece a motivos similares: la pobreza campesina y la dependencia económica del exterior (4':202) (6':189); los anhelos del movimiento cristalizarán en leyes (4':197) que suprimen la necesidad de nuevas luchas. Los textos no desprecian las reformas (6':83-84), antídoto de las revoluciones (6':135); exponen la viabilidad de una resistencia pacífica como la de Gandhi o la de Nkrumah (6':173-174); atribuyen al sindicalismo mexicano los "mejores salarios y mejores condiciones de trabajo" de los obreros hoy día (4':197). Al final, sobre todo en los contextos nacionales, las formas de acción moderadas ganan también la preferencia de los segundos libros que aceptaron--como los de la primera edición--la validez, en el pasado, de recurrir a la violencia cuando no había otro camino.

Al definir las diversas corrientes de pensamiento político, los manuales reiteran simpatía por los liberales mexicanos del siglo XIX (4':147) (6':82, 91), pero más moderada que antes: "Los liberales querían hacer reformas, en cambio los conservadores querían que todo continuara más o menos igual, casi sin hacer reformas" (6':59). La definición de los socialistas evoca cierto parentesco de su ideología con principios de la Revolución Mexicana en materia agraria: "(Los socialistas) querían que la tierra fuera del que la trabajara y que los obreros fueran los dueños de las máquinas y de las fábricas" (6':126).

No se advierten grandes cambios en la valoración de las formas de gobierno. El absolutismo, que niega derechos a la población (5':37), conlleva algunas ventajas potenciales pero mayores riesgos: "(El zar), cuando era bueno, ... usaba su gran poder para mejorar a Rusia, pero cuando era un mal gobernante tiranizaba y hacía daño al país" (6':92). En América Latina, las dictaduras—centralización del poder y represión—advienen por el fracaso, en el siglo XIX, del sistema republicano federal después de tres siglos de monarquía absoluta (6':60); en el siglo XX, las clases privilegiadas imponen sistemas dictatoriales en reacción al reformismo: el gobierno de Arbenz, por ejemplo, fue derrocado en Guatemala y "substituido por uno dirigido por militares que contaban con el apoyo de los intereses extranjeros y de los ricos guatemaltecos" (6':184). La democracia, régimen ideal nacido en Atenas (5':82-83), trae la paz y la prosperidad (6':84); implica el ejercicio del voto (4':17), es decir, la expresión de la voluntad popular (4':161).

En los nuevos libros, el juicio a los grandes sistemas políticos se apoya en información más abundante. El capitalismo no inspira rechazo: los manuales trazan objetivamente los factores que impulsaron su desarrollo (5':153), luego atribuyen la miseria obrera a la ambición de los patronos más que a la organización económica propiamente dicha. Cuando los manuales denuncian los abusos del imperialismo, no lo definen como estado ni manifestación exclusiva del capitalismo. El socialismo promueve la igualdad en la URSS : "De hecho, dejó de haber ricos. Todos tenían que trabajar para vivir" (6':128). Las mujeres se integran a la vida económica y el pueblo recibe educación. Con todo, los libros reprochan a Stalin el haberse vuelto "un dictador que no permitió ninguna diferencia de opinión" (6':128). En China, el gobierno de Mao reparte la tierra, procura la eficiencia de la administración y dota al país de infraestructura económica (6':180-181). En Cuba socialista, finalmente, a pesar de las restricciones al consumo y de otros problemas, se ha logrado "terminar con el analfabetismo, desarrollar la educación y proporcionar atención médica, empleos y alimentos básicos a todo el pueblo" (6':186). La imagen positiva del socialismo no pretende ocultar dificultades dentro de cada país ni en sus relaciones con otros. El libro de sexto alude, en particular, al antagonismo entre la URSS y China debido a las pretensiones de hegemonía soviéticas (6':180). La definición muy precisa del fascismo y del nazismo, respuesta a la crisis del sistema capitalista, lleva a rechazarlos con más energía, sobre todo por el genocidio: "Millones de judíos murieron ... por una discriminación racial tan horrible, que todos debemos evitar que se vuelva a

repetir" (6':133). Los nuevos manuales, a diferencia de los primeros, amplían sumamente el concepto de fascismo:

"(Stalin) implantó un régimen al que también se le ha llamado fascista porque persiguió a los críticos... Eso quiere decir que a cualquier gobierno que comete estos abusos se le llama fascista y por eso seguimos usando esa palabra. Hoy, por ejemplo, se le aplica al gobierno militar chileno" (6':139).

Por otro lado, el concepto de patria desaparece y deja en su lugar otros menos emotivos: la nación y el país, que "son el resultado de su historia y de sus recursos" (6':18), en otras palabras, el producto de la interacción de factores humanos y materiales (5':156). No obstante, México sigue siendo "nuestra gran familia (1':28), formada por muchas comunidades (3':14)". Esa comparación vierte el contenido afectivo de los vínculos familiares en todas las relaciones sociales, lo cual significa, una vez más, negar la posibilidad de antagonismos en nombre del amor y de un sentimiento, la identidad nacional, que borra las diferencias por sí mismo. En otro plano, México es un territorio. Quedan huellas, en los libros, del mito de la abundancia: "Sus mares, azules o verdes, son una verdadera riqueza para México" (2':16). Predomina, sin embargo, una visión realista que no excluye al optimismo: "México es un país de suelos pobres, pero en algunas regiones hay muchos recursos naturales no explotados" (6':192). A nivel jurídico, los manuales describen una República Federal (4':7-10) muy heterogénea a primera vista pero que forma un todo: "Aunque los mexicanos tengamos aspectos y costumbres muy diversas, es más lo que nos une que lo que nos separa" (4':22). La historia en general—"un lazo muy fuerte y antiguo"—

y en particular el hecho de tener los mismos héroes, forjan el sentimiento nacional que consolidan circunstancias materiales: la convivencia en el territorio, la interdependencia económica, la difusión de mensajes a través de los medios de comunicación y la presencia del gobierno. El ceremonial en torno a los símbolos patrios refuerza también los lazos entre mexicanos (3':146-149). El mensaje de unidad en los segundos manuales no difiere esencialmente del que divulgaban los primeros, si bien ha moderado el tono efusivo y se combina con perspectivas más amplias de universalidad. Resulta novedosa, en cambio, la imagen de un futuro brillante para la nación mexicana gracias al empeño de la población: "Tenemos un futuro que vivir. Cuando crezcas, muchas cosas habrán cambiado. Todo lo que tenemos puede mejorar si nos esforzamos" (1':78-79).

Los nuevos libros, igualmente, exponen la defensa de la autoridad en general. El de segundo año formula un principio muy revelador de la cultura política en México: "Alguien tiene que dirigir. En todos los grupos hay alguien que manda para que las cosas se hagan bien" (2':58). El poder, necesidad eterna, se justifica en nombre de la eficiencia. Es un poder personal — "alguien" designa a un individuo — y que ejerce, a discreción, una voluntad propia — "manda" — en vez de ejecutar la de una mayoría. "Alguien que manda", en efecto, no sugiere el ideal democrático de un gobierno representativo sino más bien la jerarquía, por ende, la separación entre el gobernante y los gobernados, propia de una concepción autoritaria. El poder segregado de quienes le obedecen invoca otra legitimación, la del saber: "El doctor Velázquez dirige a sus ayudantes, porque él sabe cómo se hace

el trabajo" (2':58). Más aún, la ignorancia de los subordinados los priva de voluntad e iniciativa a la vez que consagra la justicia de la autoridad paternalista: "Estos niños salen a caminar para conocer nuevos lugares. Lupe los dirige porque ella conoce el camino" (2':58). En perspectiva histórica, los manuales postulan que el gobierno nació por consenso: "Los seres humanos se organizaron y decidieron que alguien debía mandar" (3':26). Gobiernan primero líderes que fincan su poder en cualidades personales, la fuerza o el conocimiento (5':44). La autoridad se ocupa, tradicionalmente, de asignar recursos y funciones, "vigilar el orden" y proteger al grupo (3':76) (5':53, 67). El libro de sexto añade comentarios que matizan los del libro de segundo. Elogia al sistema representativo (6':26) y afirma que el gobierno, necesario por definición, no es inmutable: "Todos los grupos humanos necesitan un gobierno y unas leyes ... Pero al ir cambiando las condiciones de vida, cambian también el gobierno y las leyes" (6':25). Según el volumen de quinto, la injusticia precipita la caída de un régimen (5':88).

En cuanto al gobierno mexicano, se ha transformado en un grupo de expertos—hombres y mujeres, jóvenes y viejos—que en un dibujo aparecen discutiendo alrededor de una mesa con un plano (4':22). El paralelismo entre gobierno y escuela (4':22-23), asimilación del gobernante al maestro, confirma que los conocimientos—específicamente, la preparación técnica de quienes elaboran las políticas—son el nuevo fundamento del poder. La idea corresponde a un fenómeno en la práctica: la creciente especialización de las funciones públicas en México. Empero, los gobiernos contem-

poráneos, llamados "revolucionarios" (6':193), mantienen su legitimidad tradicional como herederos de la razón histórica: Luis Echeverría aparece al lado de Juárez para ilustrar que "desde hace mucho tiempo tenemos presidentes" (1':72). A pesar de la foto del primer mandatario y de un elogio a Echeverría—en la variante de la primera edición del libro de sexto año—por haber propuesto la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados (6':174), los manuales no exaltan la figura del presidente al describir la organización de los tres poderes federales (4':16), ni en otras ocasiones. De presencia más discreta en los nuevos manuales, el gobierno mexicano reaparece benefactor y nacionalista: devuelve al país el dominio sobre sus recursos naturales, distribuye la tierra, edifica grandes obras y proporciona servicios a la población (2':67) (3':126) (4':213). El gobierno, además, resolverá cualquier problema—convicción tan firme que los libros no dibujan, por obvias razones, más formas de acción que las institucionales: "En la presidencia municipal se reúnen los vecinos para tratar los problemas del pueblo" (3':92). Hace falta sólo que la gente contribuya al esfuerzo gubernamental: "Dice el presidente municipal que para gobernar hace falta que el pueblo conozca bien sus problemas, y luche tenazmente por resolverlos" (3':93).

El apego a un orden significa el respeto a su ley, concepto que los manuales introducen a partir de normas de conducta en la escuela y el hogar—el orden, la pulcritud, la disciplina y la puntualidad—cuyas ventajas no requieren de ninguna explicación. Los reglamentos de seguridad—el cuidado al atravesar las calles y al manejar el fuego—se acatarán por temor

a la consecuencia de ignorarlos (1':44-49). Las reglas de los juegos infantiles, por su lado, son parte indispensable de los mismos—metáfora que sugiere la necesidad eterna de preceptos en cualquier grupo (2':54-55). Las leyes propiamente dichas, invento de los hombres para la seguridad (5':45, 67), aspiran naturalmente a su aplicación universal (3':27) (4':22) y en el caso de México ayudan a remediar los problemas nacionales (3':54) porque han plasmado ideales revolucionarios (4':197), sobre todo la Constitución de 1917 (4':207):

"Hacían falta nuevas leyes que establecieran claramente los derechos por los que se había luchado y otras que condenaran las injusticias, que tantos males habían causado" (6':122).

Los nuevos manuales, empero, señalan con más claridad el requisito de una acción humana que actualice el potencial transformador de los mandatos legales (4':213), y a diferencia de los primeros textos, postulan el carácter mutable y perfectible de las leyes—"¿Por qué crees que los hombres tratan de mejorar las leyes que usan para gobernar?" (6':122)—las cuales deben transformarse, junto con el gobierno, al ritmo del cambio de la sociedad (6':25).

Cierra el panorama de las ideas políticas una imagen del mundo exterior tan ambigua como la precedente o quizá más, ya que sus dos facetas cobran mayor intensidad. El idealismo (1':30-31) hace soñar la fraternidad universal y un interés común de las naciones ligadas por los medios de comunicación (6':14, 159). Sin embargo, la liaga de la intervención extranjera en México (4':139-204) grita un agudo rencor a los Estados poderosos

que infligieron abusos a los débiles. El colonialismo, daño fundamental, significa esclavitud y despojo (5':164-175):

"Bolivia, uno de los países más pobres del mundo, podría jactarse de haber nutrido la riqueza de los países más ricos ... Potosí ... es todavía una herida abierta del sistema colonial en América: una acusación todavía viva" (5':164-165).

El semicolonialismo, explotación económica sin dominación política directa (6':62) que se prolonga hasta la fecha (6':167, 170), responde a necesidades de los países industriales (6':66, 135); agravó, desde el siglo pasado, el desequilibrio mundial (6':157), extrajo recursos de las regiones pobres y las sumió en la dependencia de capitales y técnica (6':189).

"México es un país dependiente" según la versión original del libro de sexto año (6':192, 195), "cada día más independiente" al decir de la variante (6'':195). En cualquier caso, los libros recomiendan una política exterior impregnada del sentir de unidad latinoamericana (6':16-19, 49) y afín a los ideales de la ONU (6':152-154), pero comprometida con la lucha del Tercer Mundo — conjunto de las naciones que no desean pertenecer "ni al grupo de los Estados Unidos, ni al de la Unión Soviética" y que "luchan por terminar con toda clase de colonialismo, sobre todo el colonialismo económico que aún sigue existiendo" (6':176, 196). El propugnar transformaciones radicales en el plano internacional, compensaría lo moderado de las soluciones planteadas a los problemas de México. De hecho, los manuales creen posible que la política exterior rescate al país del subdesarrollo (6':196).

Evaluación general

Es posible ya emitir un juicio general comparativo. Los nuevos libros insisten, al hablar del hombre, en la unidad de la experiencia humana. Desarrollan nociones relativas a la cultura que la primera edición delineaba solamente, y cultivan mayor interés por conocer el mundo. Formulan, en materia económica, el concepto de subdesarrollo, examinan problemas de México y proponen soluciones reformistas; los manuales no subrayan el intervencionismo del Estado mexicano en la economía nacional; transmiten una imagen negativa de la vida urbana. En la esfera social, son novedad la exposición directa—sin objeto subversivo—de la lucha de clases, el reconocimiento de formas de aprendizaje variadas, y la descripción de una familia y una escuela que permiten mayores libertades. A nivel de los fenómenos políticos, los libros difunden una concepción general del gobierno proclive, por momentos, al autoritarismo, si bien destaca la importancia de que los regímenes se adapten, junto con las leyes, a circunstancias cambiantes; los textos elogian menos al gobierno mexicano, formado por especialistas; acentúan los rasgos destructivos del fascismo y del militarismo; detallan la esencia maligna del colonialismo e introducen la idea de Tercer Mundo.

Sin embargo, comparada con la primera edición, la segunda maneja los mismos postulados antropológicos, no modifica la definición de la cultura ni de sus ingredientes y tampoco las de la naturaleza, el trabajo, la propiedad o la modernidad. Otra similitud es la defensa de las jerarquías

"legítimas". Resaltan, por igual, las coincidencias en torno a la esencia de la vida política, sus participantes y las formas de acción que adoptan, las grandes corrientes de pensamiento, las formas de gobierno y los tipos de regímenes, la bondad del sistema mexicano y la naturaleza dual del mundo exterior. Empero, es válido hablar de una continuidad de pensamiento sobre todo por la reiteración de dos mensajes centrales, pilar de la filosofía social, política y económica: la interdependencia y la unidad nacional.

En quince años, el país no sufrió transformaciones que motivaran una revolución de las mentalidades. Mucho menos cambió la cultura en su sentido más amplio, producto de los siglos. Un régimen se mantuvo en el poder y siguió divulgando las ideas que pudieran legitimarlo. No debe extrañar, por ende, el parecido entre las dos ediciones de libros escolares.

CAPITULO SEXTO
VALORES Y ACTITUDES VITALES
 (SEGUNDOS LIBROS)

Debido a que la concepción del mundo no se altera en esencia, tampoco se modifican diversos valores pero algunos sí porque el programa ético es independiente, en cierto grado, de los conceptos, que a su vez lo fueron de la visión histórica. Los nuevos manuales bajan su tono moralista, y una vez liberados de la carga emotiva, forjan actitudes prácticas a la luz de una moral.

Lineamientos generales

La moral sugiere que el ascetismo (3':77) y la fortaleza (3':113) (5':60), virtudes prehispánicas ejemplares, se combinen con la sensibilidad, la honestidad (6':195), el altruismo y el espíritu de servicio: "¡Qué bueno que en esta familia siempre hubo y habrá gente que trabaja para todos los mexicanos!" (4':197). No por ello es condenable el bienestar individual.

Los libros de ninguna forma desprecian la actitud religiosa o contemplativa, que da origen a la ciencia misma (3':27), pero valorizan mucho más una acción dirigida a elevar, en forma inmediata, las condiciones materiales de vida: "Comprenderás que, al igual que lo hicieron los hombres que vivieron antes que nosotros, tú puedes ayudar con tu trabajo y tus ideas a mejorar el mundo en que vivimos" (6':7). Uno debe "conocer bien" los problemas de su país y "luchar tenazmente por resolverlos" (3':93) dentro

del marco institucional vigente, sin perder la confianza en la capacidad transformadora del gobierno.

Los manuales cultivan un amor universal, sobre todo al conocimiento (2':48-51): "Cuando salgas a la calle ... míralo todo con atención y cariño" (3':8). Fomentan el orgullo de la cultura mexicana (5':163) y la satisfacción por el pasado individual (1':66-67) y colectivo (4':145, 217), que deriva en afán de conocer la historia (2':70-76) para sacar provecho de sus lecciones (6':49). Dichos sentimientos mandan el apego a las tradiciones—"la población ... atesora la leyenda del flechador del sol como parte de su herencia mixteca" (3':85)—y al patrimonio artístico nacional—"lástima que se destruyeran tantos bellos edificios coloniales y en su lugar se construyeran algunos edificios feos" (4':176). La gratitud a los héroes, que surge en forma espontánea (2':79), expresa la conciencia histórica. Empero, en los nuevos libros queda sólo un fantasma de la noción de deuda: "¡Nunca olviden que en esta familia hubo gente que peleó para que ustedes tengan lo que tienen!" (4':197). Además, el pago por los dones no evoca ya sacrificio, exclusivamente júbilo: "La historia de México es también tu historia ... A tí también te tocará hacer tu parte. Esto es lo más bonito de vivir juntos" (3':27).

También la convicción de la hegemonía del espíritu sobre la materia se ha diluido. La refleja un postulado, que los procesos mentales llegan a inducir transformaciones en la vida concreta: "La conciencia bien despierta de la comunidad puede cambiar su historia de pobreza en una nueva historia"

(3':101). El tema de la semejanza entre los hombres a pesar de sus diferencias (4':22), supedita lo aparente a lo esencial y en esa medida confirma la supremacía del alma —noción que, de todas formas, ejerce una influencia menor en los segundos textos. En cambio, la propuesta del nacionalismo resurge con todo su vigor. El sentido de pertenecer a una "gran familia" proviene de la experiencia compartida (3':14, 27). Ordena el respeto a los símbolos nacionales (3':149) así como la preservación de la unidad entre los mexicanos —triunfo de un país que sufrió por la fragmentación a lo largo de su historia (6':59) y clave, en el presente, para remediar los problemas de México: "Entre todos buscan soluciones y las ponen en práctica" (3':91). Sin embargo, el nacionalismo es también el punto de partida hacia lo universal (6':197). Basados en la premisa de la igualdad entre los hombres (2':34-43) y la equivalencia de las culturas (6':68), los manuales recomiendan, con mayor energía que antes, abrirse al mundo hasta lograr una identificación plena, una fusión virtual con la humanidad entera (5':15): "¡Qué orgullo pertenecer a la gran familia humana ... ! Te sentirás parte de esta familia y gozarás por el progreso que algunos pueblos han logrado o sufrirás por las injusticias que padecen otros" (6':7).

El comportamiento en la vida económica

En el terreno más prosaico de la economía y en un marco de respeto a la propiedad privada, parece legítimo buscar la prosperidad individual. Uno la consigue si administra correctamente su ingreso: "(Las familias deben) tener presente lo que ganan para planear lo que se va a gastar" (4':136).

En perspectiva más amplia, los individuos agradecerán el beneficio que reciben de la organización productiva y contribuirán a realizar los objetivos nacionales: la "modernidad", la industrialización (6':156) y la independencia económica (3':136). El logro de los mismos dependerá de un modelo económico regido por el nacionalismo (6':136-137), de una explotación inteligente, no abusiva, de la naturaleza (4':74-75) (2':13) y de la aplicación de la ciencia a mejorar la vida (6':157). Para fines prácticos, los libros aconsejan a los alumnos permanecer en el lugar donde viven y enfrentar las carencias: "Los campesinos no quieren dejar morir su tierra, le buscan el remedio" (3':89). Una filosofía voluntarista inclinada a ignorar el contexto social de la producción, afirma que el trabajo, virtud máxima, supera cualquier adversidad:

"¿Por qué no aumenta el rendimiento la agricultura? Los campesinos no deben limitarse a preparar el terreno, echar la semilla, y rogar a los dioses que llueva para recoger lo que crezca. Otros pueblos como los chinos y japoneses obtienen gran rendimiento de pequeños terrenos a base de mucho trabajo ... En ningún aspecto mejoraremos si no procuramos trabajar duro ... Para ello necesitamos hábitos de puntualidad, disciplina y esfuerzo. Si lo que hacemos lo hacemos bien, el trabajo será una fuente de satisfacción ..." (6':193).

Al igual que los primeros manuales, los nuevos dignifican las diversas ocupaciones—"todas las actividades son importantes y necesarias" (6':196)—y valorizan el trabajo como expresión de servicio y de altruismo—"necesitamos) técnicos y profesionistas que no piensen sólo en sí mismos" (6':196).

El comportamiento en sociedad

Los libros reiteran, por igual, las ventajas de la vida en sociedad—"los hombres se sienten más seguros entre sus iguales" (5':125)—que deberán agradecerse con el desempeño responsable de su función, la constancia y la regularidad en las actividades (1':47), la pulcritud (1':50-51), los buenos modales en la mesa (1':47) y las reglas de urbanidad en general: "Pasen ustedes, si son tan amables. ¡Siéntese, por favor! ¿Cómo sigue de salud, doña Chuy?" (2':56-57).

A pesar de que los textos rechazan, por causas morales, la desigualdad social en el México moderno y la califican de problema nacional (6':106, 192), aprueban las jerarquías actuales basadas en el conocimiento (4':190-191), así como las que permitieron, en las culturas antiguas, el funcionamiento armónico de las instituciones. Es natural y profundo el rencor de los marginados en la gran ciudad:

"La mamá, cuando se enoja, repite: ¡Cines! ¡Casas grandes! ¡Tantas cosas en los aparadores! ¡Coches! ¿De qué nos sirve a nosotros todo esto? (4':179). Se lo digo francamente, compadre, me da mucho coraje andar por esos rumbos (elegantes) ... Yo no me aguantaba de ver cómo tiran el agua para lavar los coches y pensaba en mis hijos que no tienen ni para lavarse cuando van a la escuela (4':181) ".

Sin embargo, el resentimiento no se dirige a nadie ni conduce a posturas subversivas. El individuo, más bien, llega a descubrir en su pobreza un castigo merecido por la falta de preparación, deficiencia imputable a sí mismo: "Estos meses he trabajado de cargador y siempre puedo traer al-

go de comida, pero en esta semana no ha habido trabajo. ¡Qué desgracia no tener un oficio!" (4':181). Si quedaran ánimos de rebelarse, la expectativa de un ascenso individual a través de la educación los aplaca: "Por eso queremos que los niños sigan en la escuela, cueste lo que cueste. No queremos que nuestros hijos tengan la misma suerte que nosotros" (4':181).

En los nuevos manuales, la insistencia en la paternidad responsable—"los padres y las madres deben pensar que tienen que ser responsables, y tener los hijos que puedan recibir los cuidados indispensables" (6':193)—de ninguna forma niega las virtudes de la vida en familia. Los nuevos manuales la exaltan, al contrario (2':37) (4':22), si bien proponen normas diferentes de las que divulgaba la primera edición para ordenar las relaciones familiares. El énfasis en el privilegio de los niños (4':80) y en la igualdad de los sexos (6':103), lleva a proclamar no la sumisión de la esposa al marido ni la de los hijos a los padres, sino la ayuda mutua (1':26-27) (2':34-35) en un plano de reciprocidad que supone incluso el respeto de los padres a los hijos: "A veces los padres asisten a las reuniones (escolares y) escuchan con orgullo la opinión de sus hijos" (3':91).

De la misma forma, el alumno asiduo que llega puntual a su escuela (1':46) a recibir la educación—medio de obtener beneficios personales y de contribuir al de México—debe respeto al profesor pero ya no reverencia porque la separación entre los dos se ha diluido: "Los maestros y los niños platican" (3':91).

El comportamiento político

En el plano político, finalmente, los libros adoptan los clásicos valores de libertad, independencia (6':87, 89, 167, 170), orden y paz en la justicia (3':27). La novedosa propuesta de "exigir sus derechos y vigilar que las autoridades cumplan con sus deberes" (6':195), conlleva obligaciones semejantes a las que planteaba la primera edición: interesarse en la vida pública, votar, pagar impuestos (6':193-194).

No son nuevas la fe en el pueblo (6':174-175) ni el recelo hacia la Iglesia y el ejército (6':59). Tampoco el principio de que la Revolución, legítima respuesta a la injusticia (6':120, 123, 128, 184), deriva en una fase nueva de institucionalidad que proporciona al espíritu combativo canales de acción para lograr su objeto sin violencia, como en el caso de México:

"¿Con que ya no hay que pelear para nada? ... Miren hijos, todavía quedan muchas cosas por arreglar ... Por lo pronto, cuando ustedes eligen a los que los representan en el sindicato tienen que ponerse vivos; debe elegirse un obrero que conozca bien los problemas de sus compañeros y que sea una persona honesta" (4':197).

Los manuales afirman, a la vez, su simpatía por el pensamiento liberal (6':59, 91) y los regímenes democráticos (6':84) lo mismo que su aversión a las dictaduras (6':184, 186-187), en particular al fascismo (6':130-139):

Uno debe respetar (2':58-59) y al mismo tiempo exigir eficiencia (3':91) al gobierno, en todas partes necesario pero susceptible de mejoras. La observancia de las leyes tampoco impide la lucha por su perfeccionamiento.

Frente al mundo exterior, los valores oscilan de la fraternidad universal a la lucha anticolonialista, tradición mexicana la segunda (6':167) que en un tiempo revistió la forma de la unidad latinoamericana (6':49) y hoy se expresa mejor en el tercermundismo (6':196).

Evaluación general

El programa ético de los segundos libros no está basado ya en una pedagogía de la culpa. Menos influido por la moral cristiana, no pide el sacrificio ni divulga imperativos categóricos. Además, se orienta hacia fines prácticos, como lo prueba la abundancia de consejos para remediar los problemas de México. Los nuevos manuales fomentan mayor dinamismo. Toleran una expansión individual más amplia dentro de la familia, la escuela, la organización productiva y la vida política. Sin embargo, ninguna de las normas de comportamiento sugeridas rebasa el marco de las instituciones. Menos emotiva que antes, la exhortación al servicio es la de contribuir a causas nacionales superiores. Ello implica, nuevamente, la defensa de la armonía social bajo supuestos de respeto a la propiedad privada, a la jerarquía legítima y a la autoridad sabia.

CONSIDERACIONES FINALES

Los primeros textos dibujaban un universo tan perfecto que aspiraba a la inmovilidad—ilusión concebida para llegar a ser más real que la vida concreta. Los nuevos manuales, menos divorciados de la evidencia empírica, forjadores de mitos en menor grado, aceptan la fealdad y la injusticia del mundo sólo con el objeto de mostrar formas de acción para corregirlas que no rebasan el orden vigente—por lo menos en el plano nacional—sino que pretenden reformarlo y garantizar su sobrevivencia. Nada amenaza a la moral ni a las instituciones, pues la prédica de los libros no es la subversión en lo más mínimo. Es la armonía universal que los primeros libros postulaban como un hecho, y los segundos, como objetivo central por alcanzar de las acciones humanas.

La influencia del texto único no debe subestimarse porque han sido publicados millones de ejemplares. Para muchos mexicanos no hay más libros que los de la escuela primaria, obras de consulta permanentes. Sin embargo, el impacto de los manuales depende, además de su contenido, de la forma en que los maestros los utilicen en la escuela. El mensaje escrito, dirigido a niños de seis años por lo menos, necesariamente opera sobre un marco mental previo, forjado fuera de la escuela, que se va transformando por efecto no sólo de los libros. Estos compiten, y en desventaja, con la influencia de los padres y de la televisión. Pero si en un proceso de retroalimentación el Estado y su política educativa se nutren del medio cultural muy amplio al que pretenden influir, no hay razón para pensar anta-

gonismos irredimibles entre los diversos agentes de socialización.

Después de todo, varias normas en los libros analizados bien habrían podido figurar en folletos para el joven católico de 1920; las difundían, posiblemente, monjas en escuelas religiosas clandestinas bajo el gobierno de Calles, y quizá las repita, hoy por la noche, la heroína de cualquier telenovela. Las ideas que produce una sociedad, cuando las comparte la mayoría de sus miembros, adquieren una vida propia de tal intensidad que revierten su influencia sobre los hombres a lo largo de las generaciones.

BIBLIOGRAFIA

Bini, Giorgio et al. Los libros de texto en América Latina. México: Editorial Nueva Imagen, c 1977.

Christlieb Ibarrola, Adolfo. Monopolio educativo o unidad nacional. México: Ed. Jus, c 1962.

Dobson, John Alver. The texto único y gratuito; a Mexican case describing the role of education in social change. Ann Arbor: Michigan State University, c 1967.

México. SEP. Centro General de Documentación. Coordinación de Documentación. Los libros de texto gratuitos. Carpeta documental. México: SEP, c 1977.

México. SEP. Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos.

- 3 Mi libro de tercer año. Historia y civismo. Sin fecha
- 4 Mi libro de cuarto año. Historia y civismo. 13a. edición, 1972
- 5 Mi libro de quinto año. Historia y civismo. 7a. edición, 1969
- 6 Mi libro de sexto año. Historia y civismo. 6a. edición, 1972

México. SEP. Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos.

- 1' Ciencias sociales. Primer grado. 6a. edición, 1977
- 2' Ciencias sociales. Segundo grado. 6a. edición, 1977
- 3' Ciencias sociales. Tercer grado. 4a. edición, 1976
- 4' Ciencias sociales. Cuarto grado. 3a. edición, sin fecha
- 5' Ciencias sociales. Quinto grado. 4a. edición, 1976
- 6' Ciencias sociales. Sexto grado. 1a. edición, 1974
- 6'' Ciencias sociales. Sexto grado. 1a. edición, variante, 1974

Nora, Pierre. Le nationalisme français d'après les manuels scolaires.

Association française de science politique. Table ronde - 25-26 mai

1962.

Sánchez Medal, Ramón. El derecho de educar en la escuela. México:

Ed. Jus, c 1963.

Sánchez Medal, Ramón. En defensa del derecho de los padres de

familia. México: Ed. Jus, c 1964.

Sánchez Medal, Ramón. La educación y el Concilio. México: Ed. Jus,

c 1966.

Sánchez Medal, Ramón. Hacia la reforma de las leyes sobre educa-

ción. México: Ed. Jus, c 1966.

Vázquez, Josefina. Nacionalismo y educación en México. México: El Colegio de México, c 1975.

Vázquez, Josefina. "La enseñanza de las ciencias sociales: un aspecto de la reforma educativa". En: James Wilkie (ed.). Papers of the IV International Congress of Mexican History. Berkeley: University of California Press.

INDICE

INTRODUCCION	i
--------------	---

LOS PRIMEROS LIBROS DE TEXTO (1960)

I	VISION DE LA HISTORIA NACIONAL	1
---	--------------------------------	---

	Lineamientos generales	4
--	------------------------	---

	Las culturas prehispánicas	6
--	----------------------------	---

	La Conquista	9
--	--------------	---

	La Colonia	17
--	------------	----

	La Guerra de Independencia	22
--	----------------------------	----

	El siglo XIX	27
--	--------------	----

	El Porfiriato	32
--	---------------	----

	La Revolución	35
--	---------------	----

	Los "gobiernos revolucionarios"	40
--	---------------------------------	----

	Evaluación general	42
--	--------------------	----

II	CONCEPTOS CENTRALES	44
----	---------------------	----

	La concepción antropológica	44
--	-----------------------------	----

	El plano de la cultura	49
--	------------------------	----

	La vida material	54
--	------------------	----

	La sociedad	64
--	-------------	----

	El universo político	76
--	----------------------	----

	Evaluación general	101
--	--------------------	-----

III	VALORES Y ACTITUDES VITALES	103
	Lineamientos generales	103
	La individualidad	107
	Virtudes históricas	108
	El comportamiento hacia la patria	109
	Espíritu y materia	112
	El comportamiento en la vida económica	114
	El comportamiento en sociedad	115
	El comportamiento político	117
	Evaluación general	120

LOS NUEVOS LIBROS DE TEXTO (1974)

IV	VISION DE LA HISTORIA NACIONAL	124
	Lineamientos generales	124
	Las culturas prehispánicas	126
	La Conquista	128
	La Colonia	130
	La Guerra de Independencia	131
	El siglo XIX	132
	El Porfiriato	134
	La Revolución	135
	Los "gobiernos revolucionarios"	136
	Evaluación general	137

V	CONCEPTOS CENTRALES	139
	La concepción antropológica	139
	El plano de la cultura	141
	La vida material	145
	La sociedad	156
	El universo político	161
	Evaluación general	172
VI	VALORES Y ACTITUDES VITALES	174
	Lineamientos generales	174
	El comportamiento en la vida económica	176
	El comportamiento en sociedad	178
	El comportamiento político	180
	Evaluación general	181
	CONSIDERACIONES FINALES	182
	BIBLIOGRAFIA	184